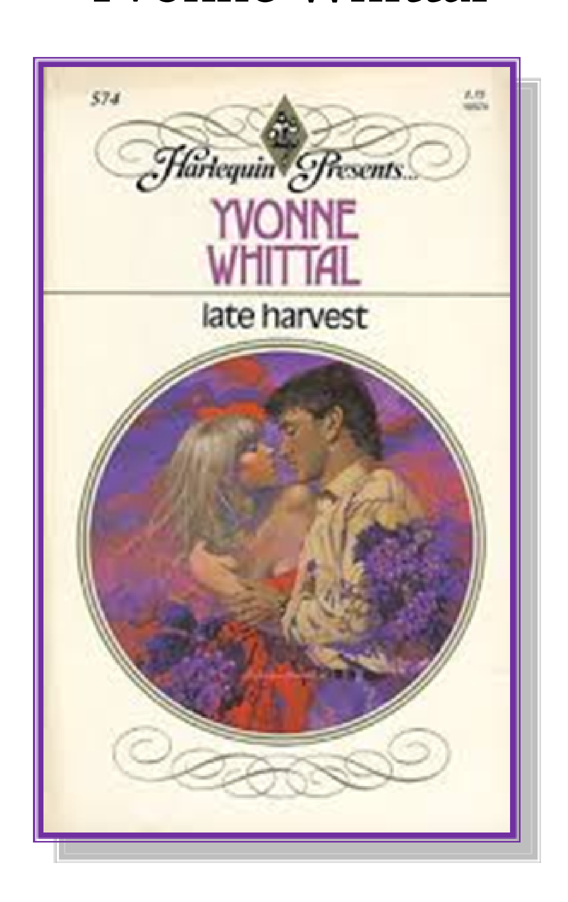



# El momento temido

# El momento temido

Yvonne Whittal




**El momento temido (1984)**
***Interpretación del portugués***
**Título Original:** Late Harvest (1981)
**Título en portugués:** Por um ano de amor (1982)
**Editorial:** Harlequin Ibérica
**Sello / Colección: Bianca 129**
**Género:** Contemporánea
**Protagonistas:** Rhyno Van der Bijl y Kate Duval

***Argumento:***

*Si alguien le preguntara cómo era el tipo de hombre que ella más detestaba, Kate no dudaría en describir exactamente la figura de Rhyno Van der Bijl, el administrador de la hacienda de su padre. Y ahora, por ironía del destino, Kate se veía obligada a casarse con Rhyno, pasar por lo menos un año a su lado, aunque esa idea les repugnase a ambos. Luego de saber de la obligación de casarse, Kate se descontroló y peleó con Rhyno, acusándolo de todo lo que le pasó por la cabeza. Después, más tranquila, pensó que un año hasta era poco tiempo. ¡Dulce engaño!, en un año, muchas cosas podrías pasar. El odio de Kate podría transformarse en amor y el de Rhyno… Bueno, él era un hombre.*

# Capítulo 1

Bajo el sol ardiente, las parras estaban cargadas de racimos y las uvas maduras, listas para ser recogidas. Pero aquel día, el viejo campanario no había tocado para anunciar el inicio de la cosecha, como siempre hacía. Al contrario, permanecía silencioso bajo la sombra de los grandes robles y los trabajadores, en vez de dirigirse para la plantación con su habitual alegría, caminaban cabizbajos y silenciosos, vistiendo ropas domingueras, hacia el pequeño cementerio de la hacienda.

Kate Duval estaba de pie entre la tía, Edwina Duval, y el abogado de la familia, Hubert Walton. Ella era alta, esbelta y tenía largos cabellos rubios, que caían sobre los hombros. Estaba muy pálida y su piel parecía aun más blanca en contraste con el sobrio vestido negro que usaba. Como único adorno, llevaba una fina cadena alrededor del cuello, del cual pendía una perla solitaria, como si fuese una lágrima. Sus ojos, muy azules, habían perdido la acostumbrada vivacidad y estaban fijos en el ataúd que bajaba a la sepultura recién abierta.

—De las cenizas volverás a las cenizas y del polvo volverás al polvo —el pastor terminó su oración.

Kate se mordió los labios para evitar que continuaran temblando. El viento balanceaba las ramas de los cipreses, silbando entre las ramas más altas, mientras ella tiraba pétalos de rosa, en un tributo final, sobre la urna que contenía los restos mortales de su padre, Jacques Duval.

Las voces solemnes y melodiosas de los trabajadores entonaron un tradicional canto religioso hasta que las últimas notas se confundieron con el ruido de las hojas.

En silenciosa procesión, volvieron entonces para la sede de la hacienda. Antes del entierro, había sido realizada una ceremonia fúnebre en Stellenbosch, la ciudad cercana de la hacienda. Allí habían comparecido los amigos, los conocidos y las autoridades. Pero ahora, en el pequeño cementerio de la Hacienda Solitaire, solo estaban los parientes más cercanos y los que vivían en aquellas tierras. Solo tres personas, fuera de la familia, acompañaban a Kate: Hubert Walton, un hombre de unos cincuenta años, mucho más alto

y flaco, abogado y amigo de su padre; Rhyno Van der Bijl, el administrador de la hacienda; y su madre, una mujer bonita cuyos cabellos grisáceos la hacían aun más atractiva.

Kate, del brazo con tía Edwina, condujo al grupo hacia dentro del espacioso caserío, cuyas salas amplias y bien ventiladas aún guardaban trazos marcados de la presencia del viejo Jacques Duval.

El almuerzo fue servido en la sala principal, acompañado del vino fabricado en la propia hacienda, servido en delicadas copas de cristal. Poco se habló durante la comida y los empleados entraban y salían de la sala manteniendo un respetuoso silencio. El ambiente estaba bastante tenso y se notaba una cierta expectativa en el aire. Y es que Jacques Duval tenía fama de ser un hombre generoso y todos se mostraban ansiosos por escuchar la lectura del testamento, que sería justo después del almuerzo. Solo Kate no pensaba en eso.

Estaba más preocupada en controlar las lágrimas que se obstinaban en venirle incesantemente a los ojos.

La Hacienda Solitaire, dedicada a la producción de vinos, era próspera, y el importante caserío que le servía de sede era una construcción histórica, datada de 1694. El primer propietario fuera un hombre importante y, según la leyenda, se había unido a los movimientos revolucionarios que habían debilitado la región y que trajo grandes pérdidas y la ruina financiera a muchos hacendados. Después de él, Solitaire tuvo otros dueños, hasta llegar a las manos de Pierre Duval, hacía un siglo. Pero fue solo su bisnieto, Jacques Duval, el padre de Kate, quien consiguió transformarla, durante los treinta años en que fue su propietario, en una de las más lucrativas haciendas productoras de vino de toda la región de Stellenbosch.

Cuando notó que todos habían terminado el almuerzo, Edwina hizo una leve señal de cabeza, mandando entrar a los criados. Ellos vinieron en silencio, se alinearon contra la pared, y Hubert Walton sacó de una carpeta negra el importante documento. Las miradas de los presentes se fijaron en el papel que él desdoblaba, menos los de Kate. Envuelta en sus pensamientos, ella observaba, una a una, las facciones de las personas sentadas a la mesa.

Allí estaba François, el hermano más joven de su padre, acompañado de su esposa, Dixie, y de los dos hijos, Peter y Cedric. En las últimas ocasiones que ellos habían visitado la hacienda, se encontraban en una situación financiera difícil. Entonces Jacques

les daba un buen cheque que los sacaba temporalmente de la miseria. Kate recordaba que eso había ocurrido en tres ocasiones diferentes, durante sus veintidós años de vida. Sentados al lado de François, estaban Wendy y Richard Brandt, hijos de la hermana más joven de su padre. Ella se llamaba Nancy y había muerto hacía algunos años. Estuviera casada con Ivan Brandt, un hombre que bebía mucho y que maltrataba a la familia constantemente. Kate también se acordaba de las visitas de Nancy a la hacienda, siempre en las mismas circunstancias. Ella aparecía con sus hijos, cuando el marido era internado, y se quedaba por muchos días hasta que él se recuperaba de la crisis y podía trabajar de nuevo para mantener a la familia. Como siempre, en esas ocasiones era Jacques quien asumía la responsabilidad, cuidando de la hermana y de los sobrinos. A Kate le gustaba sus dos primos, pero por causa de la infancia llena de sobresaltos, ellos se habían transformado en adultos antipáticos y exigentes. Cuando eran adolescentes, el padre murió borracho bajo las ruedas de un camión. Menos de un año después, la madre también murió, acabada por el disgusto. A partir de ahí, los primos pasaron a venir con mayor frecuencia a la Hacienda Solitaire, siempre exigiendo dinero y normalmente consiguiendo lo que querían.

La mirada de Kate se desvió de aquellos dos rostros, y continuaron recorriendo la sala. Sus ojos se cruzaron con los de Rhyno Van der Bijl, captando en su brillo el atrevimiento con que él la encaraba. Ella sentía antipatía hacia aquel hombre maduro, de cabellos negros cortados al rape. Hacía más de un año y medio que su presencia la incomodaba. Durante ese tiempo, raramente lo viera sonreír. Al contrario, su rostro de facciones aristocráticas, normalmente guardaba una expresión de rencor. Sus ropas, a pesar de finas, parecían severas y le daban una apariencia de anciano. Nadie diría que aquel hombre alto e imponente tenía solo treinta años. Él era muy importante para el buen funcionamiento de la hacienda, a causa de su larga experiencia en la fabricación de vinos. Pero a Kate no le gustaba, principalmente por el hecho de haber venido a ocupar el lugar que, desde la infancia, había sido destinado para ella.

La madre, Naomi Van der Bijl, estaba sentada cerca de él. Parecía poco a gusto, fuera de su ambiente. De hecho, Kate la viera

solo una vez allí en la hacienda. Pero, a pesar de casi no conocerla, sabía mucho sobre ella. Naomi había heredado la Hacienda La Reine, vecina de la Solitaire, y que perteneció a la familia Du Pré durante muchas generaciones. Pero Naomi cometió el error de casarse con William Van der Bijl, un hombre de mal carácter que, después de despilfarrar toda su fortuna, la abandonó con el hijo aún pequeño. Durante algunos años, ella se esforzó inútilmente en recuperar la hacienda, intentando mover los negocios que el marido arruinó y procurando devolver a La Reine a su antiguo esplendor. Pero fue todo en vano; la mala administración de William dejó marcas irrecuperables y, finalmente, Naomi se vio forzada a vender la propiedad que tanto amaba.

Fue Jacques Duval quien la compró, anexando sus tierras a las de la Hacienda Solitaire, con paciencia, él recuperó los ricos viñedos de La Reine y la volvió famosa por sus vinos tintos, al mismo tiempo que Solitaire continuaba produciendo el mejor vino blanco de la región.

Durante algunos segundos estos recuerdos ocuparon los pensamientos de Kate, hasta que escuchó a Hubert Walton carraspear, limpiando la garganta, para comenzar a leer el testamento de su padre.

Intentó, entonces, prestar atención a las palabras de él que, debido al lenguaje formal utilizado en el documento, le sonaban confusas y difíciles de entender. Si por un lado, no conseguía comprender lo que se estaba diciendo, por otro notaba claramente la expresión de desagrado que se apoderaba de sus parientes. Es que Jacques Duval había excluido del testamento tanto al hermano François, como a los hijos de Nancy. “Ellos ya recibieron en vida parte más que justa de la fortuna generada por la Hacienda Solitaire”. Estas eran las palabras textuales escritas por el viejo y sabio Jacques.

La reacción fue violenta. Convencidos de que no habían heredado nada, los parientes se levantaron aireados, vociferando acusaciones hacia Kate y el abogado. Batiendo puertas, se retiraron ofendidos, jurando nunca más poner los pies en los dominios de la Hacienda Solitaire.

Hubert Walton sonrió, irónico.

—Creo que era exactamente eso lo que su padre quería, Kate.

Librarte de esa banda de parásitos.

Sorprendida y demasiado confusa para articular cualquier palabra, ella no consiguió responder y el abogado prosiguió con la lectura del testamento.

Jacques Duval había dejado una considerable suma de dinero para cada uno de sus criados más fieles y estos, conmovidos, lloraron al tener conocimiento del legado. Kate sintió las lágrimas volver al oír el llanto ahogado e hizo un esfuerzo enorme para tragar el nudo que le subía a la garganta. Poco a poco los criados se fueron retirando y solo Rhyno, Naomi, Kate y Edwina quedaron en la sala para oír el resto de la lectura.

—Para mi querida hermana Edwina —continuó leyendo Walton —, dejo la cuantía anual de quince mil rands y el deseo expreso de que Solitaire continúe siendo su hogar, mientras ella viva — mientras Edwina buscaba un pañuelo para enjugar las lágrimas, el abogado Walton miró a Naomi y continuó en voz grave y pausada.

—Finalmente dejo la suma de treinta mil rands a Naomi Van der Bijl, Du Pré, de soltera, que siempre gozó de mi más profundo respeto y admiración.

—¡No es posible! Yo nunca hice nada para merecer esa fortuna —protestó Naomi, en una mezcla de sorpresa e indignación—, sinceramente no puedo aceptar. No sería correcto, ni justo.

—La señora debe comprender que esa era la voluntad de Jacques y que ella debe ser respetada —replicó el abogado.

Ante eso, Naomi hizo un gesto de resignación que no consiguió esconder un toque de falsedad y se calló. Pero, si ella estaba dispuesta a permanecer en silencio, lo mismo no ocurría con su hijo Rhyno.

—Bien, creo que debe haber más cosas en ese testamento —dijo, ansioso.

—Claro, claro —respondió el abogado, como quien pide disculpas por la pausa—, por favor, doña Naomi, si la señora nos da permiso… el resto del testamento solo habla respecto a Kate, a doña Edwina y su hijo —insinuando con eso que ella saliese.

—Ahora mismo, voy a esperar en la sala de estar —ella se levantó mientras los demás intercambiaban miradas indagadoras.

Hubert carraspeó una vez más y sus manos temblaron un poco al agarrar el papel, a pesar de su voz continuar firme y decidida.

—La hacienda, tal como se encuentra, con todos los beneficios y los bienes muebles e inmuebles, queda para mi hija, Katherine Duval, y para mi administrador, Rhyno Van der Bijl, bajo la condición de que ellos se casen en un plazo de treinta días, después de mi muerte. Si, después de un año, el matrimonio fracasa, Rhyno Van der Bijl quedará con lo que por derecho le pertenece, esto es, el área de la Hacienda La Reine, y mi hija Katherine tomará posesión de la Hacienda Solitaire.

Rhyno dio un salto en la silla así que el abogado terminó la frase. Su voz áspera cortó el aire, haciendo a Kate estremecer.

—¡Espere un momento! El señor no va a querer que ninguno de nosotros dos acepte o, hasta incluso, crea en lo que acaba de leer, ¿verdad?

—Pues está todo aquí, en el papel, señor Rhyno. Negro sobre blanco.

—¡Pero es una ofensa! —Kate se levantó con un gesto brusco.

—¡Yo me niego a… a casarme con este hombre solo para heredar lo que por derecho es mío!

El abogado examinó detenidamente los papeles que tenía al frente y después se dirigió la Kate con voz firme.

—Siento mucho, pero si quiere continuar con la posesión de la Hacienda Solitaire, no tiene otra elección.

—Explíquese mejor, señor Walton —Rhyno pidió con aspereza.

—Eso quiere decir, Rhyno, que si tú y Kate se niegan a casarse, la hacienda Solitaire quedará para doña Edwina y, después de su muerte, será vendida y el dinero destinado a diversas instituciones de caridad que están aquí enumeradas, en este documento.

—¡No es posible! ¿Y La Reine?

—La Reine será vendida de inmediato y el valor de la venta irá también para otras tantas entidades, como Jacques dejó bien claro en otra cláusula del testamento.

A pesar de su piel bronceada, se veía claramente que Rhyno había palidecido de repente. Su boca sensual se apretó formando una línea rígida. Miró para Kate transmitiéndole un sentimiento muy cercano al odio. Nerviosa, ella buscó sentarse de nuevo y, girando hacia la tía, preguntó:

—¿Ya sabías de esta exigencia, tía Edwina?

—Bueno, yo… —comenzó la vieja señora.

—Yo le conté todo a ella, hoy en la mañana, para que no sufriese un shock —dijo Hubert Walton, con toda la calma.

Kate sintió deseos de gritar. ¿Cómo podía él hablar con semejante tranquilidad de una cosa que venía a alterar tanto su vida? ¿Cómo podía quedar así, impávido, viendo el mundo de ella desmoronarse de repente?

—¡Pues sepan que estoy dispuesta hasta a comprar Solitaire, si esa es la única forma de mantener mi propiedad sin embarcarme en un matrimonio que me desagrada!

—¿Comprar? Pero ¿cómo haría eso con una herencia de solo cinco mil rands por año? —preguntó el abogado con cara de pena.

—¿Cómo? Entonces es solo esa cantidad lo que voy a recibir?

—Exactamente. Si no sigues la voluntad de tu padre, solo tendrás derecho a cinco mil rands por años —confirmó él.

—¡Mi Dios! ¡No es posible!

Kate escondió el rostro entre las manos, desesperada, creyendo que sería incapaz de soportar todo aquello. Se escuchó el ruido de una silla arrastrando el suelo. Era Rhyno que se levantaba e, imponente, encaraba al abogado.

—¿El señor tiene alguna cosa más que decirnos? —preguntó.

—Por ahora no.

—Entonces, con permiso…

Él se retiró sin terminar la frase, cerrando cuidadosamente la puerta. Al verlo salir, Kate sintió un escalofrío bajando por su espalda. Sus ojos exhaustos y sin vida recorrieron nuevamente la mesa, parando en la cabecera, el lugar que su padre acostumbraba ocupar. Nunca más estaría sentado allí, pero, aun ahora, después de muerto, continuaba dirigiendo su vida con la misma rigidez con que comandó la hacienda durante todos aquellos años. Había sido un buen padre. Cuidó de ella con mucho amor y cariño, principalmente después de la muerte de la madre, cuando ella tenía apenas dos años. Pero siempre fue un hombre firme. Y, tratándose de Rhyno Van der Bijl, era incluso irreductible.

Kate se acordaba bien del día en que Rhyno llegó a la hacienda para sustituir al antiguo administrador que dejó el cargo. Kate había implorado al padre para que le diese esa función. Pero él le negó la petición, y días después, Rhyno entraba en Solitaire para apoderarse de todo. Eso había ocurrido hacía un año y medio y, desde

entonces, los dos nunca consiguieron llevarse bien. Discrepaban en casi todo y cada vez que Rhyno hacía algo que Kate consideraba errado, ella iba a quejarse al padre. Pero este jamás le dio la razón. Al contrario, insistía en decir que Rhyno sabía lo que debía ser hecho.

Y así Rhyno Van der Bijl permaneció en el cargo de administrador durante todo aquel tiempo. Se había instalado confortablemente en la casa sede de La Reine, donde pasó los diez primeros años de su vida. Cuando Kate y Rhyno eran niños, no habían llegado a conocerse, pues Naomi se había mudado para Stellenbosch con el hijo cuando Kate tenía solo dos años. Eso no hacía ninguna diferencia ahora. Kate creía que era imposible dejar de sentir antipatía con Rhyno, aunque lo hubiese conocido desde pequeño.

—¡Mi padre debía estar fuera de sí cuando hizo ese testamento! —gritó descontrolada, rompiendo el silencio que planeaba en la sala desde la salida de Rhyno. Sus ojos azules miraban a Hubert, dejando transparentar toda su desesperación.

—Tu padre estaba en perfecto estado mental, Kate y tú sabes eso tan bien como yo —respondió él.

—Y la señora, tía Edwina, ayúdame, por favor…

Kate agarró la mano de aquella mujer que había tomado el lugar de su madre, hacía tanto tiempo. Pero no sintió en ella ningún apoyo o señal de consuelo…

—Mi deseo no es quedarme con la hacienda, querida —le dijo la tía—, pero creo que sería mejor que tú no intentaras resolver nada ahora. Dale tiempo al tiempo. Al final, tienes un mes para pensar en el asunto. Quien sabe y después de ese plazo consigues aceptar mejor la idea.

—Imposible. Yo sería incapaz de casarme con un hombre que detesto. Y, además de eso, existe Gary… —agitada, Kate se apartó de la tía.

Gary Page había entrado en su vida hacía tres meses. Cuando lo conoció, pasó a sentir por él un fuerte afecto.

—Es verdad… Gary —comentó la vieja señora—, pero al final, ¿por dónde anda él? ¿Por qué no está aquí a tu lado, un día como hoy, cuando necesitas tanto de apoyo?

—Él tuvo que ir a Ciudad del Cabo por negocios. Mañana estará

de vuelta.

Kate salía en defensa del hombre que ella admiraba mientras Hubert, medio sin gracia, procuraba cambiar de asunto.

—¿Qué tal si vamos para la sala de estar? —propuso él.

Los tres salieron, sus pasos resonando en las tablas anchas del suelo. Naomi Van der Bijl los aguardaba sentada en una de las poltronas de la amplia sala, cuyo mobiliario era una mezcla de piezas antiguas con otras más modernas. Rhyno estaba de espaldas, mirando hacia fuera por la ventana. Kate examinó su figura de arriba abajo. A pesar de ser delgado, sus músculos sobresalían bajo el tejido gris del traje. Y Kate conocía como nadie la fuerza de aquellos músculos. Ella lo había visto muchas veces trabajar en los viñedos, cuando faltaba algún empleado, y había observado el vigor y la energía con que los usaba. Además de eso, fue la fuerza de Rhyno, la que cargó sola a su padre hasta la casa cuando él tuvo la parada cardiaca en medio de los toneles del depósito.

—Imagino que Rhyno ya te ha contado todo —dijo Kate a Naomi, notando su aire de preocupación.

—Sí, y yo…

—¡Mamá! —Rhyno interrumpió de forma brusca—, creo que mientras menos se hable en este asunto ahora, mejor será para todos.

—Tal vez tu tengas razón —respondió Naomi contrita, apretando el bolso entre las manos nerviosas.

El ambiente estaba tenso y la actitud áspera de Rhyno solo contribuía para agravar la situación. Con su acostumbrada habilidad, Edwina procuró aliviar los ánimos.

—¿Qué tal y te quedas para tomar la merienda con nosotros, Naomi?

—No, gracias, necesito ir a casa.

—Te acompaño hasta el coche, mamá. Después voy a buscar algunas cosas que deben ser vistas antes del fin de la tarde.

Era evidente que Rhyno quería cerrar la conversación lo más rápido posible. Ambos se despidieron y, poco después, Hubert Watson también se fue.

—¡No voy a casarme con ese hombre! ¡No puedo! —gritó Kate, así que se vio a solas con la tía.

—Es probable que él esté sintiendo lo mismo en relación a ti,

Kate. Al final, ningún hombre le gusta ser forzado a casarse con nadie.

—¡Mi Dios! ¿Qué pasó por la cabeza de papá cuando hizo ese testamento ridículo? Él estaba harto de saber que no me gustaba Rhyno. ¿Es que un año y medio de peleas no fueron suficientes para él darse cuenta de eso?

—Tu padre, querida mía, era un hombre muy astuto e inteligente. Pero era también bastante imprevisible. Solo Dios sabe lo que pudo haberlo llevado a actuar así. Seguramente hubo algún motivo que nosotras no estamos consiguiendo percibir.

—Puede ser, tía Edwina. Pero una cosa te voy a decir. Yo amo Solitaire. Adoro cada palmo de tierra existente en esta hacienda, ¡y no voy a desistir de ella por nada en este mundo!

—¿Quieres decir entonces que decidiste casarte con Rhyno?

—¡Claro que no! Jamás me casaré con él, pero me voy a quedar con Solitaire, cueste lo que me cueste.

Cuando el sol se puso en el horizonte, anunciando el comienzo de una noche más caliente de verano, el impacto inicial causado por el testamento de Jacques Duval comenzó a ceder. En su lugar, una fuerte sensación de tristeza y desolación se apoderó del ambiente. El caserón estaba silencioso y lúgubre cuando tía Edwina y Kate se sentaron para cenar. El lugar de Jacques estaba vacío, pero Kate podía aun sentir su presencia allí, y casi percibió el olor acre de vino que siempre se desprendía de las ropas del padre. Una añoranza enorme la invadió y sus ojos se llenaron de lágrimas. ¡Como sentía su falta! Y, al mismo tiempo, como había quedado de perturbada, sorprendida e indignada con sus exigencias. Si al menos consiguiese entender las razones que lo habían llevado a hacer un testamento tan absurdo…

—No estás comiendo nada, Kate —observó tía Edwina.

—No tengo apetito.

—Pero necesitas comer algo. Estás demasiado delgada. Además, pasar hambre no va ayudarte a resolver ninguno de tus problemas.

Kate levantó los ojos llenos de lágrimas y encaró a la mujer canosa, sentada a su frente.

—¿Cómo es que voy a resolverlos, tía?

—Bueno, podías entrar en un acuerdo con Rhyno.

—¡Nunca!

—Piensa que él tiene tanto que perder como tú. La hacienda de La Reine también fue de su familia y es natural que él prefiera quedarse con ella que pasarla a manos de extraños.

—¡El problema es de él! Mi preocupación es con Solitaire. Me niego a aceptar la imposición de un matrimonio, solo para tomar posesión de ella.

—¿Entonces cómo pretendes quedar con Solitaire, sin casarte con Rhyno?

—Aún no lo sé, tía… pero voy a encontrar una forma. Ah, eso voy.

Kate no durmió esa noche. Se revolvió en la cama pensando, haciendo planes, trazando proyectos que después deshacía y volvía a montar. Pero el problema central permanecía igual. Si quería quedar con la Hacienda Solitaire, tendría que casarse con Rhyno. Pero ¿y si él no aceptaba? La idea se le ocurrió por primera vez. Asustada, se sentó en la cama. Estaba tan decidida a no pactar con aquel matrimonio que ni había pensado en la posibilidad de que Rhyno no quisiera casarse con ella. ¿Cómo haría entonces? Si llegaba a la conclusión de que casarse era la única salida, así mismo debía estar preparada para enfrentar una probable negativa de Rhyno. Al final, él también la detestaba. El sentimiento de repulsa era recíproco.

Su cuerpo tembló por entero, a pesar de la noche caliente, y Kate procuró cubrirse mejor, empujando la sábana hasta el cuello. No había ningún motivo que llevase a Rhyno a querer casarse con ella, a no ser que él estuviese tan interesado en recuperar La Reine como ella en mantener Solitaire. Aun así era poco probable que los dos consiguiesen convivir con un mínimo de tranquilidad, durante un año, hasta alcanzar sus objetivos.

Revisó sus sentimientos intentando descubrir lo que le hacía sentir semejante aversión por aquel hombre. Pero la respuesta no era fácil de encontrar. Tenía que admitir que, en determinadas ocasiones, había sentido cierta fascinación por Rhyno. Eso al principio, antes de que comenzaran las desavenencias entre los dos. A veces se quedaba observándolo de lejos, sin que él se percatase. Lo encontraba masculino y, de alguna forma, atractivo. Pero después vinieron las peleas, las divergencias sobre cómo resolver los problemas de la hacienda y los constantes desacuerdos. Y el

sentimiento de antipatía fue creciendo, transformándose en odio abierto y declarado.

Su padre tenía una gran admiración por Rhyno, llegando a veces a tratarlo como a un hijo. Eso intrigaba a Kate, pero nunca llegó a hablar sobre ello. Y no habría servido pues, si había algo que el viejo Jacque Duval se negaba hacer terminantemente, era dar explicaciones sobre sus actitudes. Ahora Jacque no estaba más allí. Yacía al lado de su madre, bajo las frondosas copas de los cipreses. Nunca más podría hacerle todas esas preguntas.

Al día siguiente, bien temprano, la vieja campana resonó anunciando la recolecta. El día estaba nublado, la temperatura amena, ideal para el trabajo de recoger los frutos. Las vides estaban pesadas, cargadas de racimos, y la vida tenía que continuar. El hecho de que Jacques Duval no estuviera más allí para presenciar aquella actividad no justificaba que se interrumpiese la producción de los vinos de la Hacienda Solitaire. Desde ahora y hasta el final del verano casi todos los hombres, mujeres y niños que habitaban en la propiedad estarían ocupados recorriendo los viñedos y llenando sus cestos de uva. Cada cesto lleno significaba más dinero en su bolsillo y cada nuevo cargamento que llegaba a la presa de vinos, un volumen añadido a la producción de la Hacienda Solitaire.

Steen… Riesling… Colombard… Kate conocía de color cada una de esas cualidades. Sabía todos los secretos de la producción, todos los detalles del cultivo de las uvas y de las combinaciones que debían ser hechas para llegar al sabor deseado. Fuera una aprendiz atenta, durante largos años, con la certeza de que la Hacienda Solitaire un día sería suya. Pero ahora su sueño se había hecho pedazos, rompiéndose súbitamente en millones de pequeños fragmentos. ¡A no ser que se casase con Rhyno, perdería para siempre la propiedad! Mientras tía Edwina estuviese viva, seguramente las cosas permanecerían como ahora. Pero ¿y cuándo ella muriese? ¿Qué ocurriría entonces? Manos extrañas vendrían a cultivar aquellas tierras, apoderándose de los viñedos que Kate amaba tanto. Y esas manos jamás serían capaces de dedicar el mismo cariño que la familia Duval había dado a Solitaire.

Ese era el pensamiento que más la torturaba y que la hizo dirigir su coche, al día siguiente después del almuerzo, hasta la ciudad de Stellenbosch, en busca de Hubert Walton. Quería que él leyese nuevamente aquella cláusula del testamento. Quería escuchar otra vez, ahora un poco más tranquila, palabra por palabra lo que estaba escrito allá para captar mejor su significado. Solo entonces decidiría qué hacer de su futuro.

Cuando entró en el despacho de Walton, la primera cosa que vio fue la figura de Rhyno, estirado sobre un sofá, su vieja pipa sujeta entre los dientes, soltando bocanadas de humo cuyo olor dulzón inundaba la sala.

—Si viniste a buscar alguna salida para las malditas imposiciones de tu padre, estás perdiendo el tiempo —le informó él, antes incluso de que Hubert Walton consiguiera saludarla.

—El señor Walton y yo ya pasamos más de una hora revisando todo el testamento cuidadosamente y llegamos a la conclusión de que no existe forma posible de alterarlo.

—Si no te importa, prefiero tomar mis propias decisiones —Kate, respondió, áspera.

—Haz como quieras —Rhyno se levantó y guardó la pipa en el bolsillo. Después paró delante de ella, su estatura imponente dominando la sala, y continuó—: y cuando llegues por tus propios medios a la misma conclusión que nosotros, esto es, la conclusión de que no hay nada que hacer, entonces quien sabe y podamos tener una conversación más seria sobre esta ridícula situación.

Salió sin decir nada más, apenas saludando a Walton con un leve ademán de cabeza.

—¿Tío Hubert, no sería mejor abrir un poco la ventana? No soporto ese asqueroso olor de la pipa —dijo Kate, así que Rhyno cerró la puerta.

Walton la miró con aire de asombro, admirado con su impaciencia. Se irguió del escritorio y empujó un poco el vidrio de la ventana.

—¿Qué tal, Kate? ¿Está mejor así?

—Gracias a Dios. Mejoró bastante.

Por más que se esforzase, no conseguía disfrazar su irritación por el hecho de Rhyno hubiera ido hasta la oficina de Walton antes que ella.

—Bueno, Kate, ya que tú no crees en Rhyno, pido que creas en mí. El testamento de tu padre fue hecho con todo el cuidado para que no hubiese forma de irrespetar su voluntad. No hay, realmente, ninguna posibilidad de modificarlo.

—¿Estás queriendo decir que para quedar con la hacienda tendré que casarme con Rhyno o entonces comprarla después que la tía Edwina muera?

—Exactamente. Solo que debo advertirte de otra cosa. Si Solitaire fuese puesta en venta, algún día, ningún banco te daría el préstamo necesario para comprarla. Su precio estaría totalmente fuera de tu alcance, Kate. Solo la señal de compra ya sería exorbitante.

—Bueno… pero con seguridad voy a tener una participación en los beneficios de la hacienda, mientras ella sea propiedad de la tía Edwina. Nada impide que yo vaya juntando ese dinero poco a poco para en un futuro poder comprar…

—La parte financiera va a estar a mis cuidados, como tu padre pidió. Tomé todas las medidas para que tú y tu tía continúen teniendo el confort al que están acostumbradas. Pero en cuanto a los beneficios, ellos no podrán ser retirados. Irán a un fondo común, que será unido al dinero que la venta de la hacienda, cuando esto ocurra. Fue eso lo que Jacque decidió.

Walton había interrumpido a Kate con voz firme, intentando mostrarle toda la realidad de los hechos. Mientras lo escuchaba hablar, ella iba quedando lívida.

—Pero tú no nos dijiste nada de eso ayer en la noche —desahogó casi en un grito.

—No, no lo dije, por un motivo muy simple: yo tenía la esperanza de que tú y Rhyno llegaran a un acuerdo favorable.

—¡No vengas a decirme que esperas que me case con él!

El nerviosismo de Kate hizo que esbozase una sonrisa de descrédito. Sentada en la silla que Rhyno había ocupado minutos antes, miró para el abogado como si él hubiese enloquecido.

—Es lo que yo espero —dijo Walton pausadamente— y que tú encares esta situación con el máximo de lucidez posible y que tu amor por Solitaire sea suficiente para que hagas todo para conservarla en tu poder.

La campanilla del intercomunicador sonó y así que Walton

apretó el botón de contacto se escuchó la voz de la secretaria:

—Dr. Walton, el señor Baxter está aquí para verlo.

—Pídale que espere un minuto.

Hubert colgó el aparato e hizo un gesto de quien pide disculpas por la interrupción, pero Kate ya estaba de pie, agarrando el bolso, lista para irse.

—Gracias por haberme recibido así, sin cita. Ahora tengo que marcharme.

Su expresión era de preocupación y desilusión. Salió del despacho atravesando el largo corredor y tomó el ascensor hacia el bajo. Bonita y elegante, provocaba miradas de admiración al cruzar la calle en dirección al coche deportivo allí estacionado. Había sido un regalo de su padre, en su último cumpleaños. Su cabeza estaba aturdida, demasiado inquieta para notar nada que ocurriera a su alrededor.

—¡Kate! —La mano fuerte la agarró por el brazo y, sorprendida, ella se vio delante de Rhyno, que la miraba con sus ojos penetrantes —, tenemos que conversar.

—No hay nada más que decir. Por favor, déjame irme.

—Ah, sí, y cuanto más rápido resolvamos este asunto mejor.

La mano de Rhyno continuó agarrando su brazo con firmeza, empujándola hacia el otro lado de la calzada. Vamos a sentarnos allí, en aquel banco.

Era mucho atrevimiento de Rhyno colocarse de esa manera al mando de la situación y Kate quedó furiosa. Pero la calle estaba llena de gente y no era lugar para hacer una escena. Por eso aceptó, aunque dejando muy evidente su disgusto.

# Capítulo 2

—Por favor, suelta mi brazo —Kate dijo en voz baja, así que se sentaron.

Incluso después de soltarla, Rhyno continuó comandando la situación y dirigiendo la conversación. Parecía dispuesto a poner las cosas claras, de una vez por todas.

—Escucha, Kate. Creo que a pesar de nuestras peleas, durante todo este tiempo, siempre fuimos capaces de mantener cierto grado de respeto el uno por el otro y…

—¡Di pronto lo que quieras! —Ella lo interrumpió con rabia.

—Calma. Deja de tratarme como si yo fuese el responsable por lo que está ocurriendo. Quien nos colocó en esta situación fue tu padre y no yo. Ahora estamos en el mismo barco y vamos a tener que encontrar juntos la solución. Tenemos todavía algún tiempo para pensar, pero hay cosas que necesitan ser resueltas pronto.

—¿Qué cosas?

—Me refiero a la situación de la hacienda. Estamos en medio de la cosecha y no podemos dejar que estos acontecimientos atrasen aun más el trabajo. Con la muerte de tu padre, todo el sector que él cuidaba quedó sin un jefe, sin mando. Yo no estoy consiguiendo dar cuenta de todo solo y no podemos disminuir la producción.

Kate sonrió con cinismo, sus labios carnosos se curvaron incrédulos.

—¡No me digas que estás pidiendo mi ayuda!

—¿Hay algo malo en eso?

—Después de haber criticado tanto mi trabajo, queda un poco raro…

—Encuentro tus métodos de trabajo bastante anticuados, pero soy consciente de que tú tienes un gran conocimiento de vinicultura. Tu ayuda ahora sería de gran utilidad.

—¿Sí? ¡No me digas!

—Sabes, Kate, el sarcasmo no te queda bien. ¿Por qué no dejas de ser cínica y hablas un poco en serio? ¿Vas a ayudarme?

—Está bien —respondió ella renuente—, pero no sé por qué estoy haciendo eso. Al fin y al cabo, hace más de un año tú y papá hicieron de todo para apartarme de la dirección de la hacienda, dejando a mi cargo solo los servicios rutinarios de la oficina. Y ahora, sin más, tú descubres de repente que yo tengo cualidades suficientes para sustituir a mi padre. Extraño, ¿no?

—Vamos a encarar los hechos. Mientras no se llegue a una decisión, la Hacienda Solitaire es propiedad tuya. Y sería mucha irresponsabilidad perjudicar los negocios solo por causa de un capricho, de un orgullo herido de niña mimada.

—¡Estás siendo grosero!

—Alguien necesita hacerte reaccionar. Ya es demasiado continuar así, con todo el mundo muriendo de pena por ti.

—¿Pena por mí? —Kate se atragantó con las palabras. Rhyno la trataba como si ella fuese una niña y no estaba dispuesta a tolerar eso.

—¿Cómo te atreves a hablar así?

—Lo siento mucho, Kate, pero esa es la pura verdad, duela a quien le duela. Tu tía Edwina y Hubert Walton sienten tanta pena de ti que no consiguen hacerte reaccionar. Necesitas enfrentar el futuro y solo vas a conseguir eso si dejas de lado todas esas bobadas. Cuando se desea algo, es necesario luchar por ello. Si quieres de veras la hacienda, necesitas merecerla.

La calma y la decisión de Rhyno daban fuerza a sus palabras. Kate nunca lo vio hablar con tanta convicción. Eso la dejaba nerviosa y aun más irritada con él.

—Es muy fácil hablar de los otros —dijo, con una mirada fulminante—. ¿Y tú, cómo pretendes luchar para conseguir La Reine?

—Con todas las armas y todo mi esfuerzo. Hasta casándome contigo, si eso fuera preciso.

—¡Nunca! Tú jamás conseguirás La Reine de esa manera, ¿entendiste? ¡Jamás!

—Está bien, está bien. Pero no es el momento de discutir eso ahora. Es mejor que volvamos a la hacienda porque hay muchas cosas que hacer aun esta tarde, antes de que oscurezca.

Rhyno la acompañó hasta el coche. La tensión existente entre los dos era enorme, el odio y la rebeldía de Kate planeando en el aire.

Ella no dijo una palabra. Solo entró en el coche y partió furiosa, saliendo a toda velocidad y dejándolo allí, plantando, mirando la calzada. Ya llevaba algún tiempo en la carretera cuando notó, por el espejo, que la camioneta de la hacienda venía justo detrás de ella. Era Rhyno volviendo, siguiéndola como si temiese que no fuese derecho a casa.

Cuando llegó a Solitaire, Kate había tomado algunas decisiones. No dejaría que la hacienda entrase en decadencia. Mostraría a Rhyno cuanto era de competente. Quería ver por cuánto tiempo conseguiría él mantener aquel aire de superioridad.

Fue directo a su habitación a cambiarse de ropa. Vistió un viejo jeans, una blusa de algodón estampada y zapatos confortables. Después se dirigió al edificio de los depósitos y de la bodega. El lugar hervía de actividad, las prensas trabajaban a todo vapor procesando las uvas que eran traídas en carretas sobrecargadas. Las uvas blancas eran de las plantaciones de Solitaire y las oscuras provenían del cultivo de La Reine. Todas eran de optima calidad y resultarían un vino sabroso y refinado, después del largo proceso de maduración.

Kate asumió las funciones de su padre inmediatamente, sin que Rhyno necesitase darle ninguna instrucción. Sustituyendo al viejo Jacques, ella haría la supervisión de la producción, mientras Rhyno se encargaría de dirigir la recolecta en la Reine. Sin vacilar, ella fue caminando entre las prensas, inspeccionando las máquinas y observando los trabajos.

Dio algunas órdenes, mandó a cambiar una correa que estaba dañada y después agarró el todoterreno empolvado de la hacienda para dar una mirada a las plantaciones.

Los peones continuaban en su arduo trabajo, pero sin las risas y las charlas alegres de siempre. Era el día siguiente de la muerte de Jacques Duval y nada conseguía hacerles olvidar eso. Sus voces entonaban bajito un triste cantico tradicional de la época de la cosecha que parecía un murmullo, recordando un lamento. Kate los observó con el corazón apretado y, al mismo tiempo, maravillada con la destreza con que sus manos agarraban los racimos de las vides y los colocaban en los cestos. Tan pronto salía una carreta abarrotada, empujada por el tractor, llegaba otra para ocupar su lugar. Los peones conocían bien el trabajo y lo ejecutaban con la

misma habilidad, año tras año, desde hacía mucho tiempo.

—La cosecha va a ser buena este año, doña Kate. Muy buena de verdad —le aseguraban ellos.

Después de estar un tiempo en los campos, Kate volvió para la bodega, donde su presencia era más necesaria. Y allí permaneció el resto del día, orientando los trabajos, tomando decisiones y controlando la producción, hasta que llegó la última carreta y su cargamento de uvas fue vaciado en la prensa. El sol ya estaba hundiéndose en el horizonte, dando fin a la jornada que solo recomenzaría con el rayar del día.

—Fue un buen comienzo —comentó Rhyno, cuando pasó por la bodega—, creo que tu padre habría quedado satisfecho.

Kate sacudió la cabeza, sin saber si debía tomar las palabras como un cumplido o una ironía. De cualquier forma, la referencia al padre la dejó conmovida. Dio una última mirada alrededor y salió para respirar aire puro, lejos del olor dulzón de las uvas y de la mirada de Rhyno, que la observaba con mucha atención.

En la noche, Gary Page apareció en la hacienda. Así que lo vio llegar, Edwina se retiró para otro lugar de la casa. Ella no le gustaba las intimidades de Kate con el muchacho y no hacía ningún secreto de ello. Kate había notado también que su padre concordaba con la opinión de la hermana, hecho que no le había impedido de continuar la relación.

Quería llegar a sus propias conclusiones con respecto a Gary, sin la interferencia de nadie.

—Siento mucho no haber podido estar aquí ayer —dijo Gary, cuando entraron en la sala de estar.

—No te preocupes —Kate respondió, sin conseguir disimular una cierta decepción—, no había nada que tu pudieras hacer.

Gary era poco más alto que Kate. Su cabello era oscuro, el rostro anguloso y los ojos azules transmitían alegría. Pero ellos estaban muy serios hoy, mirando a Kate con preocupación.

—¿Estás bien?

—Lo estoy, sí. Ahora estoy mucho mejor.

—Te eché mucho de menos.

—¡Oh, Gary! —Kate se lanzó en sus brazos, en una actitud desconsolada, agarrándose a él con desespero—. Por favor, abrázame muy fuerte. Di que todo esto no pasa de una pesadilla.

—¿Querida, que está ocurriendo? No estés así…

Gary la agarró en los brazos, procurando consolarla, hasta que ella consiguió calmarse. Finalmente, Kate se apartó y consiguió hablar.

—Disculpa —dijo, enjugando las lágrimas—, Rhyno tiene razón, necesito aprender a controlarme.

—¿Rhyno? Ese hombre te está causando problemas?

—No, él no. Quien me está causando problemas es mi padre.

—¿Cómo así?, no estoy entendiendo…

—Ah, vamos olvidar eso. No tiene la menor importancia y yo no estoy con ganas de hablar de ese asunto.

—Lo que tú estás necesitando, querida, es de alguien que cuide de ti.

Una sonrisa se esbozó en el rostro de Kate, aún mojado por las lágrimas.

—¿Estás pidiéndome en matrimonio?

—¿Y por qué no? Nosotros dos podríamos transformar Solitaire en la mayor productora de vinos del país, no solo de la región.

—Solitaire… —Kate murmuró, quedando súbitamente seria—. ¡Últimamente parece que toda mi vida gira en torno a Solitaire! No aguanto más…

—¿Kate, que pasa contigo?

—¿Tú sabes lo que significa Solitaire, Gary? ¿Sabes lo que quiere decir esa palabra? Quiere decir solitaria, solo, sola. Es así como me estoy sintiendo.

—No digas eso, cariño. Yo estoy aquí a tu lado.

—Oh, disculpa, Gary… creo que no estoy siendo una compañía muy agradable hoy.

Los brazos de Gary la apretaron con fuerza, mientras su mano cariñosa le acariciaba los cabellos.

—Tal vez este no sea el momento más oportuno para preguntar esto, Kate, pero… ¿quieres casarte conmigo?

Kate habría dado todo para responder que sí. Pero sabía que eso era imposible, por lo menos mientras no resolviese la situación referente al testamento. Casarse ahora con Gary significaba perder Solitaire y había algo dentro de ella que se preguntaba si él valdría ese sacrificio.

—No vamos hablar de matrimonio por ahora, Gary. Vamos a

continuar como estamos, siendo simples enamorados por algún tiempo más, ¿está bien?

El muchacho no pareció satisfecho, pero hizo un gesto positivo con la cabeza, mostrando que estaba de acuerdo. Después se alejó de Kate y encendió un cigarrillo.

—¿Qué tal si almorzamos juntos mañana, en la cuidad?

—Creo que no podré. Tenemos mucho trabajo aquí en la hacienda a causa de la cosecha y voy a estar ocupada el día entero.

—No sé por qué tú necesitas ocuparte de eso, si tienes un administrador para hacerlo.

—No te olvides que además de Solitaire está también la hacienda La Reine y controlar las dos durante la cosecha es demasiado trabajo para una sola persona.

—¿Por qué no contratas a alguien más para hacer ese trabajo?

—Eso está fuera de discusión, por lo menos por ahora.

—Pero…

—Por favor, Gary —Kate lo interrumpió con voz cansada—. Vamos hablar de otra cosa.

Una vez más, Gary pareció quedar un poco decepcionado. Pero no estaba dispuesto a crear problemas y sonrió, resignado.

—Está bien. Pero ya que tú no puedes encontrarme en la hora del almuerzo, que tal si cenamos juntos?

—Será un placer.

Gary se inclinó y besó los labios de Kate. Después conversaron largamente. Kate no quería que la conversación volviese a recaer sobre ella, sobre sus problemas o sobre Solitaire. Por eso habló de otras cosas y pidió a Gary que le contase sobre su trabajo en la casa de vinos de Stellenbosch. Era un asunto que lo agradaba y sobre el cual ella también tenía interés. Las horas pasaron deprisa, en un animado diálogo que ayudó a Kate a olvidar un poco sus preocupaciones.

Pero cuando Gary se fue, todo el peso de las dificultades volvió a recaer sobre ella, dejándola deprimida. El futuro se presentaba como una inmensa floresta oscura, de la cual había solo una salida. Pero Kate había decidido no usar esa salida y, obstinada como el padre, se agarraba con uñas y dientes a su decisión.

Se levantó bien temprano a la mañana siguiente y ya estaba tomando su café, cuando Rhyno llegó. Él no la vio, pues quedó conversando con Edwina en el recibidor de la entrada. Kate pudo entonces, escapar por la puerta del fondo; evitando enfrentarlo.

No encontró el todoterreno estacionado donde lo dejara en la tarde. Estaba mirando alrededor, en su busca, cuando vio a Rhyno viniendo en su dirección.

—Buenos días —dijo, mirándola como si supiese que ella había intentado escapar del encuentro—. ¿Quieres un aventón hasta las bodegas?

—No será necesario. El todoterreno debe estar por aquí.

—El todoterreno está en La Reine. Lo necesitaban y lo mandé a buscar bien temprano.

—¿Con qué derecho haces eso sin siquiera consultarme?

—El todoterreno no es tuyo, es de la hacienda, para ser usado donde fuera más necesario.

Kate estaba forzada a admitir que Rhyno tenía razón. Siempre daba con la manera de tener la última palabra. Sus dedos firmes agarraron el brazo de Kate, conduciéndola sin ninguna ceremonia hacia el camión que estaba cerca.

—Entra ahí, que yo te llevo.

No quedaba otra alternativa que aceptar. Mientras el camión se movía, Kate observó el rostro firme de Rhyno que, sentado al volante, miraba fijamente para el frente. Sus facciones parecían esculpidas en piedra. Daba la impresión de una persona incapaz de tener un gesto de ternura o cariño. Una esfinge que nunca sabría dar amor a una mujer. No obstante, andaba siempre con Barbara Owen, dueña de una boutique de Stellenbosch. ¿Qué grado de amistad tendría con esa mujer? Tal vez fuesen amantes… Kate sintió vergüenza de hacer esas conjeturas. Al final, nada de eso era de su incumbencia y ella no tenía nada que ver con la vida de Rhyno.

—Al mediodía paso a buscarte —dijo él, cuando el camión paró con un bandazo delante de la bodega.

Antes que ella pudiese responder, Rhyno ya partía, el camión dejando un grueso rastro de polvo detrás de sí.

Enseguida, llegó la primera carreta con su cargamento de uvas y Kate hizo una señal para que Lenny encendiera las máquinas. El

rostro moreno del hombre demostraba bien la animación que todos tenían en aquella época del año. Lenny estaba en Solitarie hacía mucho tiempo y siempre decía a Kate que cada verano era una experiencia nueva. Cuando la cosecha terminaba y las prensas se silenciaban hasta el año siguiente, una expectativa siempre quedaba en el aire. ¿Cuál sería el resultado final de todo aquel trabajo? ¿Cómo sería el vino de aquella cosecha?

Todos querían que los vinos de Solitaire continuasen recibiendo las medallas y los premios que hasta entonces habían conseguido por su buena calidad. Por eso tenían un cuidado muy especial en cada etapa del trabajo y cuando al final de año, después de tanto esfuerzo, conseguían el éxito, su felicidad era inmensa. Lenny decía que el entusiasmo por el trabajo de vinicultura era algo que nacía con la persona, que corría en la sangre y Kate concordaba con él. Cuando estaba allí en las bodegas, en medio de las máquinas y toneles, conseguía olvidar momentáneamente todos problemas.

Al mediodía, Rhyno vino a buscarla como había prometido. Siempre manteniendo aquella actitud distante y superior, la llevó a casa. Kate almorzó con la tía en silencio, al lado de la cocina. Hizo una comida rápida, pues tenía que volver al trabajo enseguida.

—Invité a Rhyno a cenar con nosotras esta noche —dijo Edwina tranquilamente, mientras colocaba azúcar en su café.

—Entonces la señora tendrá que cenar sola con él. Yo voy a salir con Gary hoy en la noche.

—¿Por qué no me avisaste antes? —reclamó la tía.

—Creo que me olvidé. Disculpa.

—Bueno, ahora es demasiado tarde para retirar la invitación. Solo espero que Rhyno no se incomode de cenar en la compañía de una vieja.

—Piensa. Estoy segura de que ustedes dos tendrán mucho que conversar.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Bueno, a la señora siempre le gustó mucho él, ¿no es así?

—Me gustaba mucho cuando era niño y ahora lo encuentro un muchacho muy atractivo.

—¡¿Atractivo?! —Kate casi se atragantó con el agua helada que

estaba bebiendo—, ¡no hay nada de atrayente en Rhyno Van der Bijl! Él es un hombre arrogante, engreído y tan desagradable como aquel vino barato que a los peones les gusta beber.

—¡Kate! Ten modales.

—Deja. A veces vale la pena saber lo que los demás piensan de la gente —dijo una voz grave. Era Rhyno que entrara en silencio, quedando justo detrás de la silla de Kate.

Ella se giró, en un sobresalto, pero sin perder la arrogancia.

—¿Quien te mandó a estar ahí, escuchando la conversación de otros?

—No era esa mi intención. Vine a buscarte para volver al trabajo —Rhyno respondió, mirándola con desdén—, pero tal vez no estés más dispuesta a ensuciar tus delicadas manitas de seda.

—¡No seas grosero! ¿Con quién piensas que estás hablando?

—Estoy hablando contigo, Kate Duval. ¡Ahora, levántate de esa silla y vamos a trabajar!

La reacción de ella fue instintiva. Los dedos apretaron más la copa de agua helada que estaba bebiendo y, en un segundo, el líquido que contenía se escurría por el rostro bronceado de Rhyno, goteando su camisa.

—¡Kate! ¿Qué es lo que te dio? —tía Edwina no cabía en sí de asombro.

—Por favor, ¿la señora podría pasarme ese paño que está ahí en la mesa? —Rhyno pidió a Edwina, sin sacar los ojos de Kate que lo miraba con una mezcla de desafío y horror.

Contrita, la tía le entregó el paño. Él lo extendió hacia Kate y ordenó:

—Seca mi rostro, jovencita.

—¡Sécate tú mismo!

Rhyno agarró con fuerza la muñeca de Kate, forzándola a quedar de pie. Estaban tan cerca que ella sentía el calor del cuerpo de él y su respiración entrecortada.

—O tú secas mi rostro, o te voy a dar las nalgadas que estás mereciendo.

—Pruébalo, si eres capaz.

—Kate, no me provoques —le avisó bajito.

La actitud de Rhyno no dejaba ningún margen de duda. Parecía dispuesto a llevar su amenaza adelante y Kate creyó mejor no

continuar con aquella escena deplorable.

—Está bien… deja eso aquí.

Ella agarró el paño y comenzó a secarle la cara. Rhyno la miraba victorioso, con cara de quien consiguió domar un animal. Cuando terminó, Kate tiró el paño sobre la mesa con rabia.

—Listo. ¿Estás satisfecho?

—Por el momento sí. Ahora vamos a volver al trabajo.

Hecha una fiera, Kate lo acompañó hasta el camión y los dos salieron en dirección a los depósitos. Había mucho que hacer y las horas pasaban deprisa.

Al atardecer, Kate volvió a la casa, tomó un buen baño y lavó los cabellos para sacar el polvo que se había acumulado en ellos durante el día. Después se arregló con capricho, colocando un ligero vestido de seda color rosa que le caía muy bien y resaltaba la suavidad de sus facciones.

Poco tiempo después, estaba sentada a la mesa de un restaurante, en la compañía de Gary, cuyos profundos ojos azules la miraban con admiración, detrás de la luz de las velas del candelabro.

—Estás bella hoy, Kate.

—Gracias. Me hacía falta escuchar eso. Estoy necesitando un poco de ánimo después de un día como hoy.

—Pero yo no te dije eso para darte ánimo. Lo dije porque creo sinceramente que estas bella. Solo siento que aún no estés usando mi alianza.

—Gary, por favor… no vamos hablar de cosas serias, ¿está bien?

—Pero yo quiero casarme contigo, Kate —Gary respondió, agarrando suavemente su mano—. Nosotros ya nos conocemos bastante y ahora necesitas de un hombre a tu lado para ayudarte a encargarte de Solitaire.

—Rhyno está allá para eso…

—Pero Kate, él no pasa de un simple administrador. Tú eres la dueña de la hacienda, la responsable de todo. Y yo no creo que Rhyno Van der Bijl esté dispuesto a acatar las órdenes de una mujer.

—Gary… yo no soy dueña de Solitaire. Por lo menos por ahora.

Él hizo un gesto de impaciencia, casi de irritación. Después se controló y con una sonrisa dijo:

—Bueno, sé que aún se necesita correr todo el papeleo legal de le herencia. Pero de aquí a algunos meses la hacienda será tuya. Al final, eres la única heredera de tu padre. Necesitas ir pensando como propietaria de Solitaire, prepararte para asumir la responsabilidad.

—Gary, las cosas no son así. Va a tardar mucho tiempo para que la hacienda sea mía… o quizá solo un mes, ¿quién sabe?

—Francamente, no estoy entendiendo nada —Gary la miró con curiosidad.

—Bueno, eso no viene al caso. ¿Puedo tomar un poquito más de vino? —Kate preguntó, intentando desviar la conversación para no tener que dar mayores explicaciones.

Gary le soltó la mano para servir la bebida, mirándola fijamente e intentando descubrir lo que estaba detrás de la tristeza patente en los ojos de ella.

—Claro. Pero ¿qué ocurre, Kate? ¿Qué está preocupándote?

—Es que quiero olvidar la hacienda y todos los problemas que mi padre me dejó. Por favor, Gary, no insistas más en ese asunto, de acuerdo?

—Pero cariño, si tú tienes problemas, lo que deseo es ayudarte.

—Te lo agradezco Gary, pero desgraciadamente no hay nada que tú puedas hacer. Voy a tener que encontrar sola una solución para toda la confusión en que me encuentro ahora.

—Está bien, querida. Pero si de alguna forma puedo serte útil, por favor avísame. Sabes que yo me intereso mucho por ti, y consecuentemente, por Solitaire.

Kate balanceó la cabeza en aprobación, demostrando que entendía el gesto solidario del joven.

—Gracias, Gary. No me olvidaré de tu ofrecimiento.

—¿Vamos a pedir la cena?

—Sí, vamos. Estoy hambrienta.

Gary no habló más de matrimonio ni tocó el tema de Solitaire. Parecía haber notado definitivamente cuánto esos temas la desagradaban. En vez de eso, prefirió conversar sobre su trabajo, contarle sus proyectos. Él pretendía montar una firma de computadoras y estaba buscando un socio. Dijo que el negocio de

computadoras se había vuelto muy rentable. Él parecía muy entusiasmado con la idea. Kate también llegó a entusiasmarse por el proyecto y, si no fuese por el hecho de contar con solo una reducida mesada, habría propuesto a Gary una sociedad. Pero notó que no era el momento de pensar en nuevas cosas o hacer muchos planes para su futuro aún tan incierto. Por eso, se mantuvo callada, solo escuchando los comentarios de Gary.

Los días se siguieron más tranquilos dentro de la nueva rutina que se había establecido en Solitaire. Kate continuaba trabajando mucho y saliendo con Gary, en la noche. Cenaban fuera, veían algunas películas o iban al teatro. Se sentían bien en compañía uno del otro y hasta los fines de semana los pasaban juntos. Les gustaban hacer largos paseos a pie u organizar picnics. A veces quedaban en la propia hacienda, aprovechando para nadar o jugar al tenis. Pero Kate prefería no hacer eso con mucha frecuencia.

Quedar en Solitaire representaba una posibilidad mayor de encontrar a Rhyno y ella no estaba dispuesta a enfrentar nuevos problemas. Edwina dejaba muy claro que no apoyaba el comportamiento de Kate. Pero, por primera vez en la vida, Kate insistió en no dejarse influenciar por las opiniones de la tía. Gary era un magnífico compañero y, a su lado, ella conseguía olvidar todas las preocupaciones.

Cierta noche, después de haber ido a una obra de teatro, Gary la llevó a casa. Estacionó el coche en la puerta de la casona de la hacienda como quien se dispone a entrar para la última despedida. Pero Kate estaba muy cansada y cortésmente dijo:

—Hoy no voy a invitarte a entrar, Gary. Discúlpame, pero es muy tarde.

—Está bien, querida. Entonces nos vemos mañana.

Gary la tomó en los brazos cariñosamente y le dio un beso apasionado. Esta vez, al contrario de las anteriores, ella correspondió con mayor intensidad, entregándose a sus caricias. Entonces él la agarró con más fuerza, ardiendo de deseo. Los besos se siguieron, apasionados y osados, hasta que Kate sintió la mano de Gary, que le acariciaba los hombros, acercarse a sus senos. Rápidamente se apartó de él, buscando en la oscuridad la manilla

de la puerta y murmurando un obligado “buenas noches”. Gary no intentó detenerla y, así que ella subió los escalones de la entrada, partió a velocidad.

Los tejados góticos de caserío de Solitaire apuntaban para el cielo estrellado. No había ninguna luz encendida dentro de casa y el perfume dulzón de los jazmines se mezclaba con el de las rosas y las gardenias, en una suave fragancia que se apoderaba de todo el jardín. Kate colocó la llave en la cerradura de la pesada puerta de madera que daba acceso al vestíbulo de la entrada. Cuando iba abrirla, sintió un fuerte olor de pipa sobresaliendo entre los perfumes de la noche. No fue necesario adivinar de quien era aquel bulto que surgía entre los arbustos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó con voz firme, esforzándose por conseguir ver más claramente la figura de Rhyno.

—Es que hoy vine a cenar con tu tía —respondió él, acercándose —, después que ella se fue a dormir, decidí estar por aquí, esperándote.

—¿Qué fue lo que pasó? Te volviste perro guardián, ¿por casualidad?

—No seas tonta. ¿Tú no encuentras poco recomendable estar despierta hasta esta hora, cuando sabes que vas a tener un día tan atareado por delante?

—Yo siempre despierto temprano, aun cuando me acuesto tarde, ¿entendiste?

—Puede ser. Pero hasta ahora no tenías que enfrentar tanto trabajo, tanta responsabilidad. ¿Vas a conseguir hacer eso después de una noche tan… llena?

—Escucha, Rhyno, no quiero oír tus insinuaciones. Puedes estar tranquilo que nada va a perjudicar mi trabajo.

—No es solo tu trabajo lo que me preocupa, es también tu salud. Estás exagerando Kate. Vas acabar enferma.

—Déjalo, yo sé muy bien lo que hago.

—¿Lo sabes de verdad? —preguntó él con una sonrisa irónica, que dejó a Kate más furiosa.

—¡Yo no me metro en tu vida, Rhyno Van der Bijl, por eso haz el favor de no meterte en la mía!

Por primera vez parecía que Kate había conseguido decir la última palabra. Se giró para abrir la puerta, segura de que había

acabado con la discusión. Pero no fue lo que ocurrió. Rhyno aún quería hablar.

—El tiempo está pasando deprisa, Kate, y nosotros aún no tomamos una decisión. Necesitamos llegar pronto a un acuerdo sobre nuestro futuro —dijo, agarrándola por el brazo.

—¡No quiero saber del futuro! ¡No quiero saber de nada!

—No sirve de nada engañarte a ti misma. Tú amas Solitaire. ¡No te gustaría perderla por nada de este mundo!

—¡Saca las manos de mí!

La voz de Kate salió ronca y descontrolada. Viéndola así, Rhyno le soltó el brazo pero continuó parado en el mismo lugar, mirándola con firmeza. Estaba decidido a hacerla enfrentar la situación.

—Mañana en la noche vendré aquí de nuevo. Espero que estés en casa para que podamos conversar y resolver lo que vamos hacer.

—Lo siento mucho, pero voy a salir mañana en la noche. Y después de mañana y siempre que quiera. Tampoco voy a estar aquí el fin de semana. Voy a la Ciudad del Cabo con Gary, a pasar unos días con los amigos de él.

—No estás siendo justa, Kate. Me estás perjudicando a mí, a tu tía y, sobretodo, a Solitaire.

—¡Solitaire! —Kate repitió con cinismo, las manos apretaban el bolso con tanta fuerza que sus dedos dolían—, como si tú estuvieses muy preocupado con Solitaire… lo que quieres de verdad es quedar con La Reine, ¡y estás contando las horas, los minutos que faltan para poner tus manos ambiciosas encima de ella! Solo que para hacer eso, queridito, dependes de mí y puedes estar bien seguro de que no voy a ser usada para ese fin, ¿entendiste?

Durante algunos minutos Rhyno quedó sin decir nada, solo mirándola con desprecio. Frío y calculador, él jamás perdía la calma. Pero su rostro transmitía tensión y nerviosismo y las últimas palabras salieron cortantes.

—Vamos hablar sobre eso más tarde, cuando hayas vuelto en sí, Kate.

—¡Eso es lo que veremos! —desafió ella.

Pero Rhyno ya le diera la espalda, sumiéndose en la oscuridad. Poco después acostada sola en su cuarto, Kate consiguió reflexionar sobre lo que había ocurrido. En el fondo sentía una punzada de vergüenza por su actitud irreverente e infantil delante de un

problema tan serio. Le quedaba solo una semana para decidir y no tenía cómo continuar huyendo de la realidad. Aquellas semanas de trabajo en la hacienda le habían dado una certeza: le gustaba demasiado Solitaire para siquiera pensar en perderla.

La situación toda era absurdamente ridícula, como uno de aquellos juegos de niño donde se tiene que pagar por una prenda. En el caso, la prenda era casarse con Rhyno y el premio final del juego, la Hacienda Solitaire.

Si se casaba con Rhyno, tendría finalmente la tierra que amaba desde los días en que, pequeñita, el padre la cargaba en los hombros por los viñedos, mostrándole las plantaciones y explicándole todas las técnicas de la fabricación del vino, aunque fuese muy joven aún para entender. No, ella no podía perder Solitaire. Pero tampoco podía ceder a la exigencia atroz de su padre, sin luchar hasta el último instante.

# Capítulo 3

El reloj dio las siete y media. Gary está atrasado, pensó Kate, observando el brillo de las agujas de tejer de su tía, que se movían con agilidad, bajo la luz del lámpara.

Si él no llegaba pronto, perderían parte de la película que tanto querían ver. Ella detestaba entrar al cine atrasada y tener que buscar en la oscuridad un lugar para sentarse.

El ruido del motor de un coche llegó hasta ellas. Pero, por el ruido, Kate pronto notó que se trataba de la vieja camioneta de Rhyno y no del vistoso automóvil de Gary. Miró por la ventana, aprehensiva.

—¿Qué será lo que Rhyno quiere a esta hora?

Edwina fingió no escuchar y continuó tejiendo en silencio. Se escuchó la puerta del coche batirse y, enseguida, Rhyno entró en el caserón.

—Buenas noches…

Por alguna razón desconocida, Kate sintió el pulso acelerarse delante de la figura delgada y musculosa. Edwina murmuró cualquier cosa que Kate no consiguió entender, agarró el tejido y salió de la sala.

Rhyno vestía una camisa blanca ajustada, que resaltaba sus hombros anchos. Un cinturón de cuero claro, alrededor de la cintura espigada, sujetaba los pantalones marrones. Pero la mirada de Kate se sintió presa, inexorablemente, a aquellos ojos penetrantes realzados por las pestañas rectas y oscuras.

—Si viniste para conversar conmigo, estás perdiendo el tiempo. Estoy esperando a Gary que debe llegar en cualquier momento —Kate dijo rompiendo el largo silencio que se había formado entre los dos.

—Gary no vendrá —Rhyno informó, sacando un paquete de cigarrillos del bolsillo de la camisa—. Me tomé la libertad de avisarle que tú no vas a salir con él.

Casi sofocada, ella se levantó de la silla derrumbando el chal que

traía sobre los hombros.

—¡¿Que tú qué?! Cómo te atreviste a eso, tú…

—No sirve de nada ofenderme, Kate. No vas a resolver nada.

Él dio una calada al cigarrillo, soltando tranquilamente el humo y mirándola con los ojos semicerrados.

—Yo te odio… ¡te odio!

—Eso ya lo sabía —replicó él con una calma enervante y se agachó para agarrar el chal—. Pero ya es más que la hora de encarar los hechos. Tú tienes una gran responsabilidad en relación a todo lo que tu padre construyó aquí en Solitaire y tendrás que enfrentarla, a pesar del odio que sientes por mí.

—Estás realmente desesperado por poner las manos en La Reine, ¿verdad? ¡Pasaste más de un año adulando a mi padre y conseguiste lo que querías! Solo que no contabas con aquella cláusula del testamento y ahora estás desesperado por cumplir la ridícula exigencia.

—Todo lo que yo siempre quise fue poder trabajar en el lugar donde nací. Pero heredar La Reine no formaba parte de mis planes en lo absoluto. Solo que ahora la oportunidad surgió y yo no voy a desperdiciarla, ¿entendiste? —Rhyno continuaba mirándola fijamente y hablando con firmeza—, si eso te deja más tranquila, debo decir que pretendo pagar moneda a moneda todo el valor de aquella tierra, así que esté en condiciones de hacerlo.

La revelación dejó a Kate contrita, avergonzada con su propia desconfianza y enfadada consigo misma.

—Yo no quiero casarme contigo —dijo, de espaldas a él.

—¿Y tú piensas que yo encuentro agradable ser forzado a este matrimonio?

—No, no lo creo.

—Bien, por lo menos en ese punto estamos de acuerdo.

—Toda la situación es tan injusta, tan innecesaria… —ella reclamó, caminando de un lado a otro con las manos cruzadas atrás.

Rhyno la observó por algunos momentos, fumando su cigarrillo con una expresión pensativa. Después una sonrisa se esbozó en sus labios y él habló en tono de broma.

—Creo que no vas a conseguir solucionar nada gastando el tapete de esa forma.

—Muy bien, ya que eres tan astuto, vamos a ver cuáles son tus

sugerencias.

—Antes de sugerir nada, quiero dejar bien claras algunas cosas. Cuando tú preguntaste hasta qué punto quería La Reine, fui franco y respondí. Ahora me siento en el derecho de devolver la pregunta. ¿Hasta qué punto tú quieres Solitaire?

—Al punto de preferir morir a dejarla en las manos de extraños.

—Magnifico. Entonces ahora estamos en igualdad. Tú quieres tu hacienda y yo quiero la mía.

—¡Brillante! Solo que la única salida continúa siendo el matrimonio.

—Sustituye la palabra “matrimonio” por “contrato comercial” y verás que la idea no es tan indigesta así.

Las manos de Kate se crisparon en el respaldar de la silla.

—¿Contrato comercial?

—Eso mismo. Un sencillo acuerdo legal que no une por un año. Al final de ese plazo, declaramos el contrato nulo y cada una va a su lado. Solo que entonces tú tendrás tu hacienda y yo tendré la mía.

—Dicho de esa forma, todo parece muy sencillo, ¿no?

—Y es muy sencillo.

—Por más que intentes dorar la píldora, el hecho es que se trata de matrimonio, de pasarnos un año juntos viviendo en la misma casa.

—¿Tú no crees que Solitaire vale el sacrificio?

—Sí… claro que vale… lógico. Pero yo necesito de algún tiempo más para pensar.

—No hay más tiempo, Kate. Falta menos de una semana para vencer el plazo.

—Bien, entonces, daré mi respuesta después del fin de semana.

—Lo siento mucho, pero eso es imposible.

—¿Qué quieres decir?

—¡Que basta de juegos, Kate! Ya te di muchas oportunidades y tú continuaste obstinada e indiferente, cuando sabes muy bien que solo hay una salida para esta situación. De nada va a servir quedar esperando hasta el último segundo.

—Hasta parece que tú ya hiciste muchas cosas…

—Pues si quieres saber, hice eso mismo. Ya arreglé todo. Como estamos con mucho trabajo durante la semana arreglé las cosas para

casarnos el sábado.

—¿Cómo? ¿Hiciste eso sin avisarme? Pues trata de cancelar todo. Yo sencillamente no voy a firmar los papeles.

—¡No voy a cancelar y basta de caprichos! —Rhyno gritó, enfurecido—, o tú te casas conmigo el sábado, o pierdes la hacienda, ¡punto final!

—No te olvides que en ese caso tú también pierdes la Reine.

—No importa. ¡Prefiero perder La Reine que ser dominado por el capricho de una mujer mimada!

Kate sintió un escalofrío descender por la espalda. Su cuerpo todo temblaba de rabia, disgusto y temor. Ella conocía a Rhyno lo suficiente para saber que él cumpliría la amenaza.

Estaba desesperada pero no podía dejar que Rhyno lo notase. Quedó por algunos instantes en silencio hasta que, con voz distante, consiguió decir:

—Bueno, parece que no tengo mucha elección…

—Ni tú ni yo, nunca tuvimos elección —la voz de Rhyno era amarga y desconsolada. Kate llegó casi a sentir pena por él, tuvo ganas de extenderle la mano e intentar ayudarlo—. En parte tu padre tenía razón cuando redactó el testamento. Él sabía muy bien cuánto significaban las dos haciendas para nosotros. Pero solo Dios sabe por qué resolvió colocar aquella cláusula, hacer una exigencia tan descabellada…

—¿Será que él pensó que, pasado un año, continuaríamos casados? ¿Crees que es posible que haya pensado así?

—Tal vez…

—¡Pues estaba rotundamente equivocado! Yo no pretendo estar casada contigo ni un día más de lo que es esencialmente necesario.

—Eso es exactamente lo que yo pienso también.

La voz fría y cortante de Rhyno, al hacer esta observación, dejaba bien claro su sentimiento de desagrado. Sin saber qué decir, Kate comentó con voz baja.

—Entonces creo que vamos a entendernos perfectamente.

—Perfectamente —repitió Rhyno como un eco.

Kate respiró profundamente, ansiosa por terminar la conversación.

—¿Tienes algo más que decirme, Rhyno?

—Solo una pregunta más. ¿Qué fue lo que le contaste a tu

novio?

—Yo no le conté nada a Gary —ella se defendió ofendida.

—Entonces, mañana en la noche, cuando te encuentres con él, di solo que vas a casarte conmigo. Nada más.

—Ah, ¿quieres decir entonces que tengo tu permiso para encontrarme con Gary?

—Lo tienes. Pero esa será la última vez. Insisto en que nuestro matrimonio dé la impresión de ser verdadero, a no ser para aquellos pocos que sabrán de la realidad como Hubert Walton, mi madre y tu tía. ¿Está bien?

—No esperarás que yo salga por ahí agarrada de la mano contigo, como si fuésemos dos tortolitos y…

—No, Kate. No espero que te finjas enamorada. Solo quiero que te comportes de manera que dé la impresión que somos una pareja normal.

—¿Alguna cosa más?

—Sí. Cuando te encuentres con Gary mañana, dile pronto lo que tienes que decir y pídele que te traiga temprano a casa.

Furiosa con el autoritarismo de Rhyno, Kate gritó:

—¡Sal ya de aquí, Rhyno, antes que yo tire cualquier cosa sobre ti!

—Buenas noches y duerme bien, Kate.

Con esa despedida cínica, él se retiró. Kate se vio entonces sola, en aquella enorme sala de estar, donde durante tantos años pasara horas conversando con su padre. Como le gustaría que él estuviera allí en aquel momento. Como le gustaría poder preguntarle todo, de saber por qué había hecho aquella exigencia amarrándola a un matrimonio descabellado.

—¿Kate?

Era Edwina que entraba mansamente en la sala.

—Vamos a casarnos el sábado —anunció Kate, respondiendo a la pregunta que, con seguridad, su tía haría.

* * *

El nerviosismo se apoderaba de Kate ante la expectativa de encontrarse con Gary y tener que contarle sobre su matrimonio con

Rhyno. Había pasado todo el día preocupada, sin conseguir pensar en otra cosa, ni hacer el trabajo bien. Por suerte, casi no viera a Rhyno desde la conversación en la noche anterior. Era evidente que estar cerca de él la habría dejado aun más tensa.

En la noche, sentada delante de Gary en el restaurante que frecuentaban, no conseguía reunir el coraje necesario para dar la noticia. Y Gary estaba muy entusiasmado, haciendo planes sobre el fin de semana que pasarían en la Ciudad del Cabo. Ella no quería interrumpirlo, menos para causarle semejante desilusión.

Las horas se pasaron sin que Kate encontrase una oportunidad de tocar el tema. En cierta momento, miró de reojo el reloj y notó asombrada de que ya pasaba de las once. No había más cómo retrasar lo inevitable.

—Gary, yo… —súbitamente olvidó las palabras que había preparado con tanto cuidado—. Yo no puedo viajar contigo este fin de semana.

Gary la miró, asombrado y molesto.

—¿Cómo que no? Ya está todo arreglado con mis amigos. Ellos nos están esperando.

—Lo siento mucho… —ella desvió la mirada y con un resto de coraje terminó—: Rhyno y yo vamos a casarnos mañana.

Gary la miró por un instante, ofendido e incrédulo y después soltó una risa sonora.

—¡Vamos, Kate, déjate de bobadas!

—Es verdad. Nosotros vamos a casarnos mañana en la mañana.

Él apoyó los codos en la mesa y, aun con una sonrisa en los labios, dijo:

—Si yo no supiese cuánto detestas tú a ese hombre, sería capaz de jurar que estás hablando en serio.

—¡Pero estoy hablando en serio! Sé que debía haber dicho eso antes, que fui injusta contigo, pero mi decisión es definitiva.

—Kate… tú… ¿quieres decir que durante todo este tiempo estuviste engañándome? ¿Dejándome creer que te casarías conmigo algún día cuando, en realidad, hacías planes para casarte con ese sujeto?

La sonrisa había desaparecido de los labios de Gary, dando lugar a una actitud de decepción, sorpresa y disgusto. Su rostro estaba lívido.

—Las cosas no fueron exactamente así. A ver si consigues creer en lo que voy a decirte, Gary. Por más extraño que parezca, que sepas que la última cosa que yo quería en el mundo era lastimarte de esta manera. Me gustas mucho, Gary, créelo.

—Pero amas a Rhyno Van der Bijl, ¿es eso?

El rostro de Gary estaba transfigurado. Él parecía otra persona y Kate sabía que ella había sido la causa de esa transformación. Avergonzada, bajó los ojos y murmuró:

—Tal vez fuera mejor que me llevaras de vuelta a casa.

—¿Tu futuro marido sabe que saliste conmigo esta noche?

—Lo sabe.

—¿Y sabe también que has salido todas las noches y que pasaste todos los fines de semana conmigo desde que tu padre murió?

—Lo sabe.

—¿Y él nunca hizo ninguna objeción?

—Nunca.

—Es muy extraño… si yo fuese Rhyno Van der Bijl, con certeza no permitiría que tu pasases tanto tiempo en la compañía de otro hombre.

—Rhyno no es del tipo posesivo —Kate mintió, intentando encontrar una salida.

—¿Ah, no? —Gary rio bajito, una sonrisa nerviosa y descontrolada—, entonces ¿por qué será que él está viniendo hacia nuestra mesa con cara de quien va a reventar todo?

Con un sobresalto Kate se giró, sintiendo la presencia de Rhyno, allí a su lado.

—Ya es tarde —dijo él en tono seco.

—Sí, pero yo…

—¿Ya se lo contaste?

—Se lo conté, pero…

—Entonces es la hora de ir a casa —Rhyno añadió, interrumpiendo a Kate por segunda vez. Después dirigió una mirada dura a Gary y dijo fríamente—: no quiero que mañana mi novia esté cansada.

—Rhyno, por favor.

No tuvo tiempo de decir nada más. Con firmeza, Rhyno aseguró su brazo, haciéndola levantarse y advirtiéndole de que no debía hablar más. Después se giró hacia Gary y con aire de superioridad

dijo:

—Vas a disculparnos, pero necesitamos irnos.

Kate no consiguió reaccionar. Las miradas curiosas de los frecuentadores del restaurante acompañaron la salida de los dos, mientras Gary permanecía sentado. Ella hervía de rabia, como un volcán listo a entrar en erupción, y tan pronto entró en el coche de Rhyno explotó con furia.

—¿A cuenta de qué hiciste eso? ¿Puedo saber por qué provocaste esa escena?

—Son las once y media y tú estabas con él desde las ocho —Rhyno respondió, poniendo el coche en movimiento.

—¿Y entonces?

—Tuviste tiempo suficiente para contarle a él un millón de veces que ibas a casarte conmigo, ¿o no?

—No fue tan fácil así —ella replicó, mientras el coche pasaba por las calles ya desiertas de la ciudad—. Tuve que esperar el momento adecuado para no lastimarlo demasiado.

—¿Desde cuándo a ti te preocupa el sentimiento de los demás?

—¿Y desde cuándo tú tienes el derecho de pedirme explicaciones?

—No me vengas con ese aire de superioridad, Kate Duval. Tú necesitas de mí más que nadie ahora, ¿recuerdas? Si no te comportas, podré cambiar de idea y no me casaré contigo.

—Entonces tú estarías perdiendo La Reine.

—Yo no puedo perder lo que nunca tuve. Piensa bien en eso y ve si aprendes la lección.

—Tú te crees muy importante, ¿no es así? Crees que tienes todo a la mano.

—Creo no, Kate, yo estoy seguro —respondió él, sin abatirse—. Será bueno que tú tengas eso siempre en mente de aquí en adelante y te comportes bien.

Ella agarraba el pestillo de la puerta para salir, pero cuando notó que Rhyno no disminuía la velocidad, perdió la cabeza. Le estampó una sonora cachetada en el rostro, tomó el volante y lo giró sin saber exactamente lo que hacía.

El coche perdió el rumbo, giró varias veces acabando por parar a solo algunos centímetros de una zanja profunda. La única cosa que Kate quería era quedar libre de Rhyno, pero antes que consiguiese

abrir la puerta y saltar fuera, él apagó el motor y la agarró por los cabellos, sacudiéndola con fuerza.

—¡Nunca más hagas eso! —gritó, con el rostro amenazador pegado al de ella—. ¡Podrías habernos matado con esa idiotez!

—¡Pues yo preferiría estar muerta que tener que casarme contigo!

—Puedes matarte si quieres, pero yo pretendo continuar bien vivo. Tengo muchas cosas que hacer. Quiero trabajar, encontrar una mujer que me ame y respete y tener hijos que lleven mi nombre. Poco me importa si ellos van a ser criados en La Reine o no. Y no pienses que voy a dejar a una alocada como tú poner un punto final a mis proyectos.

Él la empujó con fuerza contra el asiento y encendió el motor. Kate estaba con el cuerpo todo adolorido a causa de la brutalidad con que él la sacudiera. Quedó en silencio, rumiando todo el dolor que sentía no solo en el cuerpo, sino también en el alma. En el fondo sabía que había actuado mal y que ambos podrían estar muertos ahora por su culpa. Nunca pensó que fuese capaz de actuar así, impulsivamente, sin pensar. Se asombró consigo misma.

—Sugiero que vayas directo para la cama —Rhyno ordenó, cuando llegaron a Solitaire. Paso por aquí a las diez de la mañana para irnos a la ciudad. Después del matrimonio tenemos cita con el doctor Walton.

Kate bajó del coche pero Rhyno no intentó acompañarla hasta la puerta de la casa. Era evidente que él quería verla lejos de allí cuanto antes.

Kate casi no durmió aquella noche. Los pensamientos iban y venían en su mente, manteniéndola despierta. Las horas pasaban inexorablemente, volviendo cada vez más próximo el momento en que se uniría al hombre que odiaba. Era verdad que todo no iba a pasar de un contrato de negocios, de un acuerdo legal. Pero después que estuviese usando la alianza, Rhyno tendría ciertos derechos sobre ella. Todo indicaba que él no pretendía tocarla. Pero solo de pensar que tendría ese derecho, si así lo quisiese, era suficiente para aterrarla.

El sol despuntó por detrás de las montañas de la sierra de Jonkershoeck, el cielo estaba claro y sin nubes. Iba a ser un bello día. Edwina rondaba a Kate refunfuñando porque la sobrina no

había comprado un vestido nuevo para el matrimonio. Pero Kate no le prestó atención. Sacó del guardarropa un conjunto de verano que había usado solo una vez, cuando fue almorzar con el padre en la casa de vino de Stellenbosch. Tía Edwina no le gustaba el conjunto, pero Kate decidió que era ese mismo el que iba usar.

—Me voy arreglar —anunció Edwina, desistiendo de hacerla cambiar de idea—, Naomi dijo que vendría a buscarme y ya debe estar llegando.

Cuando la tía salió del cuarto, Kate se sentó en la cama y escondió el rostro entre las manos. ¿Cómo haría para sobrevivir a aquel día tenebroso que era el primero de un año más tenebroso aún? ¡Y todo por causa de Solitaire! Iba a casarse con Rhyno y tendría que soportar un año de sufrimientos por amor a aquel pedazo de tierra.

Se vistió automáticamente, sin prestar mayor atención a lo que estaba haciendo. No era así que había soñado con el día de su matrimonio. En su imaginación, el día estaría lleno de alegrías y cariño, al lado de un hombre muy diferente de Rhyno. Él había dicho que quería casarse con alguien que lo amase y respetase, pero Kate dudaba mucho que Rhyno fuese capaz de despertar tales sentimientos. El corazón de él no pasaba de un musculo más del cuerpo; un musculo que le garantizaba la circulación de la sangre, pero que jamás sería fuente de amor y cariño.

Pasó una fina capa de polvo en el rostro. El leve toque de rojo de la pintura de labios era el único trazo de color en su rostro pálido. Los ojos estaban desvaídos, nublados y tristes.

Alguien llamó a la puerta y, pensando que era tía Edwina, Kate dijo un tanto irritada:

—¡Entra!

Naomi Van der Bijl entró en el cuarto. Estaba muy elegante con un vestido azul oscuro y, empujando una silla, se sentó frente a Kate.

—Tenemos algunos minutos para conversar, antes de que Rhyno llegue. Yo necesito contarte una cosa muy importante para ti.

Kate la interrumpió.

—Mi matrimonio con tu hijo es solo un contrato de negocios. La señora ya sabe eso, ¿no?

—Lo sé, sí —confirmó Naomi, con una pizca de tristeza.

—Entonces no entiendo por qué deseas hablar conmigo.

—Es que hay algo que tú necesitas saber… cuando yo era una joven de veinte años, tu padre me pidió en matrimonio —Naomi hizo una pausa ante la mirada de asombro de Kate, para después continuar.

—Le pedí algún tiempo para pensar y, en ese período, acabé conociendo a mi marido. William era divertido, vivo, romántico, en fin, todo lo que tu padre no era, a pesar de gustarle mucho a él. Pero William me conquistó y yo me casé con él. Fue un error del cual me arrepentí mucho y que acabó costándome la pérdida de La Reine, el lugar donde nací y que era mío por herencia. Mi único consuelo, durante todos estos años, fue saber que la hacienda estaba en las manos de tu padre, no de un extraño cualquiera.

—¿Pero qué tiene todo eso que ver conmigo?

—Sé que no estás contenta en casarte con Rhyno…

—¡Claro que no! Fui forzada a eso a causa de aquella maldita exigencia del testamento, pero estoy segura de que cada minuto de este año, en que voy a estar casada, será una verdadera tortura —Kate dijo sin ninguna consideración por la madre de Rhyno o por sus sentimientos.

—Ten la seguridad que la final tú vas a creer que el sacrificio valió la pena. Kate… créelo —Naomi se inclinó agarrando la mano de Kate como queriendo darle aliento—. Tú quedarás con Solitaire y eso es lo que importa.

—¡Sí! Y Rhyno ganará La Reine —añadió Kate con cinismo—. Confiesa que fue por eso que viniste hablar conmigo.

—Voy a ser muy franca contigo. Claro que quiero lo mejor para mi hijo, pero necesitas saber que yo estoy también muy interesada en tu felicidad, Kate.

—¿Por qué ese interés, doña Naomi? ¿El hecho de que su hijo recobre la hacienda no es suficiente para dejarla satisfecha?

Naomi tenía los ojos anegados de lágrimas y sacudió la cabeza lentamente, diciendo:

—Yo no puedo estar satisfecha con algo que está causándote tanta infelicidad.

Kate percibió que había sido injusta, que la madre de Rhyno realmente parecía quererla bien. Sus desconfianzas desaparecieron como por encanto y ella procuró disculparse:

—Está bien… yo creo en la señora. Disculpe.

Una lágrima escapó y rodó por la cara de aquella mujer canosa y sufrida:

—Kate, yo amaba La Reine tanto como tu amas Solitaire y sé muy bien lo que significa perder una cosa tan preciosa. No me gustaría verte sufrir todo lo que sufrí yo —ella secó el rostro con el pañuelo y procuró sonreír—. Considera tu matrimonio con mi hijo solo un obstáculo a ser vencido. Recuerda siempre que, al final de todo, Solitaire estará a salvo, en tus manos.

—Comprendo ahora por qué vino a verme, doña Naomi, y le agradezco su intención. Creo que conseguiré divisar las cosas bajo un nuevo enfoque, con mayor lucidez, después de sus palabras.

—Tú eres una persona inteligente y sensible, Kate. Estoy segura de que lo conseguirás. Pero creo que soy en parte responsable por lo que está aconteciendo y me gustaría reparar mi error.

—¿Que culpa puede tener la señora en toda esta situación?

—Bueno, es que… cinco años después de abandonarme, yo supe que mi marido había muerto. En esta ocasión, tu padre me pidió de nuevo en matrimonio, pero yo no acepté.

—¡No me diga! No sospechaba que eso había ocurrido. Además, yo ni sabía que mi padre la conocía tanto.

—Él era una persona muy reservada. No comentaría nuestra relación abiertamente con nadie.

Kate tenía que admitir que estaba sorprendida y curiosa por saber más sobre el tema.

—¿Por qué la señora no quiso casarse con él?

—Tuve miedo que él pensase que yo aceptaba su pedido solo para salvar La Reine.

—Esa es otra cosa que no entiendo. Al final, ¿por qué la señora vendió La Reine?

Naomi bajó los ojos y suspiró hondo.

—Hija mía, yo estaba enterrada en deudas y tu padre me hizo una oferta tan buena que no pude rehusar. Él siempre soñó en juntar las dos haciendas.

—Puede ser, pero en su testamento insistió en separarlas de nuevo. Extraño, ¿no?

—No sé por qué Jacques hizo eso, pero sospecho que él pensaba en contribuir para mantenerlas unidas, cuando escribió aquella

cláusula sobre el matrimonio.

Kate fingió no entender la insinuación que la última parte de la frase contenía. Trató de desviar luego la conversación.

—¿Mi padre nunca más te pidió en matrimonio?

—No. Él era demasiado orgulloso para correr el riesgo de recibir un tercer rechazo.

—¿Por qué? ¿La señora pretendía rechazarlo de nuevo?

—Bueno… honestamente creo que no habría rehusado.

Kate cayó en un silencio pensativo. ¡Cuántas cosas habían ocurrido en el pasado sin que ella supiese! ¡Cuántos sentimientos heridos y cuantas dificultades! Su padre había tenido una vida mucho más dura de lo que ella pensaba.

—¿La señora cree que él planeó una venganza al hacer un testamento tan complicado?

—No estoy segura. Solo él mismo podría decir lo que le pasó por la cabeza para actuar así.

Una llamada a la puerta interrumpió la conversación y, sin esperar respuesta, Edwina entró en el cuarto.

—Kate, Rhyno ya llegó.

No había más nada que hacer. El "contrato de negocios" iba a ser consumado y, durante el plazo de un año, ella tendría que aguantar sus consecuencias.

# Capítulo 4

El silencio en el coche era opresivo y fue Kate quien lo interrumpió:

—Creo que debería haber preguntado antes, pero francamente lo olvidé. ¿Y la respuesta de Barbara Owen?

La expresión de Rhyno no cambió. Continuaba severa e impenetrable. Como siempre, él estaba vestido con mucha sobriedad, con un traje bien cortado y una corbata gris.

—¿Qué tiene Barbara?

—¿Ella sabe respecto… respecto a nosotros? —Kate indagó, incómoda.

—Sabe solo que nosotros vamos a casarnos hoy —respondió él, lacónico.

—Naturalmente le contaste a ella que nuestro matrimonio es simplemente una cuestión de negocios.

Sus ojos oscuros la miraron rápidamente, antes de concentrarse de nuevo en la carretera:

—Yo no le aclaré nada a ella.

—Entonces ella piensa que… que…

—Ella piensa, como Gary Page, que de repente nosotros descubrimos que estamos locamente enamorados —Rhyno completó, con una expresión de desprecio.

—Debe haber quedado muy sentida —Kate comentó, haciendo un esfuerzo por controlar el nerviosismo.

—¿Eso te preocupa?

La pregunta de él insinuaba que Kate era una persona mala e insensible. Pero ella no quería mostrar que se sentía lastimada, por eso respondió con frialdad:

—Ya que no te preocupa a ti, ¿por qué habría de preocuparme a mí? —quedaron de nuevo en silencio hasta llegar al registro en Stellenbosch, donde Edwina y Naomi los esperaban. Las piernas de Kate temblaban cuando entró en el edificio.

La ceremonia fue impersonal y común; la voz del juez era fría y

sin emoción. Pero la mano de Kate tembló cuando Rhyno le colocó la alianza de oro, que se ajustó perfectamente a su dedo. Por última vez firmó con su nombre de soltera, Katherine Duval. Minutos después salían a la calle. Edwina y Naomi besaron a Kate y justo después ella se vio sentada en el coche, al lado de Rhyno, yendo para la oficina de Hubert Walton.

El abogado no pudo atenderlos pronto y Kate aprovechó la ocasión para poner sus pensamientos en orden. Rhyno se sentó a su lado con los brazos cruzados en el ancho pecho y la mirada inexpresiva fija en el diseño de la alfombra. ¿En qué estaría pensando? ¿Se sentiría tan ajeno a todo aquello como ella? En el bolsillo de la chaqueta, llevaba el documento que probaba que ella era, sin duda, su esposa. Pero él continuaba tan libre como antes y ella, muy en el fondo de su ser, continuaba siendo Kate Duval.

Rhyno levantó los ojos de repente y, por una fracción de segundos, se miraron antes que él preguntase con cinismo:

—¿Esperabas sentir alguna cosa diferente?

Ese hábito desconcertante de leer sus pensamientos no era novedad, pero nunca la desconcertara tanto como ahora. Intentó decir algo solo que no lo consiguió. Afortunadamente la secretaria avisó de que Hubert los esperaba en la oficina.

Hubert Walton los observó en silencio cuando entraron en la sala y se sentaron al frente del escritorio de él:

—Es una situación constrictiva. Yo realmente no sé si en esta circunstancia debería darles las felicitaciones o el pésame.

—Ni una cosa ni la otra —la voz profunda de Rhyno sonó abrupta, antes que Kate pudiese abrir la boca para decir algo—. Vamos directo al asunto. Es mejor resolver todo lo rápido posible.

—Muy bien… —Hubert limpió la garganta y miró para los papeles encima de la mesa—, queda muy poco para informarles, pero de cualquier manera es importante. Rhyno, tú tienes que mudarte para Solitaire para vivir con Kate. Ustedes dos recibirán una mesada adecuada en los próximos doce meses y todos los gastos y beneficios de la hacienda serán contabilizados por mi oficina. ¿Alguna pregunta?

—¿Qué ocurrirá de aquí a un año? —Rhyno quiso saber.

—Voy hacerles la última pregunta antes de cerrar el inventario de Jacques Duval.

—Yo sé cual será esa pregunta y ya puedo dar mi respuesta ahora —las palabras salieron a borbotones de la boca de Kate y el resentimiento volvió a inflamarle los ojos—. No, nosotros no queremos continuar casados.

—No te precipites, Kate —Hubert aconsejó—, ustedes pueden pensar de manera diferente de aquí a un año.

—No apueste eso, doctor Walton —interrumpió Rhyno áspero. Hubert miró para los dos con aire enigmático y concluyó:

—Bien, eso es todo lo que tengo que decir excepto desearles a ambos mucha suerte en esta aventura.

Los dos volvieron en silencio para Solitaire, dos extraños que no tenían nada en común a no ser una herencia. Kate sentía ganas de arrancar la alianza y tirarla por la ventana pero con eso no conseguiría nada. Ellos estaban legalmente casados y no hacía diferencia si usase o no la alianza.

Nuevamente Naomi y Edwina estaban esperando por ellos. Rhyno abrió una botella de vino blanco frizzante de Solitaire, antes de sentarse a la mesa. La conversación de ningún modo fluía y el silencio fue quedando cada vez más pesado. El plato de Kate volvió intacto para la cocina y cuando terminaron el té, Naomi se disculpó diciendo que necesitaba irse.

Rhyno acompañó a la madre hasta el coche, pero Kate continuó sentada, con aire de infelicidad. Cuando él volvió a la sala, ella se disculpó:

—Voy para mi cuarto.

Antes que saliese, escuchó la voz de la tía que la llamaba:

—Kate, yo cambié tus cosas para la *suite* —la furia se estampó en sus ojos.

—¿Quién te dio permiso para hacer eso sin consultarme?

—No hubo tiempo para consultarte, pero estoy segura que concuerdas conmigo. Aunque nosotros sepamos la verdad sobre tu matrimonio, es mejor no dejar que los empleados sospechen de nada.

—Tu tía tiene razón —interfirió Rhyno y ella le lanzó una mirada rápida y fría.

—Por favor, no te metas en esto.

Rhyno apretó los labios y sus narices temblaron:

—Eso dice tanto respecto a ti como a mí. Si eres tan obstinada

que no quieres reconocer que tu tía tiene razón, métete en la cabeza que es mejor que los empleados no tengan motivos para dar con la lengua en los dientes.

—Poco me importa lo que ellos esparcen por ahí.

—Y con eso ellos van a dejar de respetarte.

—¿Tú eres un sabelotodo, no es así?

—Kate… —tía Edwina intervino con voz suave, pero Kate se giró hacia ella furiosa.

—¡Déjenme en paz, ustedes dos! —gritó, con voz atragantada, y salió corriendo de la casa sin saber para dónde iba. Solo quería verse libre de aquella sensación horrible de que fuera cogida en una trampa de la cual no conseguía escapar.

Cuando llegó al gran árbol al final del jardín, paró para tomar aliento y después comenzó a caminar entre las viñas, enterrando los tacones de los zapatos finos en la tierra suave. El sol salió por detrás de una nube quemándole el rostro y los brazos. Sin preocuparse por eso, Kate continuó caminando hasta llegar a un espacio abierto a su frente. A la derecha quedaba la vieja y nudosa acacia y ella fue hasta allá buscando la sombra refrescante. Quedó allí algún tiempo calmándose en la paz del escenario.

A lo lejos, las montañas con sus picos rocosos se erguían contra el cielo azul. Kate fue hasta la casita de piedra donde acostumbraba jugar cuando era niña. Suspiró hondo. Se acordó de aquellos días tan distantes cuando su única preocupación era entrar en la casa sin que tía Edwina viese su ropa toda sucia de barro, ¡o el vestido nuevo rasgado! Parecían problemas insuperables pero ella siempre conseguía que alguien en casa lavase la ropa y remendase el vestido. Ahora, la confusión que la afligía no podía ser lavada o remendada, se encontraba presa por aquel hilo de oro en su dedo. Y lo que más dolía de todo era saber que su padre era quien había provocado todo aquello.

Se sentó en el viejo tronco y dejó que las lágrimas bajaran por su rostro. Ella se despreciaba por ser tan débil, pero no podía parar de llorar. Quedó allí largo tiempo, hasta que consiguió controlarse un poco. Añoraba la época en que podía llorar en los hombros de tía Edwina, pero esos días jamás volverían, la tía, como todo el mundo, estaba contra ella, pensó con amargura. De repente notó que de nada servía sentir pena de sí misma. Reaccionó y con firmeza

enjugó la cara.

Al hacer eso, la alianza que Rhyno le pusiera en el dedo en la mañana brilló al sol y Kate la miró fijamente. Cuando él la colocó, su mano pequeña casi había desaparecido dentro de la de él. En ese momento ella levantó los ojos, notando que él la observaba con algo extraño en la mirada. Era una mirada rara y penetrante, que la hizo temblar y sentirse perturbada.

Tuvo un sobresalto cuando vio el coche blanco de Rhyno parar, de repente, a pocos metros de ella. Notó que él se había cambiado de ropa. Usaba ahora pantalones beige y una camisa deportiva verde. Cuando se acercó, con aquel paso ligero y firme de un tigre, Kate tuvo consciencia de la masculinidad que emanaba de aquel cuerpo delgado y fuerte.

—Estas muy lejos de casa —comentó Rhyno con aire natural, cuando quedó al frente de ella. Tenía los pies apartados uno del otro y los pulgares de las manos en las presillas del cinturón.

—¿Y qué? —preguntó, en un tono de desafío.

—Kate, no culpes a tu tía por haber hecho lo que ella creyó que era mejor.

—¿Mejor para quién, si se me permite?

—Para todos nosotros.

Kate desvió la mirada de él hacia unas nubes que se deslizaban por el cielo, la boca apretada con obstinación:

—Me niego a compartir la *suite* contigo, y si tú o mi tía piensan que voy a llevar esta farsa hasta ese punto, están muy equivocados.

—Mira, hay una cama muy confortable en el cuarto de vestir y alguien ya la arregló.

Podía ver en los ojos de él que se estaba divirtiendo a su costa. La rabia impotente hizo que comentase con sarcasmo:

—¡Ah! ¡Pero qué bien!

—¿De qué tienes miedo, Kate? ¿Que yo muera de deseo y exija mis derechos conyugales?

—¡No seas ridículo!

—Tú eres el que está siendo ridícula.

—¡Vete y déjame en paz! —ella gritó, levantándose deprisa y huyendo de él. En un segundo él la alcanzó y con las manos firmes la agarró con fuerza, por los hombros.

—Deja de comportarte como una niña mimada y convéncete de

que es de esa manera que vamos a tener que vivir por un año. Acuérdate que nosotros hicimos un acuerdo de negocios, deja esa infantilidad y cumple tu parte comportándote como una adulta sensata.

—Y tu deja de darme sermones, Rhyno Van der Bijl.

—Kate…

—¡Y saca tus manos de mí!

Él la soltó tan de prisa que ella se tambaleó, con el rostro tenso de rabia. Rhyno dijo con una voz muy controlada:

—Entra en el coche. Tu tía nos está esperando para el té.

—Muchas gracias, yo voy a pie.

—Si te empeñas en comportarte como una niña, voy a tener que tratarte como tal —y antes que ella pudiese impedirlo, él la cargaba para el coche.

—¡Suéltame, salvaje! —ella gritaba, pegándole con los puños cerrados en los hombros y en el pecho. Pero él simplemente reía dejándola más furiosa aún.

Llegando al coche, Rhyno la colocó en el suelo para abrir la puerta, pero conservó un brazo alrededor de la cintura de ella, agarrándola con firmeza, mientras Kate se debatía sin ton ni son. La empujó para dentro sin la menor ceremonia y batió la puerta con fuerza, sin prestar atención a sus protestas.

Pero Kate no se había dado por vencida. Cuando Rhyno dio la vuelta para entrar en el coche por el otro lado, abrió la puerta y salió corriendo para quedar lejos de él y del sentimiento extraño que se había apoderado de ella cuando él la cargó. En sus tiempos de gimnasio, había sido una buena atleta, pero nunca corriera con zancada larga. No fue muy lejos antes que Rhyno la alcanzase y de esta vez él, literalmente, la arrastró para el coche.

Sin pronunciar una palabra, él la puso sobre el capó y le giró los brazos para atrás con tanta fuerza que ella pensó que iba arrancarlos con una de las manos, Rhyno le agarró los brazos en aquella posición y con la otra sacó el cinturón. Para horror de Kate, amarró sus manos con firmeza a la espalda. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero ella hizo un esfuerzo para no llorar. Sobre el hombro, miró para él y gritó:

—¡Eres un bruto y te odio!

—Puedes odiarme cuanto quieras, pero voy a llevarte a casa y

cuando lleguemos allá, tú vas a pedir disculpas a tu tía por la insolencia de tu comportamiento después del almuerzo.

—¡Yo no voy hacer nada de eso!

—Eso es lo que vamos a ver —replicó él, dando un último tirón al cinturón, lo que la hizo morder los labios para no gritar de dolor. Por segunda vez Kate fue empujada para dentro del coche y vio la puerta batir en su rostro. Furiosa, miró para Rhyno con aire de quien lo estrangularía en la primera oportunidad.

—Tú no puedes tratarme de esa manera. Si piensas que todo va a quedar así, estás muy equivocado.

—Tú lo provocaste, Kate.

—¡Vas a pagar por esto, aunque sea la última cosa que haga en la vida!

Siguieron para la casa. Cuando él abrió la puerta del coche, ella dijo, altiva:

—Desátame mis manos.

—¿Vas a obedecer?

—¡Vete al infierno!

—Muy bien entonces.

—¡No! —ella gritó desesperada, cuando él la agarró por los brazos con la intención de sacarla amarrada del coche.

—¿Cambiaste de idea?

Los ojos de él la desafiaron, y ella nunca sintió tanto odio por Rhyno como en aquel instante.

—Eres un desgraciado, y vas a pagar por esto.

—Esa no es la forma de hablar si no quieres que te arrastre para la casa amarrada como una niña malcriada.

—Haz eso, Rhyno, y yo nunca te perdonaré.

—Tú no me das miedo, pero si me das tu palabra de que vas a comportarte y hacer lo que yo mando, te suelto —él rio.

Ser llevada para dentro de casa de aquella forma, como un criminal, era demasiado y Kate no vio otra salida sino someterse a la voluntad de él, con renuencia, prometió:

—Te doy mi palabra.

Rhyno le desató las manos y, por unos instantes, ella quedó sentada en el coche, masajeando las muñecas adoloridas. Sintió entonces la mano fuerte agarrándola por uno de los brazos, arriba del codo, y prácticamente se vio levantada del asiento. Su

apariencia era tranquila, al ser llevada para dentro. Pero por dentro Kate explotaba de rabia. Cuando llegó a la sala de estar, refunfuñó una disculpa para tía Edwina, que los esperaba para el té.

Si la tía quedó sorprendida con el comportamiento de ella, no lo demostró. Nunca en la vida Kate sintiera un deseo tan grande de herir físicamente a alguien como en aquel momento, cuando vio la mirada de triunfo en el rostro de Rhyno.

¡Mi Dios! ¡Como odio a este hombre!, pensó ella.

Kate no tomó parte de la conversación durante el té y se retiró justo después de que Rhyno saliera para verificar los tanques de fermentación. Ella había notado a la tía Edwina mirando para las marcas de sus muñecas, pero no tuvo ganas de explicar lo que había ocurrido.

Kate necesitaba cambiarse de ropa y fue para su nuevo cuarto. Así que entró, cerró la puerta, se recostó en ella y quedó, por varios minutos, observando el ambiente espacioso y aireado. Por lo que podía acordarse, ese cuarto solo había sido usado recientemente por huéspedes. Ella era muy joven cuando sus padres dormían allí.

Miró para la enorme cama de matrimonio con una colcha del mismo tejido de las cortinas y se sintió asqueada. Ella soñaba un día compartir aquel cuarto y aquella cama con un hombre que amase. Al revés de eso, por un año, quedaría sola allí. No sería correcto poner toda la culpa en su mala suerte, pues su padre había contribuido muchísimo para esa situación.

Allí estaba ella, casada con un tipo como Rhyno Van der Bijl, sabiendo de antemano que lo odiaría cada minuto que durase su matrimonio.

Fue hasta el cuarto de vestir y verificó que, como Rhyno dijera, alguien había arreglado la cama. Miró alrededor, medio vacilante, y después suspiró aliviada. Ella había olvidado una puerta del cuarto de vestir que daba para el corredor y, de esta manera, Rhyno no necesitaría pasar por su cuarto. Esa puerta era también muy conveniente, porque permitiría a Rhyno usa el baño del frente, del otro lado del corredor. Así ambos gozarían de su privacidad. El único problema era sus ropas, pero Kate echó una mirada en el guardarropa y vio aliviada que allí estaban solo las ropas de él. En la cómoda, bajo el espejo, estaba el peine y algunos otros objetos de uso personal de Rhyno. No había nada más que pudiese dar a Kate

una idea del carácter del hombre que en tan poco tiempo dejara de ser el administrador de la hacienda para volverse su marido.

¡Marido! Kate quedó asqueada al pensar en aquella palabra. Él no pasaba del hombre con quien se había casado, simplemente para satisfacer las exigencias del testamento del padre.

Volvió para su cuarto y abrió el enorme guardarropa que ocupaba la pared al frente de la ventana. Qué alivio, sus ropas estaban todas allí, dobladas con cuidado en las gavetas o colgaban en las perchas. Las cosas de uso personal estaban encima de la mesa de tocador.

Kate se cambió de ropa. Vistió una falda estampada bien colorida y una blusa blanca. Mientras se maquillaba y peinaba el cabello, se miró por algunos instantes en el espejo, recordando la ceremonia rápida de aquella mañana. Si no fuese por la alianza en su dedo, juraría que había sido una pesadilla. Pero no, había ocurrido y por un año ella sería la señora de Rhyno Van der Bijl.

Sintiéndose sofocada, Kate tiró lejos el peine, y salió del cuarto y de la casa en busca de aire fresco.

* * *

Aquella noche, Kate y Rhyno se sentaron frente a frente en las dos extremidades de la mesa del comedor. Tía Edwina quedó en el medio, entre los dos. Kate ya iba abrir la boca para preguntar quién había dado a Rhyno el derecho de ocupar el lugar de su padre, cuando tía Edwina, presintiendo algo en el aire, se adelantó:

—Rhyno, espero que tú no te incomodes en ocupar el lugar de Jacques en la mesa. Es muy bueno tener nuevamente un hombre en la cabecera.

Kate guardó la rabia para sí y no dijo nada. Pero durante toda la cena, las palabras de la tía martilleaban en su cabeza.

Él que aproveche bien todos esos privilegios inesperados, porque de aquí a un año voy a sacarlo derecho a la calle, pensó, con cinismo.

Tomaron el café en la sala de estar; después Kate pidió permiso y fue a caminar un poco. Estaba terriblemente tensa para dormir y enfadadísima con el hecho de su tía aceptar todo aquello con tanta

calma.

El aire ligeramente frío le recordó que el verano estaba casi al final. La cosecha aun continuaría por unas dos semanas más y luego los vinos nuevos exigirían mayores cuidados para transformarse en los famosos vinos que tanta gloria habían traído a Solitaire.

Kate se sentó en el banco de madera, debajo del viejo roble, y suspiró profundamente. Daría todo por estar en la Ciudad del Cabo, con Gary. Ellos estarían riendo por cualquier tontería y divirtiéndose mucho. Pero al revés de eso, allí estaba ella, sola, sin nadie que la entendiese.

Algo llamó su atención. Levantó los ojos y vio a Rhyno que salía de la casa y caminaba en dirección al camión de la hacienda. Él verificaría los tanques de fermentación. Kate pensó que debería estar agradecida por tener alguien en Solitaire tan interesado y eficiente como Rhyno, pero eso no le sirvió de consuelo.

Más tarde, mientras peinaba el cabello al frente de la mesita del tocador, escuchó los pasos de Rhyno en el corredor. Quedó tensa inmediatamente. Puso el peine en la mesita y, en un gesto automático, apretó el cinturón alrededor de la bata de seda. Su corazón tuvo un sobresalto cuando él paró en la puerta del cuarto, pero respiró aliviada notando que continuaba caminando a la entrada del cuarto de vestir.

Por una razón inexplicable, Kate quedó allí sentada, prestando atención a los movimientos de Rhyno. Notando cuando él abrió y después cerró la puerta del cuarto. Escuchó claramente el ruido de la ducha en el baño del corredor. Se calmó un poco y continuó peinando los cabellos.

Finalmente se levantó y comenzó a caminar de un lado para otro. Escuchó a Rhyno volver para el cuarto de vestir y el ruido de abrir y cerrar las puertas del guardarropa. Se sentía mal al pensar que una sencilla puerta de madera la separaba del hombre que quien se había casado aquella mañana y que no significaba nada o jamás significaría algo para ella. Una rápida llamada en la puerta del cuarto de vestir le puso los nervios a flor de piel. Su voz la traicionó cuando preguntó, tensa:

—¿Qué quieres?

—Una cosa que va ayudarte a dormir mejor.

—Yo voy a dormir muy bien sin… —la puerta se abrió de

repente y el resto de la frase murió en sus labios. Miró entonces para Rhyno, que vestía una bata negra amarrada en la cintura, y llevaba los cabellos aún mojados del baño. Sus ojos se fijaron, hipnotizados, donde la bata se abría y mostraba el pecho fuerte y velludo. Sintió un enorme resentimiento. Ningún hombre tenía el derecho de mostrar una apariencia tan vital, tan viril, pensó Kate desesperada, notando que sus sentidos reaccionaban por cuenta propia. Hizo un gran esfuerzo y encaró aquellos ojos oscuros y atrevidos.

—¿Quién te dio permiso para entrar aquí?

—¿No crees que es muy incómodo conversar a través de una puerta cerrada?

Él sonrió levemente, metió las manos en los bolsillos de la bata y caminó en dirección a ella.

—Di pronto lo que quieres y sal.

Él paró al lado de la mesita y sus ojos atrevidos y escrutadores le recorrieron el cuerpo demorándose en las curvas bien hechas que se notaban bajo la bata de seda.

—Tú eres una salvaje y, si yo no tuviese nada más interesante para hacer, hasta me divertiría intentando domarte.

Ella sintió un frío en el estómago y sus ojos brillaron de indignación.

—¡Cómo eres de arrogante!

—No hay menor duda que unas palmadas bien dadas, de vez en cuando, te enseñarían un poco de buenas maneras.

—Yo no tengo la menor duda de que tú eres la criatura más antipática y engreída que Dios botó al mundo. Yo te odio.

—Una persona que odia con tanta fuerza, Kate, ama con la misma pasión —él la observó con los ojos peligrosamente brillantes y sensuales y percibió la pulsación rápida en las venas de cuello que ella desesperadamente intentaba controlar.

—Es una pena, pero creo que tú nunca vas a saber si eso es verdad —replicó ella, atrevida, e inmediatamente notó que había cometido un error.

Entrecerrando los ojos, Rhyno se acercó con los movimientos lentos de un animal en la selva:

—¿Estás desafiándome, Kate?

Ella comenzó a retroceder hasta recostarse en las cortinas e,

involuntariamente, agarró el cinturón de la bata.

—Si te acercas un paso más a mí, grito —él sonrió irónico y paró a un paso de ella.

—¿Tienes miedo de que yo descubra que tengo razón?

—Yo no estoy con miedo de nada —protestó ella, sintiendo que el olor del perfume de él le entraba por las narices provocando sus instintos—, ¡la única cosa que soy capaz de sentir por ti es repulsión!

Hubo un silencio corto y cargado entre ellos. Después el rostro de Rhyno se oscureció de rabia.

—Fuiste tú quien lo provocó, Kate.

Ella podría haber previsto lo que iba a ocurrir. En un segundo, se vio presa en un abrazo que la inmovilizó. Sintió los muslos de él contra los suyos y los senos rozando contra aquel pecho fuerte. Pero lo peor fue el toque de la boca, que forzaba su cabeza para atrás.

La sorpresa de Kate era tan grande, que ni consiguió reaccionar al principio. Cuando finalmente intentó luchar, notó que sus esfuerzos solo hacían que tuviese más consciencia de la masculinidad de aquel cuerpo fuerte contra la suavidad de sus curvas. Su pulso comenzó a latir a un ritmo extraño y ella sintió una debilidad enorme invadiéndola. Rhyno la forzó para que abriese los labios y la invasión de su boca causó en Kate una sensación que le recorrió todo el cuerpo. Sabía que debía reaccionar, pero, al contrario de eso, se vio correspondiendo intensamente al beso de él.

Rhyno la soltó de repente y Kate tuvo que agarrarse a la cortina para no caer. Estaba terriblemente asombrada. Él, al contrario, tenía la expresión tranquila y compuesta.

Ella lo odiaba por eso pero al mismo tiempo sentía envidia de aquella calma. La voz dura de Rhyno sonó como una bofetada:

—Aquí está la llave de la puerta del cuarto de vestir —y tiró algo sobre la mesita del tocador—, pero no te preocupes ni tengas miedo, yo no tengo tiempo que perder con alguien que no consigue hacer otra cosas sino disgustar e irritarme.

Kate quedó inmóvil como una estatua, hasta que él desapareció detrás de la puerta y la cerró. Solo entonces ella consiguió ir para la cama tambaleando, y se tiró en ella. Una cosa de esas jamás le había ocurrido antes. Kate presentía que si quería salir ilesa del contrato que había hecho con Rhyno, tendría que evitar, a cualquier

precio, que la escena de esa noche se repitiese.

# Capítulo 5

Kate agarró en las manos la llave del cuarto. Aquel objeto era frío y sin vida como la expresión del rostro de Rhyno cuando le dijo, en la noche anterior, que ella solo le traía disgustos. Se acordó que había olvidado cerrar la puerta del cuarto después de que él hubiera salido. Bueno, pero eso no tenía importancia. La discusión de la noche anterior creara una barrera impenetrable entre los dos, mucho más impenetrable que una simple puerta cerrada con llave.

Después de Kate haber pasado una noche pésima, llena de pensamientos controvertidos poblándole la cabeza, el domingo amaneció sombrío. ¿Por qué había reaccionado de aquella forma extraña al beso de Rhyno? ¿Por qué en lugar de despertar con odio por él, como era de esperar, sentía una vaga sensación de remordimiento y malestar?

Bajó para tomar el café en la sala, con Rhyno y tía Edwina. El ambiente era de distancia y frialdad entre ellos. Ese mismo clima perduraría durante muchas semanas mientras proseguía el trabajo de la cosecha. Kate y Rhyno intercambiaban apenas las palabras indispensables en la hora del trabajo y, cuando llegaban a casa, la tensión entre ellos continuaba por más que Edwina se esforzase por volver la cosa más amena. Un día ella habló con Kate:

—Desde que te casaste con Rhyno, el ambiente de esta casa está insoportable. Antes, ustedes al menos conversaban, aunque fuese para discutir. Pero ahora están casi mudos todos el tiempo. Yo no soporto más el continuar hablando para las paredes.

—Lo siento mucho, tía, pero no hay nada que yo pueda hacer.

—Es preciso que tú tomes alguna medida. No es posible que esta situación continúe indefinidamente.

—Sabes, tía, en día en que nos casamos dijimos cosas horribles uno al otro y no creo que eso pueda ser reparado.

—¿Por qué no hablan a las claras, no piden disculpas y listo?

—¡Ah! Las cosas no son tan fáciles así…

—Conociendo esa cabeza dura tuya, como al conozco, apuesto

que hablaste demasiado, que dijiste una cantidad de cosas que no debías decir, ¿no fue?

Kate miró para aquella mujer que durante tanto tiempo fuera una especie de madre y su rostro se abrió en una sonrisa afectuosa.

—Creo que la señora tiene razón.

—Entonces haz algo, tontita. Tú no vas a querer que las cosas continúen como están, ¿verdad?

—¿Dónde está Rhyno? —Kate preguntó medio distraída, sin saber bien lo que iba hacer.

—Dijo algo sobre ir a fiscalizar los tanques de fermentación cuando salió después de cenar. Con seguridad quedará allá hasta que el día amanezca, como hacía tu padre. ¿Por qué no vas a llevarle una jarra de café?

Kate vaciló un poco, pero pronto se levantó decidida, besando la frente de la tía.

—Está bien, haré lo que la señora sugirió. Pero que sepas que si él me maltrata de nuevo, nunca más voy a humillarme de esta manera, ¿escuchaste?

Unos veinte minutos más tarde, Kate estacionó el todoterreno en la entrada del edificio donde quedaban los enormes toneles de madera y los tanques de acero para la fermentación. Había luz en la pequeña sala que servía de oficina. Ella agarró la bolsa que estaba en el asiento del coche a su lado y entró en la bodega en silencio, yendo hasta la oficina.

Rhyno estaba sentado detrás del escritorio, con una de sus viejas pipas entre los dientes. Levantó los ojos de los papeles que leía y la observó con ojos fríos.

—¿Por qué no estás en casa, durmiendo, como deberías?

—Pensé que tal vez quisieses un poco de café y una mano en el trabajo —respondió, Kate, contrita.

—Es mucha bondad de tu parte.

Era difícil definir si esa observación, era de cinismo o de agradecimiento.

Kate tampoco sabía decir si había hecho bien en buscarlo, pero, en todo caso, sirvió el café caliente en dos tazas. Al entregar la de él, notó que su mano temblaba y que él mostraba señales evidentes de cansancio.

—¿Por qué no vas para la casa y descansas un poco? Yo quedo

aquí cuidando de esto por ti, ¿quieres?

—Te lo agradezco pero no es posible dejarte aquí sola cuidando del servicio.

Rhyno había escogido las palabras equivocadas y ellas fueron suficientes para que se rompiese el hielo e, inmediatamente, volviesen los viejos resentimientos que había entre los dos.

—¡No veo por qué! Durante años hice ese trabajo y mi padre nunca dudó de mi capacidad —Kate rebatió agresiva.

—Tranquila, tranquila. Lo que yo quiero decir es que no puedo dejarte sola porque, al final, tú eres una mujer y no sería seguro estar aquí en la noche.

La rabia de Kate desapareció con la misma rapidez con que había surgido. Sus palabras salieron en tono de broma.

—¡No me digas que tú tienes miedo de que haya alguien escondido detrás de los barriles, listo para agarrarme!

—Bueno, nunca se sabe…

Esta vez Kate no consiguió evitar una sonora carcajada.

—¡No seas tonto! Los peones son demasiado supersticiosos para entrar aquí en la noche.

—¿Por qué?

—Ellos creen que en las viejas bodegas hay almas del otro mundo, ¿no lo sabías?

—No… ¡Pero qué cosa ridícula! Este edificio fue construido en la época de tu padre, ¿no?

—Esta parte sí, pero la otra, donde están los barriles, tiene más de doscientos años. Y los campesinos creen que en un edificio tan antiguo inevitablemente debe haber fantasmas.

—Pues es entonces una razón más para que yo no te deje sola —se burló Rhyno.

—No te preocupes, yo no creo en fantasmas.

—Valentona… pero yo tengo una propuesta mejor. ¿Qué tal si te quedas aquí conmigo, haciéndome compañía? Tengo una larga noche por delante y las horas cuestan en pasar cuando la gente no tiene con quien conversar.

Sus miradas se cruzaron. Rhyno parecía haber notado que Kate viniera en un intento de hacer las paces, de volver el clima entre los dos un poco más ameno. Y, a su manera, estaba dispuesto a colaborar. Con cierto alivio, Kate respondió:

—Está bien, me quedo, si es eso lo que quieres.

Después de eso se hizo un largo silencio, durante el cual ninguno de los dos sabía bien qué decir. Finalmente Rhyno tomó la iniciativa:

—Tu café es muy sabroso.

—Gracias.

Otro silencio prolongado y opresivo. Después fue Kate quien habló.

—La noche está húmeda. Creo que va a llover.

—Es posible.

Era realmente muy difícil conseguir entablar una conversación en aquellas condiciones.

—Diantres, nosotros no tenemos muchos temas, ¿no es así? —Rhyno preguntó con una sonrisa, relajando el ambiente.

—Así es, parece que no los tenemos de veras —Kate suspiró y colocó su taza vacía sobre la mesa.

—Si vas hacerme compañía la noche entera, creo mejor que encontremos un tema para conversar.

La sonrisa de Rhyno había desaparecido y sus palabras sonaban casi como una orden, un mando a ser obedecido.

—Háblame sobre ti —dijo ella, agarrando la primera idea que le vino a la cabeza. ¿Por qué fuiste a estudiar a la Ciudad del Cabo en lugar de quedar en Stellenbosch?

—¿Quién te contó eso?

—Mi padre.

—Yo comencé a estudiar en Stellenbosch, pero cuando mi madre tuvo que vender la hacienda, me mandó para la Ciudad del Cabo. Allá frecuenté una escuela privada, a pesar de las dificultades financieras que mi madre enfrentaba. Parece que una persona muy amiga de ella insistió en ayudar, pagando mis estudios.

La curiosidad de Kate había sido azuzada. Después que supo la relación de Naomi con su padre, sospechaba que tal vez él hubiese sido de benefactor al que Rhyno se refería.

—¿Sabes quién fue esa persona amiga?

—No.

—¿Y nunca intentaste descubrirlo?

—Lo intenté, pero no conseguí nada. Mi madre se negaba a contarlo —respondió Rhyno, cruzando las manos detrás de la

cabeza.

Ese gesto hizo que su camisa se estirase, evidenciando los músculos tensos de su pecho.

Kate desvió la mirada, procurando apartar el recuerdo de la extraña sensación que sintió cuando sus senos se recostaron en aquel pecho musculoso.

—¿Por qué decidiste dedicarte a la vinicultura?

—Yo estudié para eso. Me interesé por la fabricación de vinos, y además, siempre tuve la esperanza de poder trabajar en una hacienda de la importancia de La Reine.

—Quieres decir entonces que cuando mi padre colocó aquel anuncio en el periódico, buscando un administrador, tú saltaste de alegría.

Rhyno notando el cinismo escondido por detrás de aquellas palabras respondió en tono seco:

—No fue así. En esa época yo tenía un buen empleo y un futuro garantizado mientras que aquí no había ningún futuro. La única ventaja sería el placer de trabajar en un lugar el cual me gustaba tanto cuando niño.

—¿Por eso acabaste aceptando?

—Respondí al anuncio y vine hacer la entrevista. Y quedé muy impresionado con los conocimientos de tu padre sobre la vinicultura.

—Y obviamente muy interesado en quedar cerca a La Reine, ¿no es así?

Él quedó mudo por algunos instantes y después se inclinó sobre la mesa, quedando bien cera de Kate.

—Tú me guardas mucho resentimiento, ¿verdad?

Kate no consiguió mirarlo a los ojos. Agarró con fuerza el borde de la mesa, analizando sus sentimientos para responder con el máximo de sinceridad.

—En este momento exacto, no tengo tanta rabia hacia ti. Reconozco que estás siendo muy útil y dedicado para con la hacienda, después de la muerte de papá. Pero continúo sintiendo una enorme revuelta por haber sido obligada a casarme contigo para recibir una herencia que era mía por derecho.

—Cuando hablas de herencia, ¿incluye eso La Reine? ¿Crees que te estoy robando La Reine, Kate?

—¡De ninguna manera! Lo que me preocupa es Solitaire. En cuanto a La Reine, yo jamás tuve ninguna intención de quedar con ella. Mi padre siempre dijo que no me la dejaría.

—¿Tú crees que él tenía la intención de vender La Reine?

—No lo sé… tal vez. Pero si pretendía hacerlo, acabó cambiando de idea cuando tú apareciste por aquí.

—Y, parece que yo soy de veras el villano de la historia…

Kate lo encaró por algunos segundos, sin confirmar o desmentir sus palabras. Cuando habló, fue para cambiar de asunto.

—¿No es la hora de que verifiques los tanques?

—Faltan algunos minutos. ¿Quieres venir conmigo?

—Vamos.

Kate pasó la noche allí en la bodega con Rhyno, repitiendo esa operación de control cada cuatro horas. El resto del tiempo conversaban, tomaban café y se turnaban para dar una cabeceada en el viejo sofá recostado en un rincón de la pequeña sala. A la mañana estaban cansados y un poco abatidos. Pero ambos sabían que, al final, el sacrificio sería recompensado por la buena calidad del producto.

La relación entre los dos parecía haber mejorado un poco, por lo menos ante ese único interés en común. Pero los viejos resentimientos persistían y todo indicaba que jamás serían traspasados.

—Hasta que al fin ustedes dos están conversando un poco —dijo Edwina una mañana, cuando tomaban té en la terraza—, yo no soportaba más el verlos callados de aquella manera.

Era imposible explicar a tía Edwina la confusión de sentimientos que se apoderaba de Kate. Ella misma era incapaz de comprenderlo. Si, por un lado, sentía repulsa por aquel hombre que legalmente era su marido, por otro no conseguía dejar de verse de alguna forma atraída por él.

Ya llevaba casada más de un mes cuando un día, por casualidad, se encontró con Gary en la ciudad al hacer las compras. Habría preferido evitarlo, pero dio de cara con él en la calle y no había posibilidad de fingir que no lo viera. Forzada, lo saludó. Los ojos sonrientes de él, sin ninguna señal de rencor, se encargaron de retribuir, y dejarla mucho menos tensa.

—¿Aceptas tomar un cafecito conmigo? —el muchacho invitó,

apuntando para la cafetería del frente.

—Claro —aceptó ella.

Atravesaron la calle y, mientras eran servidos, Gary comentó:

—Hace varias semanas que no te veo.

—Es que hemos estado muy ocupados en la hacienda.

Continuaron tomando el café lentamente, sin decir nada más, hasta que Gary, mirando para la alianza que brillaba en el dedo de Kate, dijo con suavidad:

—No puedo decir que haya quedado satisfecho con tu matrimonio, Kate. Pero me gustaría que continuásemos siendo amigos.

—¡Yo también! —ella sonrió, pensando cómo sería de bueno si Gary estuviese dispuesto a esperarla hasta que el plazo del "contrato de negocios" con Rhyno llegase al final.

—¿Te sientes feliz, Kate?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Solo curiosidad. Pero responde: ¿eres feliz?

—Bastante… todo lo que se puede ser feliz en una circunstancia como esta —respondió, evasiva.

Él la miró intensamente.

—Tu matrimonio no está siendo exactamente lo que se puede decir un éxito, ¿no es verdad?

—Yo no dije eso.

—No intentes engañarme, Kate.

—Gary, tu no entendiste bien. Lo que yo quise decir es que…

—Está bien, no se hable más de eso —interrumpió el joven, ante el aire confundido de Kate—. Solo quiero que sepas que yo aún estoy por aquí y que puedes contar conmigo para lo que quieras o desees.

—Hablas como si deseases que mi matrimonio fuese un fracaso.

—No es eso. Pero si por casualidad las cosas no salen bien, estaré a tu disposición.

—¡Mi Dios! Cuanta tragedia —Kate rio, aliviando la tensión.

—¿Cuándo te veo de nuevo? —preguntó él, al pagar la cuenta.

—Cualquier día de estos. ¿Por qué no apareces por la casa?

Era una frase habitual, no una invitación formal, y Kate la usaba casi por costumbre, sin pensar mucho en lo que estaba diciendo. Pero Gary la tomó al pie de la letra, apresurándose a confirmar la

sugerencia.

—Magnífico, voy a ir. ¿Qué tal el viernes? ¿No me invitas a cenar?

—Bueno… sí… claro. Aparece para la cena el viernes. Estaremos contentos con tu compañía.

—Gracias. Aparezco allá a eso de las seis y media, ¿está bien?

—Acordado, Gary. Gracias por el café.

—Hasta luego.

Volviendo para Solitaire, Kate se sentía un poco arrepentida y confusa. ¿Había actuado bien acordando aquella cena? ¿Cómo reaccionaría Rhyno cuando lo supiese? Pero estos pensamientos no la preocuparon por más tiempo. No iba a regir todas las acciones de su vida en función de lo que agradaba o no a Rhyno. En la noche, después de cenar, resolvió abrir el juego.

—Hoy en la tarde encontré a Gary en la ciudad, y lo invité a cenar con nosotros el viernes.

Tía Edwina abrió la boca, preparándose para decir algo, pero Rhyno fue más rápido.

—¿Andas encontrándote con él?

—Fue una casualidad. Yo estaba haciendo las compras cuando nos encontramos en la calle. Me invitó a tomar un café —explicó ella, enfrentando la mirada de reprobación de Rhyno sin atemorizarse.

—¿Y tú crees que actuaste bien?

—¿Actué bien en qué? ¿En invitarlo para cenar o en haber ido con él a tomar un café?

—En las dos cosas.

—Sabes, Rhyno, el hecho de estar casada contigo no quiere decir que deba olvidar a mis amigos.

—Claro que no, ni es eso lo que pretendo.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Ninguno. Encuentro magnífico reunirnos con los amigos. Creo que voy a invitar a Barbara Owen para venir aquí también el viernes. ¿No es una buena idea?

Era la última cosa que Kate esperaba escuchar, pero no podía, de ninguna manera, dejar transparentar su sorpresa.

—¡Claro!

—Entonces está decidido. Voy a llamarla y hacer la invitación.

Con eso Rhyno se levantó y salió de la sala, cerrando la puerta. Kate y tía Edwina quedaron en silencio por algún tiempo, hasta que la anciana señora decidió hablar, en un tono de reprobación.

—Espero que hayas notado que tu actitud solo va a traerte problemas.

—¿Qué hay de malo en invitar a un amigo para cenar, tía Edwina?

—Si se tratase de un amigo común, no habría nada más. Pero tú sabes tan bien como yo que Gary no es un simple amigo y mucho menos, Barbara Owen. Ella y Rhyno eran…

—¿Qué tía Edwina? ¿Amantes?

Al escuchar la palabra, tía Edwina se mostró muy deprimida.

—Bueno, si eran… yo no lo sé. Lo que sé es que se encontraban con mucha frecuencia.

—No te preocupes sin motivo, tía. Estoy segura que la cena será muy divertida.

En la noche, acostada en su cuarto, Kate rodaba en la cama, perturbada, sin conseguir pegar ojo. No sabía bien por qué, pero el hecho era que la posible llegada de Barbara Owen a aquella casa le sacaba la tranquilidad.

Ya era bien tarde cuando vio la rendija de luz por debajo de la puerta que indicaba que Rhyno había entrado en su cuarto. Como de costumbre, ella escuchó sus pasos, de acá para allá, mientras él se preparaba para dormir. Solo que esta noche Rhyno parecía tardar mucho más. ¿Sería que, como ella, estaba teniendo dificultades en agarrar el sueño?

Pensó en Rhyno y en Barbara juntos. ¿Cómo sería la relación de los dos? De una cosa estaba segura: estaba muy lejos de ser una simple amistad. Barbara era una mujer atractiva y sensual y la virilidad de Rhyno era más que patente. Se acordaba muy bien de la sensación que había sentido cuando él la tocó, en aquella primera noche, y de sus labios ardientes, buscando los de ella. Si, aun en aquellas circunstancias, Rhyno consiguió despertar sus instintos, imaginó de lo que sería capaz si, por alguna razón poco probable, viniese un día a acariciarla realmente.

La noche del viernes llegó, encontrando a Kate un poco nerviosa,

pero bien arreglada para la cena.

—No puedes imaginar cómo quedé de contenta con la invitación de Rhyno —dijo Barbara a Kate, así que llegó—, ya oí hablar mucho de Solitaire y de sus vinos, pero nunca tuve la oportunidad de conocer un lugar histórico como este.

La voz de Barbara era suave y agradable. Para su propia sorpresa, Kate notó que simpatizaba con ella. Era alta, linda y sofisticada, con cabellos oscuros y ojos verdes. Irradiaba entusiasmo y simpatía, al contrario de lo que Kate había imaginado.

—¿Te gustan las antigüedades y las cosas históricas? —preguntó Gary, acercándose. Para él ese tipo de cosas no tenía el menor interés.

—Me encantan. Las cosas antiguas me fascinan. Parece que transmiten nobleza, refinamiento.

—Si piensas así, estoy segura de que mi sobrina sentirá placer en mostrarte toda la casa —intervino tía Edwina.

—¿De veras, Kate? —Barbara se giró, contenta.

—Naturalmente —respondió ella con delicadeza.

Kate llevó a Barbara a través de las varias habitaciones del caserío, explicando los detalles de la arquitectura y mostrando las mejoras y las modificaciones que habían sido hechas. Barbara se mostraba muy interesada, haciendo preguntas inteligentes, y Kate notó que comenzaba a gustarle ella, a pesar de toda la reserva que sintiera antes.

—Antiguamente la cocina estaba aquí, pero fue destruida en un incendio, en 1785. Los cuartos de los criados también fueron alcanzados y dicen que tres de ellos murieron quemados —dijo Kate, mostrando un amplio patio descubierto.

—¡Qué horror! —se espantó Barbara.

—No dejes que Kate te amedrente con esas historias de fantasmas —intervino Rhyno apareciendo de repente detrás de ella y dirigiendo a Kate una mirada de reprobación.

—Yo no estaba queriendo amedrentarla. Solo repetía las historias que siempre escuché contar a mi padre.

—Entonces vamos a cenar que están esperándonos —Rhyno habló y tomó el brazo de Barbara con familiaridad—. Espero que Kate no te haya sacado el apetito con esas historias de terror.

—Ya dije que yo solo estaba…

—No hagas caso a Rhyno, Kate —interrumpió Barbara con una sonrisa—. Encontré maravilloso que hayas tenido la gentileza de contarme todas esas cosas, inclusive la historia del incendio. Gracias.

Si Barbara estaba satisfecha, Rhyno, a su vez, parecía contrariado. Mantuvo el rostro cerrado hasta llegar a la sala.

La cena fue servida y la reunión acabó transformándose en una pesadilla para Kate. Cada vez que su mirada se fijaba en Rhyno y Barbara, que conversaban animadamente, sentía un increíble malestar que no conseguía definir bien. Tal vez por eso, dedicó una atención especial a Gary, casi como si estuviese flirteando con él.

Después de terminada la cena, regada con vino de Solitaire, todos fueron a la sala. Allá, mientras Barbara escuchaba atentamente las historias contadas por tía Edwina y los comentarios de Rhyno, Kate se apartó yendo hasta la terraza para tomar un poco de aire. No sabía que más hacer para librarse de aquella mujer que, a pesar de simpática, se iba volviendo irritante por la forma como monopolizaba las atenciones. Notó pasos detrás de sí y vio que Gary la seguía.

—Barbara está perturbándote, ¿no es así, Kate? —preguntó él agarrándole la mano, así que se vieron solos.

—No es eso… solo estoy un ganas de tomar un poco de aire.

—Creo que es una magnífica idea. Así podemos estar un poco solos y conversar más a gusto —aún agarrando su mano, él se apartó un poco de ella y la miró de arriba a abajo—. Estas bella…

—¡Lo está de verdad! —la voz grave de Rhyno hizo que se separaran rápidamente—. ¿No crees que el matrimonio le hizo bien?

Al terminar la frase, él se acercó a Kate, pasando el brazo fuerte alrededor de la cintura de ella. Se esforzaba por parecer amable, pero era evidente que estaba muy contrariado.

—Parece que sí —Gary concordó, sin otra salida. Quedaron los tres en silencio, solo intercambiando miradas significativas.

Kate se sentía extraña, abrazada así por Rhyno, pero no osaba apartarse de él. Ante la situación opresiva, Gary buscó una forma de salir de allí.

—Bueno, creo que voy allí dentro a agarrar una copa más de ese delicioso vino que ustedes tienen aquí. Con permiso…

Así que él se fue, Rhyno empujó a Kate por el brazo hasta un rincón oscuro de la terraza, desde donde no podían ser vistos. La agarró con fuerza, apretándola contra su cuerpo, los ojos brillantes de rabia.

—Escucha. Fue tu idea comenzar este juego. Ahora te estoy avisando: ten mucho cuidado, sino él puede volverse muy peligroso.

—¿Qué estás queriendo decir?

—Que detesto hacer el papel de bobo.

—¿Me estás amenazando?

—Lo estoy, ¡sí señora!

Kate sentía el cuerpo firme de Rhyno contra el de ella y las manos fuertes apretándole los hombros. Por un instante olvidó el dolor que eso le causaba y deseó locamente que él la besase. Cerró los ojos y se entregó a la proximidad de aquel hombre. Pero en vez de besarla, él la empujó lejos, en un gesto brusco y decidido, y volvió para dentro de la casa.

Ella se sentía terriblemente humillada al volver a la sala donde todos estaban reunidos. Barbara y Gary se fueron pronto, casi al mismo tiempo y, cuando Kate se retiró para el cuarto, se dio cuenta de que la noche había sido un fracaso total.

Hizo una retrospectiva de todo lo que había ocurrido. Contrariando sus expectativas, Barbara Owen demostró ser una mujer mucho más interesante y agradable de lo que ella imaginaba. Era alegre y linda. Viéndola al lado de Rhyno, no se podía negar que formaban una pareja ideal. Ciertamente si fuese con ella, y no con Kate con quien él se hubiese encontrado en la terraza, la actitud de Rhyno habría sido muy diferente. El nudo volvió a su corazón. Había algo que ella no podía esconder más a sí misma; la verdad, tenía celos. ¡Mi Dios! ¡Estaba dominada por los celos por Rhyno!

# Capítulo 6

La vida en Solitaire fue poco a poco cayendo en la rutina. Durante la semana Kate ayudaba en lo que era necesario, en la contabilidad o despachando vino.

En los fines de semana, invitaba a Gary, Barbara y Naomi Van der Bijl a Solitaire.

Ellos se distraían jugando tenis, paseando por la hacienda o simplemente se sentaban en el jardín para aprovechar el calor del sol de otoño. Esa era una buena manera de continuar la amistad con Gary y también de descubrir lo que realmente había entre Barbara y Rhyno. Barbara tenía una manera muy especial de conseguir una de aquellas raras sonrisas de Rhyno, que transformaban su expresión de piedra de tal forma, que el corazón de Kate latía más rápido.

Kate suspiró y cerró la revista que intentaba leer. ¿Para qué fingir interés si no conseguía entender más que media docena de palabras? Quedó sentada observando los dedos agiles de tía Edwina que tejía.

Por veinte años aquella mujer había sido su tía y su madre al mismo tiempo, pero por primera vez en la vida, Kate se vio estudiándola bajo un ángulo completamente diferente.

—¿Por qué nunca te casaste y tuviste hijos, tía Edwina? —preguntó de repente. Edwina dejó el tejido para mirar a la sobrina con asombro.

—Tú nunca me preguntaste eso antes.

—Tal vez por egoísmo nunca se me ocurrió que tú tuvieses el derecho, como cualquier persona, de tener tu propia vida y ser feliz. Te dedicaste a mí y nunca se me pasó por la cabeza que debería ser de otra forma —la mirada de Kate se volvió más penetrante—. ¿Cediste tu felicidad para encargarte de mi padre y de mí?

—No, Kate, no hice eso —Edwina sacudió la cabeza sonriendo —, hubo un hombre en mi vida, pero al final él se casó con otra mujer, y, aunque yo estaba libre para casarme con quien quisiera, nunca más me interesé por alguien —sus ojos grises brillaron,

alegres—. ¿Mi respuesta te satisface?

—Me satisface, sí —Kate sonrió aliviada, sin saber por qué. Tiró la revista en el suelo y fue abrazar a la tía con cariño y espontaneidad. Sintió un nudo en la garganta y los ojos anegados de lágrimas, besó a la tía en el rostro y murmuró:

—Voy a dar una vuelta allá fuera.

La noche estaba oscura y el aire ya anunciaba el frío de invierno. Kate puso las manos en los bolsillos de la chaqueta de cuero y caminó al azar, hasta que vio luz en las bodegas. ¿Qué estaría haciendo Rhyno a aquella hora de la noche? Movida por la curiosidad, apresuró el paso y tomó un atajo que cortaba el camino.

Descubrió a Rhyno en la bodega subterránea, cerca de uno de los barriles, agarrando en la mano una copa que estudiaba a contra luz. Kate sacó los cabellos de los ojos y lo que vio en la copa hizo su presión subir.

Rhyno se giró cuando escuchó el ruido de los pasos de ella. El aire exhalaba el olor fuerte de uva fermentada y de vid en estado de maduración.

—¿Desde cuándo producimos vino rosa? —indagó con frialdad.

—Solo tendremos el año que viene, cuando esté embotellado y listo para ser introducido en el mercado —respondió Rhyno con irritante calma, oliendo el buqué del vino—. Ya es tiempo que Solitaire añada vino rosa a su producción.

—Esa es tu opinión, sin duda.

—Fue idea de tu padre, pero acepté y él permitió que yo hiciese la mezcla de vinos.

Kate hirvió de rabia:

—¿Por qué nadie me contó nada?

—Tú mostraste muy poco interés por los vinos en mis primeros dieciocho meses aquí en la hacienda —Rhyno acusó con aspereza—, probablemente fue por eso que tu padre no te dijo nada.

—Tú podrías haberme contado.

—¿Y cuándo fue, Kate, que me diste oportunidad o me incentivaste a contarte algo?

—Imagino que si no hubiese entrado aquí por casualidad esta noche, nunca descubriría lo que estabas preparando.

—Deja de buscar una disculpa para poder pelear, Kate, y dame tu opinión —dijo él, suspirando y forzándola a agarrar la copa.

—¡Solo vean! ¡El sabelotodo Rhyno Van der Bijl está pidiendo mi opinión!

—¡Para con eso! Yo nunca tuve la pretensión de ser lo que no era.

Él podía ser muchas cosas, pero ciertamente no era pretensioso y jamás exhibía su competencia o conocimiento de vinicultura. Por eso, ella bajó los ojos y murmuró:

—Disculpa.

Rhyno hizo un gesto impaciente después de la disculpa de ella y ordenó:

—Prueba el vino y dime lo que crees —Kate olió la copa.

—El buqué es muy delicado —admitió con cierta renuencia y después tomó un pequeño trago. Lo revolvió en la boca antes de tragarlo y no pudo esconder su opinión—, hum… es limpio, bien balanceado y con cuerpo. Creo que promete.

Él tomó la copa de la mano de ella y lo observó de nuevo contra la luz:

—Lo inscribí en el festival del mes que viene.

—¡Estás loco!

—¿Solo porque creo que este vino tiene potencial?

—¿Por qué estás perdiendo tu tiempo? ¿O es que estás preparándote para la hora de recibir La Reine? Ahí vas a producir tus vinos independientemente de Solitaire, ¿verdad? ¿Vas a comercializarlo con tu propia etiqueta?

—Hace veinte años que los vinos de La Reine están en el mercado con etiquetas de Solitaire y no veo razón para cambiar eso. A no ser que tú decidas, cuando nuestro matrimonio acabe, que no quieres más los vinos de La Reine en la bodega de Solitaire.

Kate consiguió enfrentar los ojos atrevidos y desafiantes de Rhyno y sonrió levemente:

—No pongas ideas en mi cabeza.

—Kate… —él sacó las manos de los bolsillos y por un momento angustiante ella pensó que iba a tomarla en sus brazos. Pero Rhyno solo hizo un gesto vago con las manos y preguntó con una pizca de irritación en la voz—: ¿tienes que invitar a Gary Page a venir siempre aquí?

La profunda desilusión que Kate sintió despertó en ella el antagonismo adormecido y su voz estaba ligeramente sarcástica

cuando respondió, con otra pregunta:

—¿Aún no notaste que insisto en invitar a Barbara Owen todas las veces que invito a Gary Page?

—Lo noté, sí —y sus ojos duros y brillantes la encararon con firmeza—. Noté también que tú te has esforzado al máximo para llenar la casa de gente en los fines de semana como si tuvieras miedo de estar sola conmigo.

—No seas tonto. Me gusta la compañía de Gary y estoy segura que tú sientes lo mismo en relación a Barbara.

—Yo no niego que aprecio mucho la compañía de Barbara. Ella es una mujer inteligente, de naturaleza dulce y apasionada. Conseguimos conversar por largo tiempo sin que ella esté irritada conmigo por tontos motivos.

—Tanto mejor para ti, por lo menos tendrás ese calor apasionado para ayudarte a aguantar los meses que aún tenemos por delante. Cuando yo esté irritada contigo, tendrás a quien recurrir.

—¡No seas insoportable, Kate! —En una fracción de segundo él estaba junto a ella apretando con fuerza sus hombros—. Estas comportándose como una niña maleducada y petulante, y nunca las ganas de ponerte en mi regazo y darte unas nalgadas fue tan grande.

Los ojos azules de Kate soltaban chispas de rabia, pero sus sentidos estaban alertas con la cercanía de él:

—Haz eso Rhyno y te odiaré por el resto de mi vida.

—¿Harás eso, Kate?

Había un brillo peligroso en los ojos de él, Kate intentó empujarlo, pero él agarró sus muñecas y sujetó sus dos brazos con una de las manos. La sensación de aquel cuerpo fuerte contra el suyo le provocó vibraciones intensas, mucho antes que él metiera la mano libre por debajo de la blusa que ella había dejado por fuera del pantalón.

—Suéltame —ordenó una voz que debería ser fría y tranquila, pero que sonó extremadamente insegura.

—Debes aprender una lección y por lo visto soy yo quien va a enseñártela —Rhyno sonrió mientras sus dedos acariciaban la espalda de Kate, acelerando la sangre en sus venas.

Kate jamás se había encontrado en una situación como aquella,

deseando el cariño de un hombre y al mismo tiempo sabiendo que no debería permitir que él la acariciase. Aunque su mente la avisase, su cuerpo reaccionaba como un instrumento en las manos del maestro. Una gran debilidad la invadió.

—¡No hagas eso! —suplicó desesperada. Pero sus esfuerzos de liberarse solo hicieron que sintiese más agudamente los muslos musculosos contra los suyos y los labios que parecían devorar los suyos.

—¿Es de miedo que tu corazón está latiendo tan deprisa o es por alguna otra razón? —preguntó Rhyno con suavidad, mirando la vena que latía descontrolada en la base del cuello de ella. El rostro de Kate quedó rojo de rabia.

—¡Suéltame, atrevido!

—Dentro de poco —prometió él, bajando la cabeza, haciéndola sentir en el rostro su respiración—, solo después que yo haga un experimento.

Kate abrió la boca para responder, pero Rhyno aprovechó y la besó intensamente. La intimidad con que él invadió su boca provocó ondas de emoción que ella daría todo por ocultar. Pero eso no fue nada en comparación a lo que vino después: con habilidad, Rhyno desabotonó el sostén de Kate y con la mano enorme tocó suavemente sus senos. Ella no consiguió mantener más la claridad en su mente. Se embriagó con sus besos y las caricias de él.

Se sentía dominada por una locura intensa, como alguien que hubiese bebido mucho vino. Los labios de Rhyno la devoraban con tal pasión que ondas de fuego recorrían su cuerpo, aumentadas aun más por las caricias sensuales y enloquecedoras que él hacía tan bien. Sus senos quedaron tensos bajos las manos firmes que los tocaban y, por un momento, Kate se entregó completamente a él, sin importarle nada. De repente, la lucidez volvió a su mente y con una claridad increíble la imagen de Barbara Owen pasó por su pensamiento, causándole angustia, revuelta y vergüenza.

—¡Por el amor de Dios, Rhyno! ¡Para esto! —gritó con una voz ronca que ella misma desconocía. Con fuerza lo empujó para atrás. Como no esperaba aquello, Rhyno la soltó y, a no ser por el brillo extraño en sus ojos, él daba la impresión de no haber sentido la mínima emoción. Kate, a su vez, sintió un odio redoblado mientras intentaba readquirir la compostura que había perdido

completamente.

—Sugiero que te guardes esas demostraciones de pasión para Barbara. Estoy segura que ella, al contrario de mí, las apreciará.

Notó que él apretaba las manos con rabia y los músculos de su rostro quedaban tensos:

—Tú eres una hoguera encendida, Kate, y va a ser necesario alguien mucho más fuerte que Gary para controlar eso.

—¿Alguien como tú?

—Sí señora, alguien como yo, solo que yo no quiero esa ocupación, gata salvaje.

Con los ojos oscuros entrecerrados, él la observó de forma insolente, notando el rubor de las mejillas, los labios trémulos e hinchados por los besos y la blusa entreabierta en el escote, revelando el surco excitante entre los dos senos. Automáticamente Kate levantó las manos para abotonar la blusa. Eso solo sirvió para aumentar el desdén y la irritación de Rhyno:

—Tú no tienes ninguna de las cualidades que yo admiro en una mujer, y dudo que algún día las tengas.

Kate sintió como si se quemaba de la cabeza a los pies, pero después fue invadida por una ola helada, terrible, y salió corriendo de la bodega. Ya era muy tarde cuando Rhyno volvió para la casa y más tarde aún cuando Kate vio desaparecer la rendija de luz bajo la puerta del cuarto de vestir. Ella había dejado de llorar hacía mucho tiempo, pero la confusión en su mente era tan grande que no conseguía dormir. No era propio de ella tener crisis de llanto irracional, pero tampoco era su estilo permitir que un hombre la tocase de la manera como Rhyno hizo aquella noche. Ella ya fuera besada antes, pero siempre se enorgullecía de ser dueña de la situación. En la bodega, sin embargo, había ocurrido lo contrario: Rhyno era quien controlaba todo, dejándola física y mentalmente incapaz de resistir. Ella sabía muy bien la opinión que él tenía de ella.

Kate enterró el rostro en la almohada para ahogar un sollozo. Se sentía vulgar y estaba segura de que era así como Rhyno la consideraba, pues la había rechazado cruelmente. Estaba confundida y su mente no quería aceptar la razón obvia de su infelicidad. Finalmente exhausta, no consiguió mantener más las barreras que había levantado con tanto cuidado. Se vio cara a cara

con la verdad: estaba enamorada de Rhyno.

En realidad, ella se sintió atraída por él desde el primer instante en que vio aquellos ojos oscuros y altivos. Había percibido el desafío que ellos representaban. Había, era cierto, luchado contra aquella atracción fatal. Había agredido, despreciado y muchas veces humillado a Rhyno, pero él se conservó firme e imperturbable. Sus discusiones con él terminaban siempre con la derrota de ella. Y ahora que su corazón se veía envuelto en la disputa, había sido derrotada otra vez. Ella amaba un hombre que la despreciaba tanto como ella demostraba despreciarlo antes. Por primera vez, deseó que aquel año de matrimonio se prolongase por la eternidad, pero sabía que el tiempo corría inexorablemente y que sería Barbara Owen a quien escogería cuando hubiese cumplido las exigencias del testamento.

* * *

La fiesta del vino en Stellenbosch iba muy bien. Kate compareció con Rhyno y estaban en el salón de banquetes de la gran bodega cuando los resultados de los premios fueron anunciados. Solitaire había ganado siete medallas de oro y cuatro menciones honoríficas y el vino rosa de Rhyno fue considerado la mejor novedad del año, con grandes perspectivas para el futuro.

Naturalmente era una ocasión que exigía una buena celebración, pero Kate no sentía la menor disposición para eso. Mientras Rhyno recibía las felicitaciones, ella se mantuvo quieta y medio apartada. Solo cuando llegaron a Solitaire, ella se giró para él en la sala de estar y dijo sincera, sin rencor:

—Muchas gracias, Rhyno.

—¿Gracias? —repitió él, pasándole una copa de vino antes de servir y sentarse cerca de la chimenea.

—Gracias por haber mantenido la buena calidad de los vinos de Solitaire.

—Mi querida Kate —comenzó él, con una pizca de tolerancia en la voz—. La mayor parte del éxito que tuvimos se lo debemos a tu padre.

—La mayor parte sí, pero no todo. Tu rosa está en la recta final

para la conquista de una medalla de oro.

—Es mucha generosidad de tu parte.

La ironía que sintió en el tono de voz de él hizo que ella lo mirase, arriesgando una sonrisa:

—Estoy sintiéndome generosa hoy.

—Lo estas, ¿eh?

—No pongas esa cara de incrédulo. Incluso hasta una bruja puede ser generosa a veces.

—¿Estás flirteando conmigo, Kate? —preguntó él, mirándola intensamente con una expresión irónica, que inmediatamente hizo que ella se pusiese seria.

—Flirtear con el diablo es buscar gresca —replicó—. Yo estaba simplemente intentando ser cordial, pero supongo que tú no lo has notado.

—¿Crees que parezco el diablo?

—A veces —admitió, sintiendo un gran desánimo en el pecho. Cambió de asunto abruptamente—. Esta noche echo mucho de menos a mi padre. Él estaría sentado aquí en esta silla y se sentiría orgulloso de sí mismo… y de ti.

—No te sientas excluida, Kate.

—Lo que dijiste unas semanas atrás es verdad. En verdad, yo me aparté de toda la actividad de la hacienda después que tú llegaste aquí.

—Eso no debería impedirte sentirte orgullosa y satisfecha con los resultado de hoy en la noche.

—Con toda honestidad, creo que no merezco ese privilegio.

—Durante este último verano tú compensaste tu negligencia anterior.

Kate estudió a Rhyno atentamente, pero la expresión de él no revelaba nada: continuaba impenetrable.

—Creo que tú estás diciendo eso solo para consolarme.

—¿Y encuentras eso extraño?

—Tan extraño como a ti te debe parecer el hecho de querer que seamos amigos —ella sonrió, vacilante.

—Nosotros jamás podremos ser amigos, Kate.

—Sí, creo que no —ella concordó, la sonrisa muriendo en los labios. Puso la copa en la mesita de al lado; levantándose, colocó la chaqueta en los hombros y salió de la cercanía del fuego. En la

puerta se giró para mirar a Rhyno que continuaba sentado, con las largas piernas estiradas confortablemente. Sus miradas se cruzaron y él la admiró de arriba a abajo. Kate sintió un estremecimiento como si Rhyno la acariciase físicamente. Muriendo de miedo de ser expuesta nuevamente al ridículo, ella se giró y dijo—: buenas noches.

No consiguió dormir otra vez. Se sentía tensa como una cuerda estirada; se giraba y revolvía en la cama, con el pensamiento vagando. Rhyno había pensado que ella estaba flirteando con él. ¿Había hecho eso inconscientemente? ¡Nunca, jamás! Si el padre aún estuviese vivo, nada de eso estaría ocurriendo. ¡Cómo le gustaría conseguir dormir!

Finalmente se levantó, vistió una bata y atravesó la casa en lo oscuro, rumbo a la cocina. Encendió la luz, puso un poco de leche en una olla y la colocó en el fuego para calentar. Miró el reloj en la pared. Era las doce y media.

—¿No consigues dormir?

Se giró rápida, los ojos agrandados y sombríos en el rostro pálido. Dio con Rhyno recostado en la puerta, con las manos en los bolsillos de la bata negra y el cabello oscuro alborotado, cayendo en la frente.

—No, yo… yo creo que la emoción de los premios fue muy grande —consiguió decir, agarrándose a la primera disculpa que le apareció en la cabeza y desviando la mirada del magnetismo que Rhyno ejercía sobre ella—. ¿Aceptas una taza de chocolate caliente?

—Si no es mucho trabajo.

Por alguna razón inexplicable, Kate estaba ultrasensible y pensó que había una pizca de sarcasmo en la voz de él. Su rabia volvió:

—Yo no te lo habría ofrecido si… —paró de repente, mordiendo los labios y suspirando—, ¿por qué estamos siempre provocando uno al otro?

—Fuiste tú quien comenzó.

—Solo porque tú fuiste sarcástico —se defendió.

Rhyno levantó las cejas con estilo divertido y guasón:

—¿Sarcástico? ¿Quién? ¿Yo?

—Sabes muy bien que sí. No intentes negarlo —Kate acusó, sintiendo la rabia crecer de nuevo con la misma rapidez con que había desaparecido antes.

—Mi querida Kate…

—¡No hables conmigo con ese tono de amo y señor! —interrumpió ella, áspera.

Los dos se encararon en silencio por segundos que parecieron siglos. Después Rhyno se alejó de la puerta y llegó cerca de Kate, con una expresión indefinible.

—Tal vez tú prefieras que yo no diga nada —murmuró él parando justo al frente de ella y volviéndola consciente de la virilidad que emanaba de su cuerpo masculino—. Tal vez haya una manera más agradable de comunicarnos.

—¿Qué quieres decir? —Kate preguntó, sintiendo el corazón dispararse dentro del pecho.

—¿Es necesario que me explique mejor? —sonrió él. Demasiado tarde ella notó el peligro bailando en aquellos ojos.

—¡No, Rhyno! —gagueó, protestando. Pero él la enlazaba con un brazo, empujándola con fuerza contra su cuerpo. Con la otra mano, agarraba el cabello sedoso en la altura de la nuca, para impedir que ella desviase sus labios de los de él.

Kate quedó quieta, sintiendo la fuerza de Rhyno. Pero la presión sensual de aquella boca contra la suya acabó con su resistencia, haciendo que entreabriese los labios en respuesta al reclamo de los de él, antes de que pudiese controlarse. Rhyno la mantenía en los brazos sin hacer el menor esfuerzo, besándola en la oreja, en el cuello y en la clavícula. Kate sentía la boca y las manos de él como fuego a través de la seda de su ropa. Cada nervio y cada arteria suya latían, provocando en ella sensaciones deliciosas.

De repente, Rhyno la soltó. Vio que él inclinaba la cabeza, como si estuviese escuchando algo. Solo entonces ella se dio cuenta del ruido de pasos que se acercaban a la cocina. Sabiendo que no solo sentía, sino también aparentaba confusión emocional, se giró para el fogón, encendió el fuego y fingió estar concentrada en el chocolate que preparaba.

—¿Qué está ocurriendo por aquí? —preguntó tía Edwina—. A la una de la mañana ustedes dos deberían estar durmiendo en vez de andar por la casa, abriendo y cerrando armarios. ¿Por qué están aquí en la cocina? —paró en espera de una explicación, pero como ninguno de los dos abría la boca, continuó refunfuñando—: ¿Cómo es que yo puedo dormir tranquila con este alboroto?

—Discúlpanos, tía Edwina, pero es culpa de la emoción de la fiesta del vino —y en pocas palabras Rhyno explicó respecto a las medallas y los premios recibidos.

—Entonces tenemos razón para celebrar —dijo tía Edwina, sentándose a la mesa—, si estás haciendo chocolate caliente, Kate, yo también quiero una taza.

—Ahora mismo, tía Edwina.

—Cuenta todo como fue, Rhyno —la señora pidió, sentándose cerca de él. Mientras ellos conversaban, Kate preparó el chocolate e intentó desesperadamente esconder su opresión por lo que había pasado entre ella y Rhyno, segundos antes de la tía entrar en la cocina. Cada vez que Rhyno la besaba, era una experiencia nueva que dejaba sus emociones desordenadas. Rhyno, por el contrario, parecía imperturbable.

Kate lo estudiaba, mirando por sobre la taza, mientras él conversaba con tía Edwina. Sus facciones esculturales no aparentaban ninguna debilidad. Su mentón anguloso mostraba una determinación interior que ella había admirado desde el instante en que lo conoció.

La boca era severa, a pesar de la sensualidad del labio inferior, y Kate temblaba al recordar sus besos calientes.

Notando que estaba siendo observado, Rhyno se giró hacia Kate. Sus miradas se cruzaron y ella quedó sonrojada. Desvió los ojos rápidamente, irritada por haber sido agarrada infraganti. Pero Rhyno continuó conversando como si nada hubiese ocurrido.

—Jacques estaría tan orgulloso —comentó la tía, cuando él dejó de hablar. Después, recordó de repente—: ah, Rhyno, Barbara telefoneó y pidió que la llamases a ella mañana temprano.

—Gracias, voy a llamar.

¡Ah! ¡Así era! Pensó Kate, sin saber si lo que sentía era rabia o celos inflamándole las venas. ¡Era solo Barbara llamar y Rhyno iba corriendo! Eso era repugnante, degradante y… ¿sería posible que Rhyno no podría mirar para Kate, por lo menos una vez, como le gustaría a ella?

—Bueno, voy a volver a la cama —dijo tía Edwina, levantándose. Después de haber salido la tía, Kate agarró las tazas, puso un agua en ellas y las dejó en la pila. Se sentía nerviosa e irritada, notando que Rhyno observaba cada movimiento suyo. El

corazón casi paró cuando ella finalmente se giró y vio que él ocupaba el espacio de la puerta con su cuerpo grande y fuerte. La mirada de él mostraba claramente que pretendía recomenzar en el punto en que paró cuando tía Edwina entró en la cocina. Pero Kate no tenía la menor intención de caer en la trampa de nuevo. No mientras él continuase a disposición de las órdenes y contraordenes de Barbara Owen.

—¡No me toques! —dijo áspera, colocándose fuera de su alcance—, no importa lo que tú pienses de mí, pero me niego terminantemente a ser un juguete en tus manos.

—¿Qué te dio ahora? —habló él, asombrado.

—Simplemente no quiero ser más masacrada por ti —Kate no esperó para ver el efecto de sus palabras. Dando la vuelta por el otro lado de la mesa, salió corriendo de la cocina.

# Capítulo 7

En la mañana siguiente, Kate estaba sentada en el escritorio de su padre, en la oficina, leyendo algunos papeles, cuando Rhyno entró.

—Vine avisarte que voy a viajar por algunos días. Quiero saber si tú puedes encargarte de las cosas solas.

—¡Claro que puedo! ¡No soy ninguna burra o incompetente!

—Por favor, Kate. Yo jamás dije que tú eras burra o incompetente. Solo pregunté si puedes encargarte de todo sola por unos días, solo eso.

—No te preocupes que yo me las arreglo muy bien. ¿Cuántos días vas a estar fuera?

—No tengo mucha certeza, pero pienso en unos dos o tres.

—Imagino que tu viaje tiene algo que ver con Barbara —habló ella sin pensarlo, deseando haberse mordido la lengua antes de hacer el comentario.

—Exactamente. Es un asunto privado con el cual tú no tienes nada que ver.

—Lógico. Ni pretendo que tú me des aclaraciones sobre tus asuntos con Barbara.

—Menos mal. Es muy sensato de tu parte. Hasta luego.

—¡Rhyno! —Kate llamó, antes que él atravesara la puerta—, solo espero que tú seas… discreto.

Él dio media vuelta, se acercó al escritorio y colocó sus manos sobre ella, mirando a Kate bien de cerca.

—Sabes, Kate, cualquier día de estos voy acabar cansándome de tus insinuaciones.

—¿Estás amenazándome de nuevo?

—No, no estoy amenazando. Solo avisando que mi paciencia está llegando a su fin.

—Entonces esperemos que esos días con Barbara contribuyan para mejorar tu humor.

—Eso puedes estar segura. Nadie mejor que ella para calmar y

distraer a alguien.

Kate se encogió toda al escuchar la batida de la puerta que Rhyno cerró, con mucha fuerza, al salir. Por más que se esforzaba, no conseguía volver a fijar su atención en los papeles que tenía para leer. La idea de que él pasaría algunos días con Barbara le martilleaba en la cabeza. Poco después, escuchó la partida del coche. Rhyno se había ido; no lo vería por algunos días.

Después del almuerzo, agarró la lista de compras que tía Edwina había preparado, satisfecha por tener que ir hasta la ciudad donde se distraería un poco. Pensó en aprovechar la salida para hacer una visita a la madre de Rhyno. Naomi era una persona muy agradable y cariñosa, y sabía ser comprensiva como nadie.

Apenas había llegado a Stellenbosch y terminado las primeras compras, cuando vio, sorprendida, una figura conocida viniendo en su dirección. Era Gary, que, solícito, agarró algunos paquetes ayudándola a llevarlos hasta el coche. ¡Cómo era de agradable estar de nuevo al lado de una persona amiga!

—Te vi ayer, de lejos, en la fiesta del vino —comentó él, cerrando la maleta—, escucha, ¿tienes tiempo de tomar una merienda conmigo?

—Es que iba a visitar a la madre de Rhyno.

—¿Ella está esperándote? —viendo que Kate balanceaba la cabeza negativamente, él continuó—: entonces olvida la visita y vamos a tomar una merienda.

Gary era el tipo de compañía que Kate estaba necesitando en aquella tarde y ella acabó aceptando la invitación.

—Hace mucho tiempo que espero una oportunidad de tener una conversación seria contigo, Kate —dijo Gary, en la cafetería—, voy hacerte una pregunta que me gustaría que me respondieras con el máximo de sinceridad. ¿Lo prometes?

—Bueno, eso depende de la pregunta.

—No juegues. Es algo serio —insistió él, acercando su rostro al de ella y mirándola largamente—. ¿Algo en el testamento de tu padre te forzó a casarte con Rhyno?

Kate quedó perpleja, sin saber qué decir. La última cosa que esperaba escuchar era esa pregunta hecha por Gary. Viendo su vacilación él insistió.

—Soy tu amigo, Kate, puedes confiar en mí.

—Bueno… es verdad. Había algunas instrucciones en ese respecto.

Era un alivio poder hablar claramente con Gary sin tener que continuar mintiendo. Solo no conseguía entender cómo él había obtenido esa información.

—¿Puedes explicarme eso mejor?

—El testamento decía que si yo quería recibir Solitaire como herencia, debía casarme con Rhyno y estar casada con él por el plazo de un año.

Gary quedó en silencio, dirigiéndole una mirada penetrante. Después agarró la mano de ella y en un tono suave pero decidido, preguntó:

—¿Kate, tu quieres casarte conmigo después de terminar ese plazo?

Si fuese hacía algún tiempo, Kate tendría una respuesta inmediata. Meses antes, ella pensaba en casarse con Gary algún día. Pero ahora la situación era completamente diferente.

—No puedo responder eso así, ahora —dijo, vacilante.

—Entonces prométeme solo una cosa: te acordarás de mi petición, cuando llegue el momento oportuno.

Angustiada, Kate sentía ganas de contar toda la verdad, de decir que eso era imposible, que ella jamás se casaría con él. Pero no tuvo coraje de desilusionarlo y se limitó a murmurar:

—Sí, Gar, me acordaré.

Él apretó su mano con más fuerza, conmovido.

—Te amo, Kate —intentó besarla, acercando sus labios al rostro de ella.

—Por favor, Gary… ¡no!, ya estoy con muchos problemas, no crees uno más.

—Está bien, disculpa. Pero respóndeme solo una cosa más. Tu matrimonio con Rhyno es para valer, esto es… bueno, tú sabes a lo que estoy refiriéndome.

Kate había prometido a Rhyno jamás revelar detalles sobre la verdadera situación de aquel matrimonio a nadie. Pero Gary ya sabía tantas cosas, que ella no veía mal ninguno en contarle la verdad.

—Nuestro matrimonio es solo un contrato, un simple acuerdo de negocios.

—Lo sé, lo sé —Gary concordó medio pensativo, despertando con eso las sospechas de Kate.

—No se lo vas a contar a nadie, ¿verdad? Prométeme que mantendrás todo esto en secreto.

—Claro que sí, Kate. Puedes confiar en mí.

Ella suspiró aliviada, pero, más tarde, cuando volvía para Solitaire, se le ocurrió que tal vez hubiese actuado mal en contar todo tan abiertamente a Gary. Estaba segura de que él jamás la traicionaría repitiendo su confianza a otros mas, aun así, se preocupaba con la posibilidad de que Rhyno descubriera que ella soltara la lengua. No quería ni pensar en lo que haría.

—¿Cuándo es que Rhyno vuelve? —preguntó tía Edwina distraída, aquella noche.

—No sé seguro, ¿por qué?

—Es que me gustaría pasar algunas semanas en la Ciudad del Cabo, con unos amigos. En esta época del año es mucho más caliente allá y el calor me hace bien.

Edwina siempre pasaba algunos días en la Ciudad del Cabo cuando llegaba el invierno pero, esta vez, estaba preocupada en dejar a la sobrina sola, encargándose de la casa y de la hacienda. Creía que iba a ser demasiado pesado para Kate.

—No te preocupes conmigo, tía, ni alteres tus planes. Rhyno estará de vuelta pronto. No voy a estar sola.

Después de varios intentos, Kate consiguió convencer a la tía de que podía viajar tranquila y aquella misma noche telefonearon reservando el pasaje de tren.

Apenas había llegado a casa al día siguiente, después de despedirse de tía Edwina en la estación cuando Kate escuchó sonar el teléfono. Corrió para atender pensando que era Rhyno. Pero no, era Gary.

—¿Cómo estás, Kate? ¿Fue a ti a quien vi ahora hace poco en la estación?

—Sí, Gary —ella respondió y, sin saber por qué, fue explicando que tía Edwina había viajado para la Ciudad del Cabo y que estaba sola en Solitaire hasta que Rhyno volviera.

En el mismo instante se arrepintió de haber dado todas esas explicaciones. Gary no tenía necesidad de saber tan detalladamente lo que pasaba en su vida. Además, era hasta mejor que no supiese

nada. Pero ya era tarde.

—Ah, entonces estás tú sola, vamos a cenar juntos hoy.

—No sé, Gary, yo…

—¿Qué es eso, Kate? No me digas que prefieres cenar sola.

—No, claro que no. Pero es que…

—¿Estas esperando a Rhyno? ¿Él vuelve hoy?

—Mira, para ser franca, yo no sé cuando pretende volver Rhyno.

—Entonces paso para buscarte a las siete, ¿está bien?

Ante tanta insistencia, no había más que argumentar y Kate acabó aceptando la invitación. Al final, si Rhyno estaba en algún lugar divirtiéndose con Barbara, ¿por qué ella no podía salir y distraerse un poco con Gary?

El encuentro con Gary no fue del todo agradable y aceptar la invitación de él se reveló un error que Kate lamentaría profundamente. Durante la cena, con su animación característica, él habló sin parar de su vida, describiendo el proyecto de la futura firma de computadoras y contando cosas de su trabajo actual.

Pero Kate estaba distante, casi sin prestar atención en lo que él decía. La cena ya estaba acabando cuando él dio la primera señal de haber percibido la falta de interés de ella.

—¿Qué fue, cariño? Pareces preocupada.

—Es que estoy un poco cansada —mintió ella—, si no te incomoda, me gustaría que me llevases a casa.

—¡Pero si son solo las diez!

—Lo sé Gary, pero aun así…

—Está bien, si es eso lo que quieres, vamos —aceptó levantándose y ayudando a Kate a vestir la chaqueta.

—No estés bravo conmigo —ella se disculpó más tarde en el coche cuando Gary conducía en silencio, de vuelta a Solitaire.

—No estoy bravo, mi amor.

Había algo extraño en el comportamiento de Gary que ella no conseguía identificar. Las expresiones de cariño que de repente había comenzado a utilizar con tanta familiaridad la estaban irritando. Durante toda la noche él la había tratado de "cariño" y "querida" y así en adelante. Era una intimidad súbita y excesiva.

—Parece que esta todo en orden —dijo Gary al estacionar el coche frente a la casona de Solitaire—, ¿quieres que entre contigo para estar seguro de que todo está bien?

Como siempre, él demostraba ser una persona extremadamente gentil. Kate se sintió culpable por haberlo tratado de manera tan distante aquella noche. Intentando arreglar las cosas, ella ofreció:

—Quiero que entres para tomar un café, no para servirme de guardaespaldas —ella le ofreció una sonrisa cariñosa.

—Magnífico, entonces vamos allá.

La casa estaba quieta y vacía. Las únicas luces encendidas eran las que ella había dejado prendidas antes de salir. Todo parecía en el más perfecto orden. Aliviada, ella abrió la puerta, dirigiéndose con Gary hacia la sala de estar. Se sentaron en el sofá y, después de conversar un poco más, Kate se levantó para ir a preparar el café. Pero la mano firme de Gary la agarró por la muñeca, impidiéndole que completase el trayecto hasta la cocina.

—Kate… espera un poco.

Asombrada, ella lo miró en silencio, sin intentar reaccionar. No le gustó ni un poco la expresión que había en su rostro y de repente notó que Gary podía estar transformándose en una amenaza. Había sido un gran error confiar en él y contarle tantos detalles sobre su vida. Ahora él sabía demasiado y parecía dispuesto a hacer valer esa arma.

—Creo que aún no te dije cuanto estás de bonita… o cuanto te amo —Gary continuó, recorriéndole todas las curvas del cuerpo con una mirada insolente.

—Gary, por favor, no…

Kate no consiguió terminar. Tomándola súbitamente en sus brazos, Gary le silenció los labios con un beso. La sorpresa le impidió reaccionar. Él continuó abrazándola y besándola con ardor mientras Kate, estática, no conseguía esbozar ningún gesto para librarse de él. Sus caricias fueron siendo cada vez más osadas hasta que, en un esfuerzo supremo, ella dio un empujón deshaciéndose de él. Fue entonces que un shock la alcanzó como si fuese un rayo. Parado allí, frente a ellos, en la puerta de la sala, estaba la figura de un hombre.

—¡Rhyno! —el grito escapó de sus labios.

—Lamento tener que interrumpir esta linda escena de amor —dijo él, imperturbable—. Me gustaría avisarte, Gary, que tú estás invadiendo mi propiedad.

Los miraba con tanta superioridad que Kate deseó que la tierra

la tragase en aquel instante. En cuanto a Gary, se esforzaba para no mostrarse perturbado, pero su voz estaba trémula. Procuró defenderse, contraatacando.

—Kate no es propiedad de nadie, ¿entendiste? ¡Ni mía y mucho menos tuya!

—Calla la boca, Gary —Kate advirtió bajito, desesperada.

—Deja, Kate —Rhyno interfirió autoritario—, me gustaría mucho que Gary explicase mejor esa afirmación.

—No tengo nada que explicar. ¿Quién piensas que eres tú para hablar conmigo en ese tono?

—¡Soy el marido de Kate y tú vas a explicarme derechito lo que todo esto significa!

Era demasiado para Gary. Rhyno estaba tan seguro de sí que lo trataba como un ser inferior. Él no iba a tolerar eso. Entonces, perdiendo enteramente el control y, sin importarle en traicionar el secreto de Kate, respondió:

—Marido de Kate solo en el papel, ¿piensas que no lo sé? —su rostro estaba desfigurado y rojo hasta la raíz de los cabellos—, y si tú no cambias tu actitud en relación a mí, ¡voy a encargarme de que todo el mundo sepa la verdad!

Blanca como la cera, deseando estar muy lejos de allí, Kate vio cuando el puño fuerte de Rhyno alcanzó el mentón de Gary. El golpe lo derribó al suelo, la sangre brotando por el borde de la boca. Olvidando su propio miedo ella gritó:

—¡Por el amor de Dios, Rhyno, vas a matarlo!

—Levantarte ya, Gary —Rhyno ordenó, sin prestar atención a ella.

—La cosa no va a quedar así. Me la vas a pagar, Rhyno Van der Bijl, ¡lo juro! —Gary balbuceó levantándose con dificultad y enjugando el rostro con un pañuelo que rápidamente se mojó de sangre.

—De eso tengo mis dudas —contradijo el otro fríamente—. ¿Ya escuchaste hablar de George Princeton?

Gary pareció muy sorprendido. Quedó primero rojo y después muy pálido. Atragantado, gagueó.

—¡Es ridículo! No conozco a nadie con ese nombre.

—¿Ah, no? Y el nombre de Guy Parkes, ¿te dice alguna cosa? —la sonrisa de Rhyno era salvaje y perturbadora.

—¿De qué estás hablando? Claro que no conozco a esa persona.

—Es extraño… —Rhyno hizo una pausa enervante—. Ayer, por casualidad, estuve en el despacho de un amigo mío en la Ciudad del Cabo. Él es de la policía e investiga casos de extorción y robo. Sabes, Gary, en la mesa de él había una ficha muy interesante.

El ambiente quedó tremendamente tenso. Kate miraba para el rostro pálido de Gary, y después para el físico amenazador de Rhyno, sin conseguir entender nada. ¿Qué significaba todo aquel interrogatorio?

—¿Rhyno, que está ocurriendo?

—Explica todo tú mismo, Gary. Será más fácil —Rhyno continuaba sonriendo.

—Yo no sé de que está hablando… parece que quiere comprometerme con algo —gagueó él.

—No necesito comprometerte. Tu ficha, en la delegación, ya es bastante comprometedora.

—¿Qué delegación? ¿Estás loco, Rhyno? —Kate preguntó casi en estado de histeria.

—¡No te metas, Kate! —la voz furiosa de Rhyno sonó más fuerte. Él guardó la pipa en el bolsillo y dirigió su atención nuevamente para el hombre que estaba a su frente—. George Princeton, Guy Parkes o Gary Page… aun no sé cuál es tu nombre verdadero. Lo que sé es que tú conseguiste juntar unas buenas fortunas en pocos años, engañando mujeres jóvenes y ricas con el parloteo de querer comenzar tu propio negocio. Después de sacarles todo el dinero, tú las abandonabas, ¿no es así? —Rhyno agarró a Gary por la chaqueta con tanta fuerza, que casi lo levantó del suelo. Después gritó en su rostro:

—¿Cuánto dinero le sacaste a Kate? ¿Cuánto?

—No saqué nada, lo juro —gagueó Gary, traicionándose.

—¿Entonces es verdad? —Kate murmuró, perpleja—. Gary, ¿todo eso es verdad?

—¡Responde a la pregunta de ella, desgraciado! —Rhyno, sacudía al joven como un perro sacude a un gato, cuando consigue agarrarlo.

—Sí… sí, es verdad —Gary confesó, después de dudar un poco. La sangre goteaba incesantemente en su camisa blanca, ya toda manchada de rojo.

—¿Y tú pretendías hacer lo mismo conmigo? —preguntó Kate, sin creer que una persona en quien ella confiaba tanto fuese capaz de planear una cosa de esas—, ¿era por eso que vivías hablando de tu firma de computadoras?

—Puedes estar segura de que él encontraría una forma de vaciar tu cuenta bancaria, Kate. Solo que nuestro matrimonio lo confundió y tuvo que retrasar sus planes. ¿No es verdad, Gary?

—Sí… —confesó él, aturdido, y sin tener otra salida, Rhyno lo empujó con toda la fuerza, haciéndolo tambalear. Tenía una expresión de asco y profundo desprecio en el rostro y, sin dudar, ordenó:

—Desaparece ya de aquí. Además, si yo fuera tú, trataría de desaparecer también de la ciudad, antes que mi amigo de la policía comience a sospechar cualquier cosa.

Gary se arregló la americana como pudo y se dirigió a la puerta. Pero, antes de salir, aún procuró decir algo.

—Kate, yo…

—¡Sal! ¡Antes que yo te tire a la calle! —gritó Rhyno. Kate estaba perdida, la cabeza girando, una sensación de nauseas la invadió por entero. Escuchó el coche partir y la única cosa que deseó fue estar sola en su cuarto, en silencio. Se retiró sin decir nada y fue directo para allá.

Casi no había entrado cuando la puerta se abrió de par en par detrás de ella, dando paso a Rhyno.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó ella con voz cansada.

—Solo decirte una cosita más. Nosotros hicimos un trato de que Hubert, Edwina y mi madre sabrían la verdad sobre nuestro matrimonio. Pues bien, tú rompiste ese trato contando todo a Gary Page.

—Está bien, fue un error… pensé que Gary era otro tipo de persona. ¿Pero y entonces?

—De ahora en adelante yo tengo el derecho de resolver este asunto como me parezca —Rhyno habló, impasible.

—¿Y qué pretendes hacer? ¿Humillarme de nuevo?

—No exactamente. Pero Gary no tendrá más que hablar sobre nosotros. De esta noche en adelante, querida Kate, tú no podrás decir más que nuestro matrimonio es de mentira…

Kate miró para él, aterrorizada. No era posible que hubiese

escuchado aquello. Seguramente no había entendido bien.

—¡No puedes estar hablando en serio!

—Mucho más en serio de lo que tú piensas —Rhyno sonrió y se acercó a ella.

—¡No me toques o grito!

—Puedes gritar a gusto. No hay nadie en casa para oír —Kate se recostó en la pared, aterrada, intentando descubrir en el rostro de Rhyno alguna indicación de que él solo estaba queriendo intimidarla. Pero las facciones de él eran firmes y decididas, como si estuviesen esculpidas en piedra, y la proximidad de él era cada vez más amenazadora. Una ola de emoción comenzó a invadirla al sentir el cuerpo masculino junto al suyo. Sabía que no tendría la menor defensa contra un ataque de ese tipo.

Rhyno la agarró en los brazos y la apretó contra el pecho fuerte. Por más que ella intentaba escapar, no lo conseguía. Él sonrió, con un aire diabólico, de sus esfuerzos inútiles y la agarró con más fuerza aun, haciendo su rostro quedar frente al de él. Con la presión de los labios, ahogó el grito de protesta que amenazaba salir de la boca de Kate.

Hábilmente desabotonó el vestido, que cayó como un pequeño bulto de seda a sus pies. Entonces pasó a besarle no solo la boca sino también los hombros desnudos, de donde había apartado las tiras del sostén. Aun notando que se rendía, Kate intentó un último y desesperado esfuerzo de resistir.

—Lucha cuanto quieras, gatita salvaje —dijo él, ronco, en su oído—, pero hoy tú vas a ser domada, cueste lo que cueste.

—No puedes hacer eso conmigo —Kate gimió, mientras él la levantaba en los brazos, colocándola sobre la cama.

Con increíble agilidad, Rhyno acabó de sacarle las últimas piezas de ropa. Después se lanzó sobre ella, impidiendo su intento de huir. Presa allí, bajo aquel cuerpo rígido, Kate lloraba y suplicaba pero Rhyno parecía incapaz de oírla, movido únicamente por el deseo y por la sed de venganza.

Cuando él se sacó la ropa, Kate atacó con vehemencia arañándole la espalda y pegando contra los músculos fuertes. Pero de nada sirvió. Poco a poco notó que todos sus sentidos se rendían, que sin conseguir dominarse, se entregaba por entero al deleite que aquella sensación enloquecedora le causaba. Y fue así hasta que el

último grito de dolor y placer escapó de sus labios entumecidos.

Después, acostada allí en lo oscuro, al lado de Rhyno que se había dormido, Kate se sintió vacía por dentro. Lo que había ocurrido entre ellos no podía ser llamado un acto de amor. Para hacer el amor era preciso una comunicación de mente, cuerpo y alma entre dos personas. Y en su caso, la mente fuera conquistada, su cuerpo invadido, pero su alma continuaba intocable.

Derrotada y humillada, consiguió finalmente agarrar el sueño. Pero este fue interrumpido durante la noche, con la caricia suave y mansa de la mano de Rhyno acariciándole el vientre. Se mantuvo inmóvil en la oscuridad, con miedo de mostrar que sabía lo que iba a ocurrir. Pero dejó escapar un gemido de placer cuando Rhyno le besó los senos y, sin notarlo, se abrazó a él tiernamente.

Esta vez las cosas pasaron de otra manera. Al hacer el amor, Rhyno consiguió transportarla para un reino desconocido donde no existía nada además de la sensualidad. Kate juraba que oía la música de las galaxias a medida que las sensaciones se volvían más intensas hasta que, finalmente, fue transportada, como en una ola de espuma, a un mundo encantado donde conoció el placer de realizarse enteramente.

Durante un largo tiempo, aquellos dos cuerpos permanecieron allí, entrelazados. Ahora ella sabía lo que era ser mujer, en el verdadero significado de la palabra. En el silencio de la oscuridad, Rhyno buscó sus labios y ella, sin vacilar, retribuyó sus besos con un ardor hasta entonces desconocido.

# Capítulo 8

Cuando despertó, de mañana, Kate vio que Rhyno ya no estaba más a su lado. Concluyó que probablemente fuera a los viñedos, donde el trabajo comenzaba muy temprano.

Después de lo que había ocurrido entre ellos dos, iba a ser embarazoso encontrarse con él. El cuerpo de ella estaba lleno de arañazos, resultado de la lucha que trabó con Rhyno. Pero esas magulladuras tenían poca importancia, comparadas con las marcas que todos aquellos acontecimientos dejaran en su alma.

Tomó un baño frío para reanimarse y después un rápido café. Enseguida se trancó en la oficina para cuidar del papeleo, que se acumulaba sobre el escritorio. Era bueno pasar algunas horas sola, colocar sus pensamientos en orden y prepararse para el encuentro con Rhyno que, más temprano o más tarde, tendría que acontecer. Y el ocurrió a la hora del almuerzo, cuando fue hasta la antecocina para hacer su comida. Rhyno ya estaba allá, a su espera, vistiendo un pantalón de lona y un jersey de lana gruesa, que acentuaba sus hombros anchos. La presencia de él la intimidaba, trayéndole recuerdos de la noche anterior. Él había conseguido despertar toda su femineidad, haciéndola descubrir deseos que ella ni sabía que existían dentro de sí. No estaba segura si debía sentir gratitud u odio por él haber hecho eso, pero en aquel exacto momento estaba más propensa a experimentar esta última emoción. Se sentó a comer en silencio, sin siquiera mirarlo.

—¿Nunca más vas hablar conmigo? —dijo Rhyno, con ironía, una sonrisa estampada en la cara.

—Lo que más desearía en el mundo era no tener que mirar más para ti.

—Ah, di la verdad… a que no fui tan malo así. Principalmente la segunda vez.

Esa referencia a la intimidad de los dos hizo a Kate quedar roja, bajando los ojos, murmuró:

—No quiero hablar sobre eso.

—Pues yo tuve la impresión de que te gustó tanto como a mí.

—¡Calla la boca!

—¿Lo niegas?

—No, no lo niego —respondió ella, decidida a enfrentarlo—, noté que eres un especialista en el tema y, además, has entrenado bastante últimamente, ¿no es así?

—Si eso es una insinuación, te pido que no metas a Barbara en esta historia —Rhyno habló, perdiendo por completo la sonrisa que tenía en la cara hasta entonces.

—De ninguna manera. Solo me gustaría saber lo que ella pensará cuando sepa que tú vas para la cama conmigo también.

—Barbara piensa que estamos casados, Kate. Al contrario de lo que tú hiciste con Gary, yo nunca hablé a ella sobre la realidad de nuestro matrimonio, ¿entendiste?

—¡No me digas! ¿Quieres decir entonces que ella se contenta en ser tu amante? —ironizó Kate—, ¿aun sabiendo que tu duermes con tu esposa?

—¡Ya te dije que no metas a Barbara en esta historia! Mi relación con ella es algo que tu mente maliciosa sería incapaz de entender —el rostro de Rhyno estaba serio y encarado.

—La única persona que tiene mente maliciosa por aquí eres tú, Rhyno. Y por hablar de maldad, ¿cómo fue que descubriste todo eso sobre Gary?

—Fue Barbara quien sospechó. Creyó que él era el mismo sujeto que se había aprovechado de una amiga de ella, hace algún tiempo. Ahí decidí investigar más la vida de él.

—¿Fue por eso que tu viajaste a Ciudad del Cabo?

—En parte sí.

—Y también por causa de Barbara, ¿cierto?

—Cierto. Es un asunto que no te incumbe. Y ahora, ¿qué tal si acabamos esta conversación tonta y vamos a trabajar? Te llevo hasta la bodega, venga —dijo él, levantándose, listo para salir.

—Puedes dejarlo que yo voy a pie igual.

Kate necesitaba caminar un poco para aliviar la tensión que la sofocaba y para colocar sus pensamientos en orden. Sintió el agradable calor del sol en la cara y el viento soplando en sus cabellos. Los viñedos estaban tristes en invierno. Habían perdido sus hojas y los troncos resecados estaban expuestos. Manos

habilidosas los podarían para que, en la próxima estación, volviesen a presentar su acostumbrada vitalidad. El ciclo era interminable.

Mientras el vino nuevo continuaba madurando en los barriles y en los tanques de fermentación, era necesario preparar los viñedos y el suelo para la próxima cosecha. Y después que el vino estuviese listo, había aún todo el trabajo de comercialización, a través del depósito en Stellenbosch.

Kate estaba exhausta cuando llegó a casa, al final de aquel día. Se acostó temprano y pronto se durmió. Ya dormía profundamente cuando fue despertada por un ruido en la puerta del cuarto. Notó entonces que Rhyno se acercaba a su cama.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó asombrada y soñolienta, al ver que el sacaba la bata.

—Voy acostarme, vamos.

Exhibía toda su virilidad sin ninguna timidez, dejando a Kate aturdida al sentir su peso sobre la cama.

—¡Por el amor de Dios, Rhyno! Ya pagué por mi error. ¿Necesitas prolongar más esto?

—Tú tienes aún muchas otras ofensas que pagar, ¿entendiste? Y eso solo va a terminar cuando hagamos el divorcio.

Cuando sintió el calor de los muslos de Rhyno por debajo de las sábanas, el cuerpo de Kate se endureció, con el enorme esfuerzo que hacía para controlar sus impulsos. Aun así consiguió decir, furiosa:

—¡Eres un animal! ¡Te odio!

—Pide disculpas, Kate —ordenó Rhyno, continuando con sus caricias, cada vez más ardientes.

—¡Nunca! Jamás te pediré disculpas a ti.

—Es lo que veremos…

Rhyno sonrió y, como si quisiese probar su superioridad, apartó la tira del camisón, descubriendo los senos de Kate y comenzando a acariciarlos. Sus dedos cariñosos y tentadores provocaron en ella una nueva ola de emoción y un gemido escapó de sus labios. Entonces él la besó prolongadamente, destruyendo todo y cualquier señal de resistencia.

Rápido, le sacó el camisón, la única barrera que aún quedaba entre los dos, y sus manos calientes recorrieron toda la extensión de su piel suave. Kate temblaba de deseo, sintiendo el corazón de Rhyno latiendo contra su pecho, casi que al mismo compás. Era una

furia avasalladora que se apoderaba de todo su ser, enloqueciéndola de deseo.

—Por favor… por favor… no soporto más —gimió ella, mientras la boca de Rhyno continuaba explorando ansiosamente todo el contorno del pico de sus senos.

—¿Estas pidiendo hacer el amor? —preguntó Rhyno, interrumpiendo por un instante aquella voluptuosidad.

—Sí… Rhyno… Quiero que tú me poseas.

Por un pequeño momento el continuó abrazándola. Después con resolución, se desprendió de las manos de ella que estaban alrededor de su cuello y se apartó. Se levantó, vistió la bata y dijo:

—Esta vez no.

Blanca de espanto, Kate se sentó en la cama, sin importarle la desnudez de sus senos bien formados, donde se veía claramente la marca que el bikini había dejado.

—¿Dónde vas? Dónde…

—Voy a dormir en el cuarto de vestir —respondió él, decidido.

—No puedes dejarme así… aquí.

—Claro que puedo. Y la próxima vez piensa dos veces antes de estar insultando a alguien de quien dependes tanto.

Kate sintió un gemido subirle a la garganta, pero consiguió ahogarlo, dejando que el odio viniese en su auxilio. Apretando las sábanas con fuerza para resistir la tentación de agredir a Rhyno, ella replicó:

—Eres un demonio, un…

—Cuidado Kate —avisó él con cinismo, cerrando la puerta de vestir detrás de sí.

Ella estaba descontrolada, el cuerpo temblando de excitación, exigiendo ser satisfecho. Pero sabía que el placer no vendría y entonces conoció el peor infierno que jamás soñara existir. ¿Por qué? Se preguntaba, desolada. ¿Por qué él había hecho eso con ella? ¿Qué placer podía sentir en castigarla de aquella manera? Rhyno no era un hombre, era una roca. En el lugar del corazón tenía un bloque de piedra.

Kate tardó mucho en dormir aquella noche y, cuando despertó, percibió que había una nota en el tocador, bajo una botella de perfume. Saltó de la cama y desdobló el pedazo de papel, donde se veía la letra firme de Rhyno.

*Tuve que ir a la Ciudad del Cabo, por negocios, y debo volver muy tarde esta noche. Espero que hayas dormido bien. Rhyno.*

Si la primera parte de la nota era hasta delicada, la segunda solo podía ser tomada como una provocación. Maldito, pensó Kate amasando la nota y tirándola a la cesta de la basura. ¿Cómo es que ella podía haber dormido bien después de la tortura a la que la sometió? Lágrimas de odio aparecieron en sus ojos y ella entró debajo de la ducha para ver si un buen baño era capaz de calmarla.

Después del café, intentó olvidar la nota, se envolvió en el trabajo de escritorio. Pero era imposible, no conseguía pensar en otra cosa. Había muchas sutilezas implícitas en el mensaje de Rhyno que la intrigaban. ¿Qué tipo de negocio lo hacía ir a la Ciudad del Cabo? ¿Y dónde estaría Barbara en aquel momento? ¿Habría ido con él?

Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, notó que automáticamente había agarrado el teléfono y marcado para la boutique de Barbara. Una voz femenina diferente de la de Barbarea atendió y las sospechas de Kate aumentaron.

—¿Puedo hablar con Barbara? —preguntó, nerviosa.

—Ella no vino hoy. Fue temprano para la Ciudad del Cabo y debe volver mañana. ¿La señora quiere dejar algún recado?

—No, muchas gracias, no será necesario.

—Pero…

—Llamaré otro día.

El resto de la mañana fue una pesadilla para Kate. Después del almuerzo, dio instrucciones a Lenny, el empleado en quien más confiaba para que él se encargase de todo, y en su coche veloz se dirigió a Stellenbosch. Su único deseo era encontrarse con Naomi Van der Bijl y descubrir lo que realmente existía entre Rhyno y Barbara.

Aunque fuese invierno, el día estaba excepcionalmente caliente y cuando Kate llegó a casa de Naomi la encontró en el jardín, con un sombrero de alas largas, tratando las plantas.

—¡Kate! Que sorpresa —Naomi dijo sonriente, cuando escuchó el ruido del portón. Casó los gruesos guantes que usaba para remover la tierra y vino a su encuentro—, ¡es tan bueno verte!

Dio el brazo a Kate y la llevó para dentro de casa.

—Espero que la señora no se incomode de que yo haya venido sin avisar —se disculpó Kate, cuando ya se encontraban sentadas en la pequeña pero muy bien decorada sala de visitas.

—Qué tonterías, niña —Naomi rio alegre, tirando el sombrero en una silla—, tu no necesitas invitación para venir aquí.

—Es aquí donde la señora vive desde que…

—¿Desde que vendí La Reine? Sí, esta es mi casa hace unos veinte años.

—Es un lugar muy agradable.

Los ojos oscuros, iguales a los de Rhyno, sonrieron con simpatía.

—¿Aceptas una taza de té?

—Ah, eso sería magnífico.

—Entonces ponte a gusto, querida. No tardo.

Cuando se vio sola en la sala, Kate comenzó a mirar con atención todos los detalles hasta deparar con una fotografía colocada sobre un mueble bajo, en un marco de plata. Se levantó y atravesó la sala para verla mejor. Las facciones bien hechas eran menos severas, la boca sonriente y los ojos oscuros, muy vivos, pareciendo que miraban dentro de los suyos. Sin duda era Rhyno, pero un Rhyno más joven cuyos trazos aún no tenían las líneas amargas de ahora. Kate sintió que la emoción le apretaba la garganta y deseó haber podido conocerlo entonces, antes de que la vida lo transformase en el hombre frío y distante de ahora. Ella se giró al oír, detrás de sí, los pasos ligeros de Naomi.

—Esa fotografía fue sacada cuando Rhyno estaba en el segundo año de la facultad.

Se sentaron una frente a la otra para tomar el té.

—¿Él fue siempre así, tan serio?

—Siempre fue un muchacho muy esforzado y de gran decisión —dijo Naomi sin conseguir esconder su orgullo—, además aún lo es. Y también sabe ser muy leal con las personas que quiere y que son sus amigas.

—¿Y el siempre alimentó la ilusión de recuperar un día la Reine? —Kate dejaba escapar un toque de cinismo al hacer la pregunta.

—No, al contrario. Rhyno siempre juró que nunca más pondría los pies allá. Además siempre decía que lo que se perdió, perdido

está y que es imposible intentar revivir el pasado.

—Por lo visto, entonces, acabó cambiando de idea —Kate continuaba irónica, a pesar de intentar controlarse.

Naomi pareció no hacer caso a esa actitud. Miraba fijamente la figura erguida de Kate, sentada a su frente, notando que sus ojos estaban rodeados de profundas ojeras y que su mano temblaba al agarrar la taza de té.

—¿Qué pasa, Kate? ¿Qué te está preocupando? —le dijo con bondad, en tono maternal.

—Barbara Owen —se limitó a responder Kate.

—Vaya, ella y Rhyno se conocen hace muchos años. Fueron colegas de facultad.

—Yo no sabía que Barbara había estudiado en la facultad.

—Sí. Pero solo hasta el segundo año. Después se fue.

—¿Por qué?

—Lo siento mucho, pero no puedo decirlo.

—¿La señora no puede o no quiere?

—Yo no puedo, Kate. Es que… bueno, Rhyno y Barbara me hicieron su confidente hace algunos años y yo no puedo contar absolutamente nada de lo que tu deseas saber.

—Entiendo… —Kate murmuró, planeando inmediatamente un plan para obtener la información que deseaba.

Terminó el té, colocó la taza sobre la bandeja y se despidió de Naomi.

—Muchas gracias, por el té. Ahora necesito irme, tengo muchas cosas que hacer antes de volver a casa.

—Kate… —Naomi tocó levemente en el brazo de ella y su mirada era sincera—, yo, lo siento mucho…

—Yo también —respondió ella, muy seria.

Justo después de la visita, cuando conducía su coche por las calles de la ciudad, Kate tenía estampado en el rostro la más firme determinación. Fuera a buscar a Naomi Van der Bijl con la esperanza de encontrar una solución para sus problemas. Pero ya que ella, así como Rhyno, se negaba a darle la información que necesitaba, estaba decidida a buscar en otro lugar la respuesta por la cual tanto ansiaba.

—Vaya, vean solo quien está aquí —exclamó Hubert Walton, media hora después, al verla entrar en su oficina—, hace meses que

no nos vemos, querida Kate.

—Pues sí, tío Hubert. No me digas que estás esperando una invitación formal para ir a Solitaire.

—Confieso que la culpa es mía. Si tú supieras lo atareado que he andado últimamente… pero, dime, ¿qué necesitas?

—¿Conoces alguien en la ciudad del Cabo, que pueda conseguir algunas informaciones a tu petición? —Kate fue directo al asunto.

—¿Qué tipo de información?

Por un instante el silencio planeó, interrumpido solo por el ruido del tráfico de la calle, allá abajo.

—Barbara Owen frecuentó la universidad en la misma época que Rhyno. Debe haber alguien, alguno de sus conocidos, que pudiese darnos información más detalla respecto a ella.

—Kate, repito, ¿qué tipo de información?

—Parece que ella abandonó los estudios, después del segundo año, y yo quiero saber, ¿por qué?

—¿Y por qué no le preguntas a Rhyno? Él debe saberlo.

—Él se niega a hablar respecto a Barbara conmigo.

—¿Y por qué eso es tan importante para ti?

—Aun no estoy segura. Solo voy a estarlo después de conseguir la información.

Hubert continuó estudiando a Kate, con una expresión de seriedad en el rostro marcado de arrugas. Y ella sospechó que, como los otros, él también le negaría ayuda. Pero fue exactamente lo contrario lo que ocurrió.

—Voy hacer lo posible por ti, Kate. Pero no puedo prometer nada.

—Magnífico… solo una cosa más. Yo no quiero que Rhyno sepa de esto.

—Muy bien, si es así que tú lo deseas.

—Gracias, tío Hubert —ella sonrió aliviada y, en un impulso, dio un beso en el rostro del abogado, saliendo de la oficina.

Aquella noche Kate cenó sola y fue temprano para la cama. La alegría que había sentido al recibir el apoyo de Hubert poco a poco fue cediendo lugar a un sentimiento de aprehensión. ¿Qué descubriría? ¿Qué existiría tan confidencial entre Barbara y Rhyno, al punto de Naomi haber jurado guardar secreto? Sus oídos estaban atentos, esperando cualquier ruido que le indicase que Rhyno había

llegado. Finalmente, después de varias horas, notó el sonido del coche acercando y justo después los pasos de Rhyno caminando por la casa. Su corazón latió más deprisa cuando vio la rendija de luz que pasaba por debajo de la puerta, indicando que él estaba en su cuarto.

Ella se giró de espaldas para la puerta, intentando dar la impresión de que dormía, en caso que él entrase allí. Su cuerpo estaba tenso y cada uno de sus músculos temblaba de expectativa. El recuerdo de la noche anterior continuaba bien claro, pero aun así, ansiaba por la venida de él. Actuaba así contra su voluntad y se despreciaba por eso. Pero cuando la puerta que unía los dos cuartos se abrió muy despacio, sus sentidos se agudizaron, denunciando la cercanía de Rhyno. Kate intentó desesperadamente controlar la respiración para que él no notase que estaba despierta, pero su corazón latía tan fuerte que Rhyno podría escucharlo. Sintió la cama ceder cuando él se acostó a su lado y, en el mismo instante, notó la mano de él acariciándole las caderas, bajo el camisón.

—Kate…

Ella no respondió, pero su cuerpo trémulo indicaba a Rhyno que estaba despierta y consciente de su presencia a su lado. Entonces él la abrazó con ternura e hizo que ella se girase.

—Rhyno, déjame en paz —gimió, sabiendo que era inútil intentar evitar los labios de él que besaban sus hombros.

—Di la verdad, tú no quieres que yo te deje sola aquí, ¿verdad?

—Lo quiero sí —Kate mintió, intentando empujarlo lejos de ella.

—¿Por qué?

—¿Es necesario que te lo explique? —preguntó, brava—, ¿no te basta haber pasado el día con Barbara?

—¿Y de ahí?

—Vamos, Rhyno. ¿Es que eso no fue suficiente? ¿Aún no te basta?

—Por lo que estoy entendiendo, estás queriendo insinuar que yo soy un maníaco sexual, ¿es eso?

Rhyno se divertía a su costa y, además de eso, ella aún no había conseguido olvidar, por un único minuto lo que había ocurrido en la noche anterior. No podía soportar más aquello. No podía continuar más dejándose humillar de aquella forma.

—¡No me interesa ni una pizca tus problemas sexuales, Rhyno!

¡Y no estoy dispuesta a dejarme usar para tu placer como si yo no pasase de un objeto! ¡Por eso déjame sola!

—¡Kate, la bruja! —él se burló, apretando los brazos alrededor de su cuerpo espigado—, va a ser un placer domarte. Y cuando lo consiga, verás que quien da las cartas aquí soy yo.

—¡Nunca! ¡Nunca vas a dominarme, Rhyno!

Kate luchó como una gata salvaje, temiendo que se repitiese lo que había ocurrido el día anterior. Pero nuevamente acabó vencida y sintió un gran desprecio por haberse entregado a la lujuria. Había cedido a las caricias de él hasta que en su mente no hubo lugar para nada más a no ser para aquel mundo extraordinario de sensaciones.

Aquella noche Rhyno no la dejó. Sus deseos se juntaron y se fundieron en uno solo, a través de la pasión ardiente que los envolvió. Kate notó entonces, con mayor claridad, que lo amaba y que necesitaba de él como del aire que respiraba. Pero jamás confesaría su amor. Prefería morir que entregar esa arma en las manos de él. Si la tuviese, él la usaría fatalmente, como todas las demás, para intentar destruirla.

# Capítulo 9

Tres semanas después de su vida a la oficina de Hubert Walton, Kate recibió un mensaje de él diciendo que le gustaría verla, así que pudiese. Fijó una cita para ese mismo día. Al llegar al despacho, estaba aprehensiva y su tensión fue mayor al notar que él no se decidía a ir directo al grano. Finalmente el abogado no pudo prolongar más la situación y, revolviendo algunos papeles encima de la mesa, avisó a Kate que las informaciones que tenía probablemente no iban a agradarla.

—Tú tenías razón cuando dijiste que Rhyno y Barbara fueran colegas de facultad. De acuerdos con las informaciones que recibí, era hecho sabido que los dos eran novios.

—¿Es solo eso? —Kate preguntó, después de unos segundos de silencio.

—Rhyno estaba en el último año de la facultad y Barbara en el segundo cuando ella quedó embarazada y tuvo que dejar los estudios.

El shock casi la sofocó e inconscientemente Kate apretó los brazos de la silla:

—¿Rhyno es el padre de la criatura?

—Es lo que se cree por allá.

—¿Por qué él no se casó con ella?

—Desafortunadamente no puedo responder esa pregunta.

—¿Y qué fin tuvo la criatura?

—Vive con los padres de Barbara en la Ciudad del Cabo.

—¿Tienes la dirección?

—La tengo sí, es en Rondebosch, si no me equivoco —el abogado revolvió unos papeles y encontró la dirección, rasgando una hoja que entregó a Kate.

—Tú no estás pensando ir allá, ¿verdad?

—No, pero… —vaciló, sin saber aún para qué quería la dirección, que dobló con las manos trémulas y guardó en el bolso. Tal vez un día necesite de esta dirección, quien sabe.

Hubert Walton se sentía poco a gusto y verdaderamente malhumorado. Él conocía a Kate desde el día de su nacimiento y estaba triste de pasarle aquella información. Ella parecía muy pálida, pero compuesta, y él no podía dejar de admirarla:

—Kate, yo…

—¿Hay alguna cosa más? —Kate lo interrumpió, notando el embarazo de él.

—No —respondió, sacudiendo la cabeza.

—Muchas gracias por tu ayuda —y levantándose medio titubeante, ella le extendió la mano.

Kate ya estaba a algunos kilómetros de la ciudad cuando paró el coche en el arcén y permitió que las lágrimas corriesen libremente. ¿Sería verdad?

La duda que más le martilleaba la cabeza era por qué razón Rhyno no se casó con Barbara, si realmente era el padre de la criatura. Sus ideas estaban demasiado confusas para poder razonar con claridad.

Suspiró y encendió el motor, tomando el camino a casa. Tal vez en la mañana siguiente, cuando el dolor hubiese amainado un poco, pudiese ver las cosas bajo otro ángulo, pero ahora era imposible.

Durante la cena, ella se encontró varias veces estudiando a Rhyno, cuando creía que él no estaba mirando para ella. Y de repente su instinto le dijo que él jamás podría ser el padre de la criatura de Barbara. No conseguía explicarse a sí misma por qué sentía eso tan fuertemente, pero estaba segura. Después de llegar a esa conclusión, el dolor ya no era tan intenso. Pero ella tuvo consciencia de que conocía muy poco al hombre con quien se había casado en circunstancias tan extrañas. Tomó la resolución de corregir esa falta, lo más deprisa posible.

Más tarde, aquella noche, cuando Rhyno se acostaba a su lado, él la sorprendió observando:

—Pasaste todo el tiempo, durante la cena, mirándome como si nunca me hubieses visto antes.

—Tal vez yo te esté viendo por primera vez como realmente eres —Rhyno la encaró severo y cuando ella intentó girar el rostro, él agarró con firmeza su mentón, forzándola a mirar para él:

—¿Qué quieres decir exactamente con eso?

—La verdad yo no te conozco bien, ¿no es así? Nosotros nos

casamos a fin de recibir una herencia. Hace ya algunas semanas que tú compartes mi cama y yo continúo conociéndote muy poco.

—Tú sabes todo lo que es importante, el resto no es de tu cuenta —respondió él, áspero.

—¿Barbara tiene algún derecho sobre ti? —se arriesgó a preguntar.

—Ninguna mujer tendrá jamás algún derecho sobre mí. Ni siquiera tu, Kate.

Rhyno silenció a Kate con sus besos y entonces ella se vio incapaz de cualquier reacción. Hacía algún tiempo había notado que era tontería luchar contra el placer que él podía darle y de nuevo, en aquel momento, se entregó sin reservas a aquel cuerpo exigente y embriagante.

Algunos días después, Kate fue hasta La Reine. No sabía bien lo que esperaba encontrar allá. Estacionó el coche cerca de una cerca de plantas y, medio vacilante, caminó en dirección a la casa. Solo entonces le pasó por la cabeza que no tenía una llave para abrir la puerta y, con toda seguridad, Rhyno la mantenía cerrada.

Pero cual no fue su sorpresa cuando forzó el pomo pesado de latón y vio que la puerta se abrió. Admirada y con un poco de miedo entró en el vestíbulo, donde los vidrios coloridos de los vitrales reflejaban diseños en el suelo amarillento de madera. Kate vagó por las habitaciones buscando inconscientemente alguna cosa que perteneciera a Rhyno, algo que le diese una idea del tipo de hombre que él era. Había algunos libros viejos alineados en un estante, atrás del escritorio, y uno de ellos le llamó la atención. Era de poesía y Kate lo agarró con cuidado, soplando el polvo que se acumulaba en el. Comenzó a hojearlo despacio, reconociendo algunas de sus poesías predilectas, y por algún tiempo quedó allí, ajena al tiempo y al espacio, hasta que una fotografía resbaló de dentro del libro. Era un retrato de Barbara, mucho más joven, entre Rhyno y otro muchacho rubio y guapetón. Con las manos temblando, Kate guardó de nuevo la fotografía entre las páginas del libro y entonces notó dos líneas de un poema subrayadas fuertemente:

*Duro es su corazón, como una piedra. Y ella ríe cuando me ve desesperado.*

¿Se referían esas palabras a Barbara? Con toda seguridad no. Barbara no era ese tipo de persona. Pero entonces, ¿quién sería? Lo versos reflejaban el amor de un hombre apasionado y Kate sintió el pinchazo feroz y doloroso de los celos.

—¿Estás buscando algo? —Kate cerró el libro con una rapidez increíble y tuvo la sensación de que el corazón iba a salírsele por la boca cuando se giró y dio de cara con Rhyno—, ¿qué esperabas encontrar aquí, Kate?

—Nada, yo… —tragó en seco y desvió la mirada—, solo estuve aquí una vez y estaba… estaba curiosa.

—¿Ya satisfaciste tu curiosidad? —Rhyno sacó el libro de sus manos y lo colocó con rabia, en el estante.

—¿Por qué estas tratándome como si yo fuese una invasora?

—Porque estás invadiendo, Kate —confirmó él, grosero, y se giró a tiempo de testimoniar el rubor de humillación que cubría el rostro de Kate.

—¿Y tú no crees que estás haciendo lo mismo en Solitaire? —ella atacó a su vez.

—Yo simplemente estoy siguiendo, al pie de la letra, las determinaciones del testamento de tu padre.

Esta vez la voz de Kate sonaba con una punta de rabia:

—Yo no me acuerdo de haber leído nada en el testamento de mi padre que te diese derechos sobre mi cuerpo.

—Tú provocaste eso cuando irrespetaste nuestro acuerdo —los ojos de Rhyno se burlaban de ella sin piedad—, y además de eso, tienes que admitir que es una manera deliciosa de pasar el tiempo.

—¡Cretino! —Kate escupió las palabras furiosa, pero para arrepentirse enseguida cuando vio que él se acercaba amenazador.

—¿Quieres que yo pruebe aquí y ahora cuánto te han gustado estas últimas semanas?

—¡No oses tocarme ahora! —dijo ronca, huyendo de él y corriendo para fuera de la casa.

En los días que siguieron, Kate no pudo sacar de su pensamiento

aquellos versos: “Duro es su corazón como una piedra. Y ella ríe cuando me ve desesperado”. ¿Qué sería lo que quería decir? ¿Y por qué la página del libro estaba marcada con una fotografía de Barbara? Había tantas dudas y tantos enigmas y ni de lejos ella conseguía llegar a una conclusión.

Una mañana, cuando iba para la antecocina a tomar café, escuchó el teléfono sonar. Era Barbara:

—Disculpa, Kate, por estar llamando a una hora tan impropia, pero necesito hablar con Rhyno urgentemente.

—Voy a llamarlo —dijo Kate, áspera. Puso el auricular en la mesita y fue hasta el cuarto de ellos. Rhyno salía del baño ya vestido y ella le dirigió una mirada chispeante—: Barbara está al teléfono y dice que necesita hablar contigo urgentemente.

Ella lo siguió hasta el vestíbulo, pero fue para la antecocina a esperar por él. Podía oír su voz pero no distinguía las palabras.

Cuando Rhyno volvió se sentó a la mesa y comenzó tranquilamente a tomar su café. Notando la curiosidad de ella, informó simplemente:

—Así que acabe el café voy a la Ciudad del Cabo.

—¿Fue desde allá que Barbara telefoneó?

—Sí.

Sin notarlo, Kate torcía el paño, nerviosa:

—Imagino que no puedes contarme la razón que te hace salir corriendo a la menor señal de ella.

—Ya te dije que tú no lo entenderías.

—¿Por qué no lo pruebas?

—No tengo tiempo ni ganas, Kate —él habló con impaciencia. Acabó rápidamente de tomar su café, y salió enseguida.

Durante el invierno, Kate generalmente pasaba las mañanas en la oficina, manteniendo al día los papeles de la hacienda. Pero aquella mañana vio que era imposible concentrarse en el trabajo. Su pensamiento estaba en otro lugar… en Rondebosch… y después de una hora de indecisión resolvió, en un impulso, lo que iba hacer. Correr hasta su cuarto en busca de la dirección que Hubert le dio. Ya era más que tiempo para que esa situación se aclarara de una vez y no había otra manera de hacer que eso ocurriese. No importaba cuánto sería lastimada con el descubrimiento de la verdad, pero tenía que saber, costase lo que costase, lo que se

escondía detrás de aquellos encuentros misteriosos.

Media hora después de haber tomado esa decisión, Kate guiaba su coche camino a la Ciudad del Cabo. No tenía la menor idea de lo que iba hacer. Solo sabía de una cosa: necesitaba descubrir la verdad.

Ya era mediodía cuando llegó y tuvo un poco de trabajo para localizar la residencia de la familia Owen, en Rondebosch. Cuando finalmente estacionó el coche al frente de una casa espaciosa, sus nervios estaban tensos. Los coches de Rhyno y Barbara estaban estacionados uno cerca del otro. En el césped, bajo las sombras de árboles frondosos, una niñita de unos seis o siete años jugaba con muñecas. Ella levantó los ojos curiosos cuando escuchó a Kate abrir y después cerrar cuidadosamente la puerta.

—¡Hola! —dijo Kate, sonriendo—, ¿cómo te llamas?

—Stephanie —respondió la niña sin timidez, acercándose para poder observar a Kate más de cerca.

—¿Mamá está en casa?

La niñita apuntó un dedo gordito.

—Ella está allá.

Kate agradeció y caminó en dirección a la puerta. Sus movimientos eran bruscos y su corazón latía tan agitado que casi la sofocaba. ¿Y si ella estuviese cometiendo un gran error? ¿Y si su venida empeoraba las cosas?

La puerta estaba abierta y llegaba hasta ella el ruido de voces conversando allá dentro. Extendió la mano para tocar el timbre, pero cambió de idea. Tal vez si causase una sorpresa obtendría mejor resultado. Entró, atravesó el vestíbulo en dirección a lo que parecía ser la sala de estar, los pasos ahogados por el grueso tapete.

Paró en el umbral de la puerta y la escena que presenció la dejó más nerviosa aún. Rhyno estaba en el centro de la sala de espaldas para la puerta. Barbara estaba en sus brazos, con la cabeza reclinada en su hombro. Ella murmuraba algo con lo cual él parecía concordar. Entonces, Barbara levantó la cabeza y Kate tuvo la satisfacción de verla quedar muy pálida, cuando sus miradas se cruzaron sobre el hombro de Rhyno.

—¡Kate! —exclamó, y su tono de voz estaba un poquito más alto de lo normal. Rhyno la soltó rápido y se giró para la puerta. Se hizo un silencio constreñido que dio la impresión de durar un siglo.

Finalmente Barbara dijo, titubeante:

—Nosotros no te esperábamos.

—Lo sé —Kate habló, con una calma extraña aunque por dentro sintiese un dolor inmenso.

Barbara miró rápidamente para Rhyno antes de mirar de nuevo para Kate:

—Imagino lo que debes estar pensando, pero…

—No estoy pensando en nada a no ser que nosotros tres debemos sentarnos y tener una conversación muy seria —interrumpió Kate.

—Esa conversación puede esperar —Rhyno habló por primera vez y su voz sonó áspera cuando añadió—: Barbara ya está con demasiados problemas en este momento para que tú añadas uno más.

Kate se encogió por dentro sintiendo la obstinación de él en impedir que ella hablase, pero Barbara interfirió:

—Kate tiene razón. Ya es más que tiempo de aclarar esta situación.

Rhyno se dirigió a Kate:

—¿Sabías respecto a Stephanie?

—Hace más de una semana —respondió con una calma aparente, que escondía la confusión que había en su corazón.

—Y naturalmente sacaste tus propias conclusiones.

Kate lo encaró por un instante, consciente de que Barbara la observaba también con intensidad. Se sintió profundamente triste cuando admitió:

—La saque, sí.

Hubo un silencio en que solo se oía el tictac del reloj en la pared y el corazón de Kate que latía fuerte y descompasado. Entonces Barbara se adelantó y tomó en sus manos las de Kate:

—Kate… Rhyno no es el padre de mi hija.

—Lo sé —Kate se atrevió a lanzar una mirada en dirección a Rhyno solo para testificar la desaprobación de él—. Él puede tener muchos defectos, pero sé que nunca huiría de una responsabilidad de esas.

Barbara fue la primera en recuperarse de la sorpresa. Apretó la mano de Kate y con aire triunfante declaró a Rhyno:

—¿No te dije yo que ella entendería? Por favor, Kate, siéntate.

Me gustaría explicarte por qué tenía tanta urgencia en consultar a Rhyno —hizo una pausa y continuó—. Hasta ahora fueron mis padres los que se encargaron de Stephanie, pero ellos ya no son jóvenes y están teniendo cada vez más dificultades para responsabilizarse de una niña pequeña. Yo nunca supe muy bien tomar decisiones sola y siempre me apoyé en la opinión de Rhyno —su sonrisa era de quien se sentía culpable—, y por eso él está aquí hoy.

El alivio fue tan grande que hizo que Kate acabase encontrando todo extraordinariamente simple. Cuando se acordó de la niña adorable que jugaba en el jardín, sintió necesidad de preguntar con aire de reprobación:

—Tú, no estarás pensando en colocar a Stephanie en un internado, ¿no?

Barbara bajó los ojos, incómoda:

—¿Puedes imaginar lo que las personas van a decir en Stellenbosch cuando descubran que soy madre soltera?

—Por un tiempo ellos van a hablar, pero después encontrarán otra cosa con qué preocuparse. Si quieres de verdad que Stephanie viva contigo, no debes dejar que nada te impida llevarla para Stellenbosch. La cosa más importante es tu felicidad y la de la niña.

—Eso era lo que Rhyno me estaba diciendo, pero…

—Entonces, ¿por qué no sigues su consejo? Nosotros te daremos todo el apoyo que necesites —Kate concluyó, mirando para Rhyno al otro lado de la sala.

—Ah, Kate, ¡eres maravillosa! —Barbara parecía reír y llorar al mismo tiempo—, ¡me siento tan bien ahora que estás enterada de todo! Voy a seguir tu consejo, ¡que se vayan al infierno todas las personas que quieran hablar de mí! De ahora en adelante yo soy quien se va a encargar de mi hija.

Los padres de Barbara llegaron en el momento en que Kate se preparaba para irse. Ellos insistieron tanto para que se quedase para el almuerzo, que ella se vio forzada a aceptar la invitación. La presencia de los dos serenó completamente el ambiente y Kate fue tratada con todo el cariño y consideración, naturalmente a causa de la vieja amistad que ellos tenían con Rhyno.

Durante el almuerzo, Kate no pudo dejar de notar un cambio radical en Rhyno. Él parecía muy a gusto en la compañía de

Barbara y de los padres de ella, y sus raras sonrisas eran frecuentes ahora. Kate ansiaba que él sonriese por lo menos una vez para ella, pero cada vez que sus miradas se cruzaban, la de él se tornaba fría e indiferente. Kate había interferido en un asunto en el cual Rhyno no quería la participación de ella. Y él dejaba eso bien claro. Ella era una extraña, una planta vulgar, una maceta de amapolas sedosas, y cuanto más deprisa se fuera, mejor.

Justo después del almuerzo, ella se despidió de todos y partió. Barbara había insistido para que quedase, pero Kate no quiso y Rhyno la acompañó hasta el coche, para su sorpresa.

En la vuelta para Solitaire, Kate repasaba en la mente su actitud de aquel día. Tal vez hubiese sido un error aparecer de sorpresa, como hiciera, pero por lo menos ya sabía la verdad… o la mayor parte de ella. Había aún muchas preguntas en su cabeza pero ellas tendrían que continuar sin respuestas. Ella ya se había entrometido lo suficiente y no se atrevería a interferir más, hasta que estuviese segura del suelo que pisaba.

El tiempo cambió bruscamente. Cuando Kate llegó a Solitaire estaba haciendo mucho frío y el cielo anunciaba lluvia. Ella se cambió de ropa deprisa, puso un jeans y un suéter bien caliente y calzó zapatos confortables. Ya estaba camino de la bodega cuando Rhyno llegó a la alameda al frente de la casa.

Kate no pretendía esperarlo, pero él la llamó de lejos y ella quedó parada. Las palabras de él la sorprendieron:

—Muchas gracias por haber sido tan comprensiva.

—¿Te sorprendiste al ver que mi mente no es tan maliciosa como pensabas? —ella lo desafió—, hay aún una pregunta que me gustaría hacer y si tú no quieres responder, no tiene importancia —prosiguió animada, ya que su confianza había sido restaurada—, ¿qué ocurrió con el padre de la hija de Barbara? ¿Por qué él no se casó con ella?

—Ya estaba casado —respondió Rhyno, después de cierta vacilación. Era mi amigo, pero ni yo sabía que él era casado y eso solo vino a la luz cuando Barbara le contó que estaba embarazada.

—Bien. ¿Y a ti no te importó que todos pensasen que eras el padre de la criatura?

—Para mí no tenía la menor importancia lo que las personas pensaban. De cierta forma yo me sentía responsable por la situación

de Barbara.

—¿Por qué?

—Fui yo quien los presentó a los dos.

—¿Y eso te hizo sentir culpable?

—¿Te sorprendes con eso?

—De hecho, nunca imaginé que fueses capaz de tanta sensibilidad.

—Hay una cosa más que necesitas saber —dijo él, agarrándola por la muñeca—, en aquella época yo pedí a Barbara en matrimonio, pero ella no aceptó.

Kate quedó demasiado asombrada para responder inmediatamente. Tardó algunos segundos para controlarse y conseguir decir:

—Yo creo que habría hecho lo mismo —soltó la muñeca de los dedos de él y terminó—: ninguna mujer que se precie se casaría por otra razón que no fuese amor.

Rhyno podría haberle refrescado la memoria recordando que el matrimonio de los dos había sido por otra razón que no el amor, pero no dijo nada. Simplemente metió las manos en los bolsillos y miró distraído los viñedos.

—Si ella se hubiese casado conmigo, habría evitado muchos y grandes problemas.

—Y los habría transformado a ustedes en dos criaturas muy infelices.

—Lo dudo —volvió a mirar para ella, pero Kate tuvo la nítida impresión de que él no la miraba y eso la lastimaba más que cualquier otra cosa—, bueno, tengo que ver si consigo poner al día el trabajo atrasado.

—Yo también —dijo ella, y ambos se separaron yendo en direcciones opuestas. Estaban siempre yendo en direcciones opuestas en todo, pensó Kate, intentando agarrar inútilmente las lágrimas que le venían a los ojos.

# Capítulo 10

La vida de Kate pasó por un drástico cambio, en las dos semanas siguientes. Barbara vino con su hija para Stellenbosch y, sorprendentemente, la presencia de Stephanie no llegó a provocar mayor alboroto en la comunidad. Edwina también volvió de su viaje a la Ciudad del Cabo, llegando con energía redoblada. Era muy agradable tenerla de vuelta en casa. Su presencia era alegre, siempre volvía el ambiente más ameno y acogedor. La relación con Rhyno continuaba tensa, pero, Kate no podía negar que había mejorado considerablemente.

—No comiste nada, niña —reclamó tía Edwina cierta mañana, a la hora del café.

—No tengo hambre.

—Estás siempre diciendo eso. Necesitas ir al médico.

—Por el amor de Dios, tía Edwina, no estoy enferma. Simplemente no tengo hambre.

—Sí, pero ir al médico, de vez en cuando, no hace mal a nadie. —Una sospecha horrible, que ella ya tuviera otras veces, le vino nuevamente a la cabeza. Pero de nada servía removerla. De momento, lo importante era calmar a tía Edwina.

—Está bien, entonces, voy, si es eso lo que la señora quiere.

—¿Por qué no llamas ahora para pedir cita?

—No es tan urgente así. Cualquier día de estos voy, ¿está bien?

—¡Kate! —llamó la tía con aquel tono característico que usaba desde que ella era niña. Solo faltó que completase con el “obedece”, que siempre empleaba en esas ocasiones.

—¡Está bien!

Kate se levantó de mala gana y fue hasta el teléfono para pedir cita. Aquella misma tarde, ya estaba en la sala de espera del médico, esperando ser atendida.

Hojeaba distraídamente una revista pero su pensamiento vagaba, imaginando lo que el médico le diría. Con certeza sería algún pequeño problema digestivo, sin ninguna importancia. Media

hora más tarde, al salir del consultorio, ella ya tenía respuesta. Sus peores presentimientos habían sido confirmados.

Ya debía haber sospechado, pero como había andado preocupada con tantas cosas importantes ocurriendo últimamente, había ignorado las señales evidentes. Ahora no podía huir más de la verdad: ella iba a tener un hijo de Rhyno.

Quedó sentada en el coche, sin saber si reía o lloraba. Después partió y fue derecho a la oficina de Hubert Walton. Él era la única persona a quien tenía el coraje de confiar su problema. Solo esperaba que, esta vez, se mostrase tan comprensivo como fuera anteriormente.

—Hola Kate. Por favor, siéntate —dijo él sonriente y cariñoso. Después miró detenidamente para ella y completó—: no pareces muy bien hoy, ¿qué hay?

—Impresiones tuyas, tío Hubert. Estoy bien —mintió Kate.

—Entonces vamos allá, ¿cuál es el asunto que te trajo aquí esta vez?

—Es que yo… bueno, me gustaría saber si por casualidad yo desease viajar en estos últimos meses de mi matrimonio, ¿habría alguna complicación en relación a la herencia?

—¿Cómo, viajar?

—Bueno, si yo resolviese pasar una temporada lejos de aquí, por ejemplo, ¿habría alguna complicación?

—Ah, en ese caso creo que habría —respondió Walton frunciendo el ceño—, pero ¿por qué preguntas eso?

—Es que necesito tomar una decisión medio importante, solo eso —intentó disfrazar Kate.

—Pero ¿por qué? Si me explicas las razones, tal vez yo consiga ayudarte de alguna forma.

Ansiosa, Kate se levantó y fue hasta la ventana, quedando de espaldas a Hubert Walton. Aquel hombre era como un miembro de la familia, la conocía desde pequeña. Pero, aun así, ella no tenía coraje de encararlo en aquel momento. Entonces, de espaldas, ella le dijo:

—Estoy embarazada.

El asombro de él era evidente por el silencio que se formó en la sala. Después de algún tiempo, con voz vacilante, Hubert habló:

—Quieres decir que tu matrimonio…

—Fue consumado —ella completó la frase, esta vez mirándolo de frente. Sus ojos estaban muy abiertos, enormes y suplicantes en el rostro pálido. Entonces ella imploró—: tienes que ayudarme, tío Hubert, por el amor de Dios, ¡tienes que ayudarme!

—Claro que voy ayudarte, querida —dijo él, intentando calmarla—. Solo que no estoy entendiendo lo que tú quieres. Creo mejor sentarte de nuevo e intentar explicarme por qué es tan importante para ti salir de aquí.

—¡Yo no quiero que Rhyno sepa que voy a tener un hijo de él!

—Pero ¿por qué? ¿Por qué, mi Dios del cielo?

—Porque yo no quiero que él se sienta obligado a continuar casado conmigo después que venza el plazo estipulado, ¿entiendes?

—Querida, piénsalo bien, si tu matrimonio ya llegó a ese punto es porque Rhyno…

—Él no me ama —interrumpió Kate, sollozando.

—¿Estás segura de eso?

—Certeza absoluta.

El abogado quedó pensativo. Parecía aturdido con todo lo que estaba escuchando.

—Y tú, Kate, ¿qué sientes en relación a él?

Kate no consiguió responder de inmediato. No sabía cómo colocar en palabras el sentimiento que sentía por Rhyno. Cuando finalmente controló los sollozos, solo consiguió balbucear:

—Creo que, en este caso, mis sentimientos no deben ser tomados en consideración.

Hubert se levantó, empujó una silla y vino a sentarse al lado de Kate. Le tomó las manos y cariñosamente acarició sus dedos.

—Escucha, cariño. Yo no puedo alterar las palabras de tu padre en el testamento. Lo que puedo hacer solo es aconsejarles a ustedes dos que hablen con calma sobre el tema y resuelvan el problema de común acuerdo.

—Pero yo no puedo, tío. No puedo contarle que voy a tener un hijo. Si hago eso, Rhyno va a insistir en prolongar este matrimonio. Y yo no puedo permitir que quede conmigo solo por esa razón. Preferiría morir.

—Lo siento mucho, Kate, pero francamente no sé cómo ayudarte. Nadie puede resolver ese problema a no ser tú misma.

Ella estaba sola ante la realidad. Su buen sentido ya la había

advertido que no podría ser de otra manera. Desolada, se levantó y se dirigió a aquel hombre que quería como a un padre:

—Lo sé… de cualquier forma, gracias por haberme atendido —fue difícil volver a Solitaire y enfrentar las preguntas ansiosas de tía Edwina sobre el resultado de la consulta. Después de algunas explicaciones y muchas evasivas, Kate consiguió convencerla de que no tenía nada serio, solo un problemilla digestivo.

En los días que siguieron, Kate pasó a actuar como un robot. Sola con sus problemas, pasaba el día trabajando, sin hablar con nadie, limitándose a responder lo indispensable cuando alguien le dirigía la palabra. No sabía por cuánto tiempo sería capaz de sustentar esa situación, de continuar escondiendo que estaba embarazada.

Tenía pavor de las mañanas, cuando generalmente era atacada por crisis de nauseas, que procuraba esconder de Rhyno y de la tía Edwina. Pero cierto día, cuando súbitamente salió de la mesa del café, dirigiéndose al baño, Rhyno la siguió.

—¿Que está pasando, Kate? ¿Estás enferma?

—Debe ser algo que comí y no me cayó bien, solo eso. Por favor, vete. Déjame sola.

—Kate, solo estoy queriendo ayudarte.

—No necesito de ayuda, yo…

No consiguió terminar lo que iba a decir. Rhyno la interrumpió de repente y preguntó abrupto:

—Estás embarazada, ¿verdad?

—¡No! —Kate casi gritó, desesperada, intentando esconder la verdad—, ya te dije que debe ser algo que comí.

—¡Estás mintiendo!

—Vete. ¡Ya te dije que me dejaras sola!

—Kate…

Rhyno se inclinó y la miró con el rostro bien cerca. Después la envolvió en sus brazos fuertes y la cargó en el regazo, como se carga a un niño, hasta el cuarto. Era inútil querer luchar. Él era demasiado fuerte. Pero mentalmente Kate podía enfrentarlo y estaba decidida a ir hasta el final. Rhyno la acostó en la cama y la sujetó allí con el peso de su cuerpo.

—Muy bien, Kate, ahora vamos a conversar. Yo no soy ningún bobo. Sé muy bien que no hicimos nada para evitar que te quedases embarazada. Y si fuera verdad, tengo todo el derecho de saberlo.

—¿Qué derecho, Rhyno? ¿Qué derecho puede tener un hombre que fuerza a una mujer a aceptarlo en su cama, aun contra su voluntad?

Responder de esa manera era como confirmar, indirectamente, la sospecha que él había levantado. Ahora era casi imposible negarlo.

—¿Quieres decir entonces, que estás embarazada?

—Bueno, yo… lo estoy, sí, ¡y es culpa tuya!

—Oh, Kate… —murmuró él, mirándola tiernamente.

—Jamás voy a perdonarte, Rhyno. La última cosa que yo quería era tener un hijo tuyo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Exactamente lo que oíste. Yo no quiero tu hijo.

Rhyno palideció de repente, los ojos transmitiendo una inmensa fascinación que lo tomó por entero.

—Tú no sabes lo que estás diciendo.

—Ah, lo sé muy bien. Estoy embarazada y necesito tener este hijo. Pero ni él ni nada en este mundo me obligará a continuar casada contigo después que venza el plazo, ¿entendiste?

Los ojos oscuros de Rhyno la miraron largamente, aterrorizados.

—Me estás lastimando, Kate… parece que sientes un placer especial en herirme.

—¿Y yo? ¿No crees que yo también fui muy lastimada? ¿O piensas que encuentro agradable estar casada con un hombre que solo me desprecia, que no tiene ninguna consideración por mí?

—Mírame, Kate. Nosotros nos dijimos cosas horribles uno al otro, en los momentos de rabia. Nos herimos sin piedad, pero… yo te amo, Kate.

Las palabras de Rhyno le costaron penetrar en su mente. Kate tardó algunos instantes para conseguir captar su significado. Entonces se llenó de amargura, viendo que él actuaba como ella había pensado. Él decía eso ahora solo a causa del bebé.

—¡No mientas! ¡Tú no me amas!

—Equivocación tuya —afirmó él, con voz suave—, yo te amo desde la primera vez que te vi, a pesar de todo el rencor que había

en tus lindos ojos. En aquel instante supe que un día tú serías mía, pero Dios es testigo de que jamás quise que fuera de la manera que tu padre estipuló: usando Solitaire y La Reine para inducirnos a un matrimonio forzado.

—Sin embargo, fuiste el primero en aceptar las condiciones del testamento…

—Yo no podía permitir que tú perdieses Solitaire, Kate. Para mí, perder La Reine no era tan importante. La hacienda ya no era mía. Pero no podía dejar que tú perdieras Solitaire. Mi madre y yo pasamos por eso y yo no quería que tú sufrieras la misma historia.

—Imagino que debería arrodillarme a tus pies para agradecer semejante bondad.

—¿De veras, tu corazón es tan duro así? ¿Tan duro como una piedra?

Inmediatamente las palabras de él, hicieron a Kate acordarse de los versos subrayados en la página amarillenta del libro que había encontrado en La Reine. “duro es su corazón, como una piedra. Y ella ríe cuando me ve desesperado”. Debía ser uno más de los planes de Rhyno. Con certeza sabía que ella había visto los versos y ahora buscaba conmoverla. Pero Kate no creía que aquellos versos se refiriesen a ella.

—¿Nunca vas a ser capaz de mirarme sin rencor en los ojos, Kate? —continuaba él.

—Yo no siento más rencor por ti, Rhyno. Es más, ahora no siento nada más a no ser una enorme necesidad de estar sola.

Sin decir nada más, Rhyno se levantó lentamente y con pasos lentos salió del cuarto. Ella quedó allí acostada durante un largo tiempo, sintiendo su mente liada y confusa. ¿Hasta qué punto Rhyno estaba siendo sincero? ¿Sus palabras traducían lo que él realmente sentía o serían solo fruto del sentido del deber en relación a la mujer que iba a ser la madre de su hijo?

Rhyno no apareció para almorzar y no vino a la tarde, a la hora de la merienda. Kate sentía su falta pesando como plomo en el corazón y luchaba para apartar las lágrimas que se obstinaban en aparecer.

—¿Por cuánto tiempo más pretendes continuar escondiéndome

las cosas, Kate? —preguntó tía Edwina, interrumpiéndole los pensamientos.

—Ah… ¿de qué estás hablando? —Kate despertó de sus divagaciones.

—Vamos, hija mía, yo soy una vieja muy astuta, sabes? ¿Piensas que no noté que había pasado algo entre Rhyno y tú, en mi ausencia?

—Bueno, tía yo preferiría no hablar de eso. No me estoy sintiendo muy bien.

—¿Qué está pasando, Kate? ¿Por casualidad estas… embarazada?

—Lo estoy, tía —de nada servía retrasar la confesión. La tía tendría que saber la verdad, antes o después.

—¿Y tú ya se lo contaste a Rhyno?

—Ya. Pero eso no va alterar en nada los planes. Cuando venza el plazo convenido, vamos a divorciarnos.

—¡No puede ser! ¿Y el bebé? ¿Vas a criarlo sin el padre?

—Yo no quiero pensar en eso ahora.

—Pero necesitas enfrentar la realidad, Kate. Tú no eres más una niña. ¿Por qué estas huyendo de esa manera? ¿Es que tú… acabaste enamorándote de Rhyno?

—¡No! —Kate gritó, desviando la mirada.

—Kate, puedes confiar en mí. ¿Estás enamorada de él? —desarmada, Kate no consiguió negarlo más. Cubrió el rostro con las manos y, sollozando, se desahogó:

—Ah, tía Edwina… yo nunca fui tan infeliz en toda mi vida.

Edwina la abrazó cariñosamente mientras las lágrimas de Kate rodaban, fuertes.

—Ah, cariño, mi niña. No estés así. Llorar de nada va a servir. Tienes que hablar con él, intentar resolver este asunto de la mejor manera posible.

Aquella noche, Rhyno tampoco apareció para cenar. Acostada en su cama, ya tarde en la noche, Kate oía los movimientos por la casa. Estaba decidida a hablar con Rhyno, a descubrir si él había sido sincero cuando dijo que la amaba. Pero aún no sabía cómo iba hacerlo, cómo conseguiría entrar en el tema. Por eso quedó allí acostada por algún tiempo más, aun después de haber oído los pasos de él en el corredor y visto la rendija de luz por debajo de la

puerta.

De repente, escuchó con nitidez el ruido del cierre de una maleta viniendo del cuarto de Rhyno. Saltó de la cama, vistió con prisas su bata y estampó la puerta que comunicaba los dos cuartos.

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy volviendo para La Reine. Voy a vivir allá, más nadie excepto los dos, necesita saber eso.

—¿Pero, por qué? ¿Por qué estás haciendo eso?

—Vamos, Kate, no te hagas la desentendida. Tú misma me dijiste, hoy en la mañana, que querías estar sola.

—Pero tú también me dijiste, hoy a la mañana, que… que me amabas.

—¿Ah, yo dije eso? Creo que no estaba funcionando muy bien.

—¿Quieres decir entonces, que no era verdad? ¿Que no estabas siendo sincero?

—Si esperas que yo me arrastre a tus pies, Kate, puedes desistir. Voy a volver para La Reine y quedar allá hasta que este matrimonio ridículo termine, ¿entendiste?

Quedaron los dos allí parados, mirándose fijamente. Las ideas de Kate estaban confusas, pero ella tenía una certeza: no podría dejar de ninguna forma que él se fuese. No importaba más si Rhyno había sido sincero o no. Lo que importaba era que ahora ella estaba segura de amarlo. Si lo dejaba salir de Solitaire, él estaría a un paso de salir también de su vida definitivamente.

—Rhyno… —su voz era un leve murmullo y sus labios temblaban en un gesto de súplica, mientras agarraba las manos de él—, no te vayas… por favor, no te vayas.

Rhyno lentamente retiró sus manos de las de ella mirándola con frialdad.

—No hay ningún motivo para que me quede, Kate. Ahora no hay más razones para seguir esta farsa.

—Pues yo te voy a decir cuál es el motivo. Yo te mentí cuando dije que no quería tu hijo. Lo quiero sí. Y mucho. Solo dije eso porque estaba atemorizada. Tener un hijo tuyo es lo que más quiero en este mundo porque… yo… yo te amo, Rhyno.

La confesión de Kate salió como un desahogo. Su voz era ronca y entrecortada. Pero aun ante esas palabras, Rhyno pareció no conmoverse.

—¿Cómo voy a saber si no estás diciendo eso porque notaste las dificultades que enfrentarías para criar un hijo sola?

—No tengo como probarlo, Rhyno…

—Ahí es que está. ¿Cómo es que vamos a probar que lo que sentimos el uno por el otro no tiene nada que ver con el bebé? ¿O con La Reine? ¿O con Solitaire?

—Rhyno… —Kate murmuró casi sin aire, el corazón disparado, amenazando sofocarla mientras ella levantaba los ojos hasta encontrar los de él.

—No podemos probar nada, Kate. La única cosa que podemos hacer es confiar el uno en el otro, solo eso —hablaba tan próximo a ella, que Kate podía sentir el calor perturbador de su cuerpo. Entonces él tomó su rostro delicadamente entre las manos y preguntó—: ¿confías en mí?

Kate ahora temblaba de la emoción y alegría y sus ojos se llenaron de lágrimas al ver en el rostro de Rhyno aquella sonrisa tierna que tanto había esperado recibir.

—Como fui de tonta —murmuró, enterrando el rostro en el pecho de él. Era respuesta suficiente para Rhyno y él la acobijó tiernamente en los brazos, apretándola contra su cuerpo fuerte.

—Nosotros dos fuimos tontos.

—¿Me perdonas? Muchas veces yo te dije cosas horribles, hice acusaciones injustas y yo…

Con un beso él la silenció. Kate se abandonó completamente alrededor de aquel beso, enlazando sus brazos alrededor de la cintura de Rhyno. En el calor de aquellos dos cuerpos unidos y jadeantes, el amor finalmente florecía, como el fruto maduro de una cosecha tardía.

—Yo te amo, Kate. Jamás dudes de eso —susurró él, tomándola en brazos y caminando en dirección al cuarto.

Aquella noche se amaron apasionadamente, sin restricciones u obstáculos, libres finalmente de cualquier timidez.

Más tarde, acostada plácida y confortable al lado de Rhyno, ella no pudo dejar de hacer la observación:

—Al final, parece que mi padre fue mucho más sensato que nosotros.

Seis meses después, cuando el matrimonio de Kate y Rhyno completaba un año, Hubert Walton apareció en Solitaire para dar las últimas instrucciones del testamento de Jacques Duval. Miró rápidamente para Edwina, Naomi y Rhyno, que ya habían sido avisados para esperarlo en la hacienda y clavó la mirada con gran afecto, en el cuerpo redondeado de Kate bajo el vestido premamá.

—Por favor, tío Hubert, no hagas más suspense —pidió ella con voz ansiosa—, el señor ya sabe que no vamos a divorciarnos, por eso, no veo en que más el testamento puede afectarnos.

—Tu padre escribió dos cartas antes de morir. Dependiendo del resultado de este matrimonio, una de las dos debería ser entregada hoy. Diciendo eso, abrió la carpeta y sacó de ella un sobre.

—Muy bien, voy a leer:

*Mis queridos hijos. Estoy seguro de que esta va a ser la carta destinada a ustedes dos en este día, y eso es lo que más deseo. Siempre soñé en unir La Reine y Solitaire, pero, mucho más que eso, siempre quise unir a mi hija y al hijo de la mujer que más amé en mi juventud. Ahora no es el momento para sentimentalismos. Es momento de desearles mucha felicidad por el día de hoy y de decirles que este es solo el comienzo de una larga vida de amor. Hay aún un punto que quiero aclarar. Y es respecto a ti, Rhyno. Cuando tu padre abandonó a tu madre, dejándola sin nada, yo quise darle mi apoyo. Después, cuando tu padre murió, la pedí en matrimonio pues aún la amaba. Pero Naomi, con su nobleza inamovible, consideró que sería injusto aceptar mi ayuda. Por eso, la única cosa que me fue posible hacer fue comprar la Reine, preservándola para ti y, en secreto, financiar tus estudios a fin de prepararte para dirigirla un día.*

—¡No es posible! —Rhyno exclamó, perplejo, interrumpiendo la lectura. Se levantó y fue hasta Naomi—. ¿Tú sabías esto, mamá?

—Yo sospechaba que era él quien pagaba la escuela… pero nunca tuve la certeza.

—¡Como permitiste una cosa de estas!

—Tú sabes muy bien el tipo de hombre que era Jacques, hijo mío. Sería imposible preguntar si era él quien pagaba tus estudios. Y, en caso que él lo confirmase, sería aun más difícil convencerlo que lo parase.

Rhyno continuó con los ojos abiertos de par en par, una expresión de contrariedad en el rostro. Kate estaba aprehensiva. Sabía que su marido era extremadamente orgulloso y que iba a ser difícil aceptar todo aquello pasivamente.

—¿Puedo continuar? —preguntó Hubert, rompiendo el silencio opresor que se apoderaba de la sala.

—¿Aún hay más? —Rhyno habló, irritado.

—Sí —respondió el abogado, siguiendo la lectura.

*Conociéndote, Rhyno, sé que debes estar con el orgullo herido y tal vez hasta furioso. Pero intenta entender mi punto de vista. Por el hecho de haber sentido siempre un enorme afecto por tu madre, tú acabaste siendo como un hijo para mí. Si Naomi se hubiese casado conmigo, yo podría haber pagado tus estudios abiertamente, sin hacerlo un secreto. Pero las circunstancias eran diferentes y solo me quedó la posibilidad de hacerlo clandestinamente. Seguí tus estudios con mucho interés, satisfecho por verte progresar tanto. Más tarde, cuando tú eras un hombre hecho, conseguí mi intento de traerte definitivamente de vuelta a la Reine. Tú siempre decías que yo era un viejo astuto. Pues que sepas que tenías toda la razón. Yo descubrí que me quedaba poco tiempo de vida y creí que la única forma plausible de inducirte a aceptar La Reine después que yo muriese, sería colocar una exigencia en mi testamento.*

*Yo adivinaba tus sentimientos por Kate y busqué, con esa exigencia, forzarte a casarte con ella. Ahora todo está como yo quería. Kate es dueña de Solitaire, que siempre fue suya por derecho, y tú posees La Reine, la hacienda que nunca debería haber salido de tus manos. Y las dos tierras y los dos corazones están unidos para siempre, mis queridos hijos. Pido que me perdones, Kate, por haberte usado para concretar mis planes. Pero que sepas que solo hice eso porque tenía certeza absoluta de que tú estarías segura al lado de Rhyno. Ahora no tengo nada más que decir o explicar, a no ser pedirle a ambos que no me juzguen con mucha severidad.*

Terminada la lectura de la cara, se hizo un silencio prolongado en la sala, emociones encontradas apoderándose de todas las personas. Las miradas se cruzaron, conmovidas.

—La verdad todo lo que soy se lo debo la generosidad de tu padre —murmuró Rhyno, abrazándose a Kate.

—No, mi amor. La generosidad de él ya fue hartamente recompensada por todo lo que tú has hecho en beneficio de estas tierras. Tú conquistaste palmo a palmo todo lo que hoy te pertenece… incluso yo y este pequeño ser que late en mi vientre.

Entonces las lágrimas se deslizaron suavemente por el rostro de aquellos dos seres enamorados, anunciando la enorme felicidad que vendría a seguir. Juntos, ellos estaban comenzando una nueva vida.

# Fin